
HARLEQUIN
Bianca
Los Drakos
TARA PAMMI
EL PRÍNCIPE SIN CORAZÓN

Bianca™

EL PRÍNCIPE SIN CORAZÓN

Tara Pammi



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Tara Pammi
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El príncipe sin corazón, n.º 157 - octubre 2019
Título original: His Drakon Runaway Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por HarlequinEnterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales,utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la OficinaEspañola de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-710-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

ES UN golpe de Estado para destronarme?

El príncipe heredero Andreas Drakos de Drakon bromeó mientras entraba en su despacho y se encontraba a su familia mirándolo con todo tipo de expresiones; preocupación en los ojos de su hermana Eleni, decisión inflexible en los de Mia, algo que no podía definir en los de su hermano Nikandros y una frialdad gélida en los de Gabriel.

–Ninguno de nosotros quiere tu empleo, tu popularidad o tu vida –contestó Nikandros, el genio financiero que había metido a Drakon en la senda de la recuperación después del embrollo que había organizado su padre durante la década pasada.

Nik tenía razón. Su vida le habría producido urticaria en cualquier otro momento; tenía al Consejo de la Corona apremiándole para que anunciara la elección de la próxima reina de Drakon y la prensa se preguntaba cada vez más sobre su salud mental, sobre sus frecuentes desapariciones de Drakon durante el año anterior e, incluso, sobre su sexualidad…

Sin embargo, a él no le quedaba fuerza mental para nada que no fuese lo que llevaba buscando desde hacía dos años, y sabía que estaba acercándose.

Se sentó al lado de Mia y el olor a polvos del talco que despedía le pareció curiosamente tranquilizador.

–¿Qué tal estás, Mia?

Ella le tomó las manos y él intentó no dar un respingo. El contacto físico le ponía nervioso y Mia ya lo sabía, pero su cuñada y él se habían acercado mucho durante los últimos meses.

–No has ido a ver a los gemelos, Andreas. Después de todo el lío que has organizado con los herederos para Drakon, me siento desatendida.

–Acabo de volver a Drakon –replicó él con una sonrisa.

–Y supongo que por eso estamos todos aquí. ¿Qué pasa, Andreas?

–¿Dejas que abandone a Tia y Alexio para que me haga esa pregunta? –Andreas se dirigió a Nik, quien lo miró con rabia–. Tienes un aspecto espantoso –añadió dirigiéndose a Mia, que tenía ojeras.

–Déjalo, Nik. Sabes que está intentando que saltes –ella sonrió y los ojos le brillaron con la misma alegría que había visto últimamente en los de Nik–. Tengo dos buenos motivos para tener este aspecto demacrado, Alteza –siguió Mia mirándolo con detenimiento–. Tú, en cambio no los tienes, y sí tienes un aspecto espantoso. Además, aunque Nik y Gabriel no lo expresarían de la misma manera, todos estamos… muy preocupados por ti.

Él frunció el ceño y, con un nudo en las entrañas, se dio cuenta de que era verdad.

–No hace falta.

–Hay quien dice que el Consejo de la Corona está pidiéndote que renuncies y tu nivel de popularidad está en el punto más bajo –intervino Nik en un tono engañosamente tranquilo–. Algunos analistas políticos han llegado a decir que la enfermedad mental de nuestro padre está empezando a manifestarse en ti. Te marchas de Drakon durante días, tus asistentes no saben qué vas a hacer, te niegas a vernos incluso a Ellie y a mí…

–¿Por eso estáis tan preocupados? –preguntó Andreas entre risas–. ¿Creéis que Theos me ha transmitido su locura con todo lo demás?

–Claro que no –contestó Eleni–, pero sí creemos que has estado portándote de una forma muy rara. Andreas, la Casa de Tharius está esperando que digas algo para comunicar la noticia de vuestro compromiso. La coronación es dentro de dos meses y tú…

Sonó su teléfono y todos los nervios se le pusieron en alerta. Sabía la noticia incluso antes de que encender la pantalla del móvil. La barrió con unos dedos temblorosos.

Encontrado el objetivo. Mando detalles de la ubicación

Se le acumuló la respiración en el pecho y tuvo que hacer un esfuerzo para soltarla. Le bulló la sangre con una satisfacción incontenible.

–Decidle a la Casa de Tharius que nada de nada.

El asombro fue palpable en la enorme habitación y Nik y Eleni lo miraron con tanta preocupación que, por primera vez desde hacía meses, Andreas sintió remordimientos.

–Siento haberos dejado en la cuneta durante estos meses pasados. Necesitaba…

–¡Andreas! –estalló Nik–. Nos da igual que te tomaras unos meses por primera vez en treinta y seis años.

–No es la primera vez –replicó él automáticamente–. Me tomé un año cuando mejoraste de salud, hace casi diez años.

–¿Cuando Theos intentó convertirme en su marioneta? –preguntó Nik con el ceño fruncido.

–Sí, unos meses antes de eso.

Cuando Andreas, en un ataque de locura, había amenazado a Theos con marcharse de Drakon si no le daba algún tiempo libre.

–Andreas –Eleni le puso la mano en el brazo con la voz temblorosa–, no puedes coronarte sin una esposa. Es una de las leyes más antiguas de Drakon. Ningún miembro del Consejo te dejará saltártela. ¿Vas… a renunciar a la corona?

Andreas le dio unas palmadas en la mano a su hermana.

–No, Eleni, me coronaré como estaba previsto.

–Necesitas una esposa –insistió Nik.

Solo Gabriel permanecía en silencio y lo miraba fijamente con los ojos grises como el acero. Gabriel su cuñado… y que había averiguado la verdad.

–Sea lo que sea lo que estás pensando… –Eleni estaba al borde del llanto– cuéntanoslo, por favor. Nik y yo no te juzgaremos…

–No puedo casarme con Maria Tharius porque ya tengo una esposa. He pasado dos años intentando encontrarla.

«Andreas, eres como yo en todos los sentidos. Por tus venas corre el mismo ansia de poder y control. ¿Por qué crees que se largó tu pequeña esposa?». Esas palabras lo habían perseguido durante dos años, pero le daba igual. Estaba dispuesto a ser un monstruo si así volvía ella a su vida.

–¿Estás casado? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Por qué no…?

Eleni tembló por la vehemencia de sus preguntas hasta que Gabriel le puso las manos en los hombros y abrazó su menuda figura.

–Era la… pupila de nuestro padre y me casé con ella durante mi año sabático. Fue una ceremonia civil y secreta.

–¿Nuestro padre tuvo una pupila?

Nikandros dejó escapar otro improperio porque sabía que eso significaba que su padre habría jugado con la vida de otra persona.

–No malgastes tu lástima con ella –le aconsejó Andreas–. Resulta que nuestro padre y ella se entendían perfectamente.

–Ariana Sakis.

Eleni pronunció el nombre de la mujer que había formado una parte tan integral de su vida que Andreas no recordaba nada de lo que había hecho antes de que la conociera.

–Le faltaban unos meses para tener dieciocho años –añadió Eleni.

El pasmo se reflejó en la cara de todos. Él había tenido veintiséis años y se había casado con una mujer que era casi menor de edad en una ceremonia secreta… Nadie se habría sorprendido más si le hubiesen salido rabo y cuernos.

–Sus padres… murieron en un accidente de coche. Según los rumores, habían estado discutiendo y su madre se estrelló contra el árbol a propósito –le explicó Eleni a Nik–. Su padre… era un general del ejército, un amigo íntimo de nuestro padre. Se habló mucho de que era un marido maltratador y nuestro padre cortó la relación entre la Casa de Drakos y él. Solo un puñado de personas llegaron a saber que tenía su custodia y la mandó… a nadie sabe dónde. Creo que ni siquiera puso un pie en el palacio.

–A un pueblo para ir de pesca lejos de la costa –aclaró Andreas–. Después de haber estado un par de veces con nuestro padre, se marchó más que contenta.

–¿Allí la conociste? –preguntó Nikandros.

–Sí. Yo… le exigí a mi padre que me diera un año para que hiciera lo que quisiera, para documentarme para un libro que quería escribir. Él

accedió después de mucho despotricar. No sabía que ese verano acabaría en el mismo pueblo.

Aire fresco de la montaña, lagunas azules rodeadas de bosques, una cabaña aislada, una sola cafetería…. y una chica de pelo como el bronce y una sonrisa amplia y pícara.

Andreas se tambaleó cuando el pasado lo alcanzó como una garra. Aquellos meses en aquel pueblo con Ariana habían sido los más maravillosos de su vida. En ese momento, se daba cuenta, con una amargura que casi lo asfixiaba, de que fueron demasiado maravillosos para que pudieran durar.

–Si te casaste con ella, ¿cómo es posible que no la hayamos conocido ninguno de nosotros? Ni siquiera lo sabíamos.

–Nuestro padre y yo decidimos esperar a un momento más oportuno para anunciar que me había casado. Durante los tres meses de nuestro matrimonio, ella vivió en un piso a unos quince kilómetros del palacio.

–Has estado buscándole desde que empezó… el declive de nuestro padre –Eleni levantó la barbilla porque todas las piezas empezaban a encajar–. ¿Dónde ha estado todos estos años, Andreas?

–Ese año, cuando volví de la cumbre sobre el petróleo que se celebró en Oriente Próximo, nuestro padre me dijo que había muerto en el accidente de un barco.

–¿Pero…? –preguntó Nik con la tensión reflejada en los hombros.

–Pero había aceptado los diez millones que le había ofrecido él, había fingido su muerte y había desaparecido con una identidad falsa.

–Es… espantoso –Eleni, siempre leal a sus hermanos, se había formado una opinión–. ¿Cómo fue capaz ella de hacerte creer que había muerto?

–Y las has encontrado, ¿verdad? –Mia frunció el ceño con un brillo casi de miedo en la mirada cansada–. Andreas, ¿qué piensas hacer? Evidentemente, esa mujer ya ha elegido. Tendrá encima todas las miradas de Drakon.

Era algo que había estado oyendo incluso antes de que llegara a la pubertad. Theos no había parado de repetirle que la prensa no quitaría los ojos de encima ni de él ni de la mujer que eligiera. Ella tendría que aportar una fortuna incomparable, la hermana de Gabriel había cumplido ese requisito, o ser de un linaje importante, Maria Tharius había cumplido esos dos requisitos, o ser una mujer con relaciones poderosas y que aceptara convertirse en una perfecta reina decorativa.

Ariana no había cumplido ninguno de todos esos requisitos.

–Podrías divorciarte –comentó Gabriel hablando por primera vez.

–Las leyes de Drakon exigen que las parejas esperen dieciocho meses después de haber solicitado el divorcio –explicó Eleni con el ceño fruncido–. Como la coronación es dentro de dos meses, no puede solicitar el divorcio ahora.

Andreas, a quien le daba igual lo que todos vieran en su cara, sonrió.

–Nuestro padre, con sus tejemanejes maquiavélicos, dio por supuesto que, como estaba oficialmente muerta, nuestro matrimonio también estaba rescindido. Sin embargo, está viva y no podría casarme con Maria Tharius aunque quisiera. Ariana será la próxima reina de Drakon.

La declaración retumbó por todo el palacio real y le gustó cómo sonaba. Además, con la ventaja añadida de que su padre estaría revolviéndose en la tumba.

Ariana miró la preciosa iglesia blanca del centro de Fort Collins y se estremeció de los pies a la cabeza, aunque no tuvo nada que ver que el frío viento de octubre le atravesara el vestido de novia.

El pasado no la dejaría en paz ese día. Daba igual que hubiesen pasado más de diez años desde que se casó con Andreas Drakos, el príncipe heredero de Drakon, en una pequeña capilla de un diminuto pueblo cerca de las montañas. También daba igual que solo faltasen unas horas para que se casara con Magnus.

Una desdicha infinita la atenazaba por dentro noche y día.

Era Anna para sus amigos, para sus colegas de la asesoría legal donde trabajaba y para la pequeña comunidad a la que pertenecía en las Montañas Rocosas de Colorado. Anna no era una mujer impulsiva e irreflexiva que se había destruido en el nombre del amor. Anna no era una mujer que se dejaba arrastrar por la pasión hacia un hombre que no sabía cómo se amaba.

En cambio, Anna debía casarse esa tarde con un hombre agradable y comprensivo. Sus amigos debían estar pensando que había perdido el juicio, pero había tenido que alejarse de la locura que era todo eso. No había probado casi bocado el día anterior y no había comido nada en la cena que sus amigos les habían preparado a Magnus y a ella.

Insensatamente, sacó el móvil del chaquetón y abrió un navegador. La página seguía abierta en el mismo artículo que había estado leyendo durante el mes pasado. Lo leyó con avidez, como si lo esencial fuese a cambiar por leerlo la enésima vez.

El príncipe heredero de Drakon, Andreas Drakos, iba a anunciar quién sería su reina antes de que lo coronaran como rey de Drakon, un pequeño principado del Mediterráneo que estaba dejando huella en el mundo financiero. Sería una mujer majestuosa y formada, una donante a organizaciones benéficas, nacida con fortuna y un linaje impecable. Una mujer femenina y delicada, el complemento perfecto para la virilidad dominante y taciturna de él.

Ella ya había sabido que Andreas tomaría algún día a otra mujer, a una mujer mucho más adecuada que ella para ser su esposa, la reina de Drakon. En realidad, lo asombroso era que hubiese tardado tanto cuando ella sabía la devoción que sentía por Drakon.

Sin embargo, su mundo había dado un vuelco cuando leyó ese pequeño artículo.

¿Era Anna mejor que la exaltada e impulsiva mujer que había sido entonces? ¿Acaso no se había decidido a aceptar la petición de Magnus cuando vio la noticia sobre la coronación de Andreas y su corazón se le había desgarrado un poco más? ¿También iba a destrozarle la vida a Magnus?

Unos nubarrones habían cubierto el sol que había resplandecido esa mañana. El tiempo se parecía mucho a sus pensamientos sombríos. Tenía que romper antes de que le hiciera daño a Magnus, antes…

El susurró de un suave motor la sacó del ensimismamiento.

Levantó la cabeza y se quedó helada. Deseó de verdad que pudiera congelarse, hacerse invisible, mezclarse con los árboles grises y sin hojas que la rodeaban, que pudiera convertirse en alguna de las estatuas que se veían por la preciosa ciudad. Sin embargo, los latidos del corazón que le retumbaban en los oídos le indicaban que estaba muy viva.

Efectivamente, reconocía el banderín negro y dorado que ondeaba sobre el capó del coche europeo de lujo que avanzaba lentamente a unos dos pasos de ella y conocía el símbolo del dragón dorado que expulsaba fuego por las fauces abiertas. También conocía al hombre que iba dentro y a su cuerpo, como él conocía el de ella mejor que ella misma.

Le flaquearon las piernas, se tambaleó junto al muro de piedra que llevaba a los escalones de la iglesia y rodeó un árbol con un brazo para sujetarse.

Todos sus instintos más elementales le gritaban que saliera corriendo, pero ni un solo músculo se movió cuando oyó el chasquido de la puerta, ni cuando vio los lustrosos zapatos que salían del coche, ni cuando se incorporó su figura alta e imponente.

La había encontrado.

La había localizado después de diez años, como ella siempre había sabido que haría en la oscuridad de la noche y cuando no podía contener los recuerdos.

Andreas Drakos, el príncipe heredero que pronto sería el rey de Drakon.

Un abrigo negro y largo se le arremolinó alrededor de los tobillos y el pelo ondulado, de color azabache, se le levantó de la amplia frente. Los pómulos prominentes, la nariz levemente aguileña y los labios finos indicaban poder y todos sus movimientos transmitían arrogancia y seguridad en sí mismo. Sus ojos, negros y duros como el ópalo, unos ojos que no reflejaban nada, que algunas veces daban la sensación de que no tenían nada detrás, recorrieron su tembloroso cuerpo y acabaron deteniéndose en su cara.

–*Kalimera*, Ariana.

Sus miradas se encontraron y un maremoto se sensaciones se adueñó de su cuerpo. Esos ojos… habían llegado a arrastrarla y ella se había deleitado

al hacer que brillaran con humor, al hacer que se velaran por la pasión, al intentar atravesar esa coraza opaca.

Apoyó las manos en la corteza del tronco con la esperanza de despertar algún instinto de conservación, de que algún tipo de racionalidad se impusiera a la conmoción emocional en la que se encontraba. Él, vestido de negro y con las manos en los bolsillos, parecía un ángel sombrío dispuesto a impartir justicia.

–No es un día muy bueno para casarse, ¿verdad, *pethi mu*?

Entonces, lo sabía… Ariana se pasó la lengua por los labios resecos y se tragó la certeza de que había estado a punto de cancelarlo. Su intuición había acertado…

–¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

–¿En este lado del charco, en Colorado, en esta preciosa ciudad donde has estado escondiéndote?

Él no movió ni un músculo de la cara, como si hubiese estado hablando del mal tiempo, como si hubiesen sido unos amigos que hablaban de banalidades. Ni la rabia ni ninguna otra emoción alteraban su expresión fría, solo captaba cierto sarcasmo.

–¿O aquí delante de esta iglesia tan bonita en una tarde nublada mientras esperas al hombre con el que deberías casarte dentro de unas horas? ¿Qué contesto, lo general o lo concreto?

Ariana cerró los ojos, pero no sirvió de nada. Su imponente presencia hacía que vibrara el aire y que algo también vibrara dentro de ella. Tomó una bocanada de aire frío y abrió los ojos. Sus músculos empezaban a sentir otra vez… y también le llegaban los recuerdos acompañados por un pánico incontenible.

¿Cómo había podido olvidarse de que cuanto más suave era la voz de Andreas, mayor era su ira y de que cuanto más sereno parecía, más cerca estaba de perder el dominio de sí mismo? Era su hermetismo, donde no entraría ni la razón ni los ruegos. El viento hizo que a ella se le empañaran los ojos, tenía que ser el viento.

–Yo no tengo la misma magia que tú con las palabras, Andreas.

Él inclinó la cabeza con un gesto regio.

–Pronto seré rey y me ha parecido un buen momento para ocuparnos de ese pequeño asunto que hay entre nosotros. Al fin y al cabo, me dejaste sin decirme ni una palabra y quién sabe cuándo querrías volver.

–Volver a tu preciosa Drakon –ella sintió un escalofrío en la espalda y no pudo evitar el tono de amargura en la voz–. No te preocupes, tú y yo… –a ella se le entrecortó la voz, pero, aun así, él no cambió de expresión– fue un episodio de otra vida. La prensa no se enterará nunca de nuestra fugaz historia y yo tampoco voy ir diciendo que te conozco. Ariana Sakis está muerta a todos los efectos.

Levantó la mirada y tuvo que contener la respiración. De repente, él estaba justo delante de ella y le impedía ver nada más. El olor a sándalo,

llevado por la calidez de su cuerpo, le inundó los sentidos, la inundó de sensaciones y recuerdos. Era un olor ardiente para un hombre con hielo en la sangre, aunque su pasión también había contrastado con su despiadada falta de corazón.

–Ariana Drakos –le corrigió él en un ligero tono de advertencia–. No te olvides de que eres mía.

Para la Casa de Drakos no había nada de peor gusto que levantar la voz o dejarse llevar por el genio.

–Es posible que seas el rey de tu maldito palacio, Andreas… –el pánico hizo que ella hablara sin reflexionar– pero no eres mi dueño. Magnus llegará de un momento a otro y yo no…

–Tu prometido se ha enterado de la situación y no va a venir.

Podía causar estragos en su vida sin inmutarse, con una calma que la desquiciaba. Haría cualquier cosa por borrarle esa expresión de placidez de la cara, por alterarlo como él la alteraba a ella. Estar cerca de Andreas era como saltar al vacío, apasionante y aterrador… y hacía mucho tiempo que había dejado de hacerlo.

–¿Puede saberse qué le has dicho a Magnus?

–Que debería olvidarse de este asunto mientras todavía tiene la vida bajo su control.

–¿Tan bajo has caído? ¿Ahuyentas al hombre de mi vida? Has llegado a ser tan rastrero y manipulador como tu padre, Andreas.

–No tuve que ahuyentarlo, Ariana –Andreas apretó los dientes–. Magnus, un hombre sensato, no parecía dispuesto a ser el segundo en un caso de bigamia. En realidad, creo que se enfadó por tu engaño.

–¿Bigamia? –ella se acercó a él con un miedo gélido–. ¿A qué te refieres con bigamia?

Él se relajó y se quedó apoyado en el mismo árbol como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si nada le produjera tanto placer como ver que todo se le desmoronaba a ella, como si hubiese planeado y vivido ese momento un millar de veces y no pudiese dejar de disfrutarlo.

Ella lo agarró del abrigo y lo zarandeó, pero él no se inmutó.

–¿A qué te refieres?

–Mi padre y tú os olvidasteis de un pequeño detalle en vuestro plan –contestó él con una sonrisa–. Si no hubiese averiguado que estabas viva, no habría pasado nada, pero lo averigüé.

–¿Qué detalle?

Ella gritó y su voz se perdió en la grisura desoladora que la rodeaba. Todavía no tenía nada claro lo que pasó aquellos días. Había actuado por instinto, sobre todo por miedo, y el mayor de sus errores había sido hacerle caso a rey Theos. Solo había querido escapar de Drakon antes de que Andreas volviera de la cumbre, antes de que quedara atrapada en la tela de araña del amor que sentía por él.

Había sido tan ingenua que había sido una marioneta en manos de

Theos, pero Andreas no la creería en ese momento. Abandonarlo había sido una traición para un hombre que no infringía las reglas por nadie, un error imperdonable para un hombre que ponía su palabra por encima de todo.

Ella lo agarró de la barbilla para que la mirara.

–¿Qué detalle, Andreas?

Él siguió sin tocarla y sus ojos volvieron a atraparla hasta que le costó respirar. Esos ojos, además, delataban todo lo que sentía; furia, asombro y el placer que le producía la situación de ella.

–Theos jamás me presentó los documentos de solicitud de divorcio que le firmaste. Tu teórica muerte le daba tiempo y… No sé qué planeasteis los dos, pero yo no vi esos documentos hasta hace unos meses. Ni siquiera se presentaron en un tribunal. Sigues siendo mi esposa.

Capítulo 2

LO MIRÓ con el espanto más absoluto reflejado en los ojos.

–¿Tu esposa…? –repitió ella como si no pudiese pensar en nada que no fuesen esas dos palabras.

Andreas la miró con avidez, con un hormigueo en la piel que solo podía producirle Ariana.

Ella tenía los labios secos y estaba temblando. Se había recogido el pelo de color cobre, el esplendor que la coronaba, en ese moño desordenado en el que siempre se lo recogía mientras se quejaba porque era demasiado. Tenía los pómulos salientes y le daban aspecto de estar desnutrida. Su piel todavía tenía cierto tono dorado, aunque, en ese momento, estaba muy pálida.

–Ariana, tú y yo seguimos casados… desde hace diez años. Solo con el pequeño inconveniente de que quieres casarte con otro hombre.

Ella fue soltándose de él con todo el cuerpo temblándole por la tensión.

–Ariana está muerta –repitió ella con los labios blancos.

Unas palabras que lo habían perseguido durante ocho años. Se había imaginado su muerte de un centenar de maneras distintas y más de un millón de veces. Se había odiado a sí mismo por haberla dejado con su padre, se había atormentado de todas las maneras posibles porque creía que no la había protegido. Cerró los puños a los costados para contener las ganas de abrazarla, para dominar el impulso de empujarla contra el árbol y devorarle la boca.

Ver a Ariana era desearla. No recordaba no haberla deseado con ese anhelo devastador… y, sin embargo, ese deseo solo era una leve sombra detrás de la necesidad de cerciorarse de que estaba viva y no era un producto de su imaginación, un espectro de sus pesadillas febriles.

Por fuera, no había cambiado lo más mínimo.

Su cuerpo era anguloso, esbelto y con músculos fibrosos. Sus ojos eran marrones y demasiado grandes para su rostro aniñado. La nariz, larga y recta como la hoja de un cuchillo, acababa en una boca tan carnosa que ningún hombre podía verla sin tener pensamientos obscenos. Era como si esa boca tuviera que compensar la austeridad de su cara. Seguía siendo tan normal y corriente como la había descrito Theos en aquellos tiempos.

Solo habían cambiado los ojos.

Había desaparecido ese resplandor que parecía brotarle de dentro y había dejado paso a la cautela. Quería apartarla de él para que no lo tocara como hacía entonces.

Sin embargo, ya estaba hecho el daño a su organismo.

El cuerpo le entraba en ebullición por el leve contacto con el de ella. Las piernas largas y firmes entrelazadas con las de él; su cuerpo ligeramente tembloroso contra el de él; su olor, a piel y el jabón de lavanda que, al parecer, todavía usaba, le llegaba hasta la corriente sanguínea. Todas y cada una de sus células se alteraban, como el perro de Pavlov. Los recuerdos, las sensaciones de placer y algo más, la sensación de estar vivo, lo acaloraban.

–Esta es tu miserable venganza –susurró ella con la boca a unos centímetros de la de él–, tu manera de jugar conmigo mientras comunicas tu matrimonio al mundo entero. Me tendrás en tus manos con esa ridícula amenaza, y todo porque cometí la temeridad de abandonar al hombre arrogante, controlador y despiadado que eres, Andreas.

–¿Crees que tu traición y tus mentiras hicieron mella en mi orgullo?

–Sí –contestó ella en tono desafiante–. No eres capaz de sentir nada más.

Andreas se estremeció al notar que sus palabras se le clavaban en la piel como un alambre de espinos. Al parecer, incluso en ese momento, cuando era ella quien había actuado rematadamente mal, se atrevía a echarle en cara sus propios errores.

–Podrías haberlo hecho mediante tus abogados, podrías haberme mandado los documentos con uno de tus lacayos, pero no, tenías que hacerlo personalmente porque no podías renunciar al placer de arruinarme la vida antes de volver a gobernar tu maldito reino.

–Te equivocas otra vez, Ariana. No he venido solo para arruinar tu compromiso.

–Entonces, ¿qué haces aquí?

–Llevo esperando este momento desde hace dos años, desde que mi padre dejó caer que estabas viva. Pronto me coronarán como rey de Drakon y necesito tener a mi esposa al lado. He venido para llevarte a Drakon.

Ella lo miró a los ojos como si estuviese quedándose sin fuerzas, como si estuviera desinflándose.

–Tienes que estar tomándome el pelo.

Entonces, él le pasó la yema de un dedo por el delicado borde de su mentón.

–Ya sabes que no tengo sentido del humor…

–No… puedes… hacerme… esto… –replicó ella con la respiración entrecortada.

Su delgado cuerpo fue perdiendo vigor y se desmayó. Le obligó a sujetarla, le obligó a abrazar su frágil cuerpo contra el de él antes de que estuviera preparado para ese contacto, a sentir un miedo, un pánico y un centenar de otras emociones que no habría sentido si no.

El corpiño del vestido estaba tan ceñido que Andreas sacó la navaja del abrigo y le cortó el frente. El tono azulado de su boca fue desapareciendo y

su pánico también.

Levantó fácilmente su delgado cuerpo y la llevó al coche que estaba esperándolo. La rabia gélida dejó paso al pasmo. Quizá no hubiese cambiado por fuera, pero sí había algo distinto en ella, algo frágil y quebradizo, casi, como si faltara una pieza…

Había esperado encontrarse con una novia radiante y despreocupada, dispuesta a embarcarse en otra aventura con otro hombre al que había engatusado con su personalidad chispeante, con su vivacidad e ingenio. Había esperado encontrársela viviendo a cuerpo de rey con el dinero que le había sacado a su padre.

No se había esperado esa… esa desamparada mujer con ojeras, que trabajaba a todas horas en una asesoría legal sin ánimo de lucro. No ganaba casi dinero y compartía un apartamento diminuto de un dormitorio con otra mujer. Jamás se habría imaginado que esa chica rebelde y alocada tendría interés por estudiar Derecho y mucho menos por ejercerlo.

Casi sin respiración, la dejó lentamente en el asiento y se sentó a su lado. Todas las promesas furibundas de hacerle sufrir se desvanecieron en cuanto la tuvo pegada a su cuerpo. Una vez más, esa mujer desesperante había tirado por tierra todos sus planes. Como había conseguido hacerle reír, como había conseguido que anhelara algo que entonces no conocía, como había conseguido que perdiera la cabeza por las ganas incontenibles de poseerla.

Ariana lo embrujó de alguna manera durante todo aquel verano.

La chica insensata y risueña se había metido muy dentro de él, le había dado a conocer una alegría que no había conocido nunca. Por eso, había hecho algo inimaginable, se había casado con ella cuando llegó el momento de marcharse. Poseer a Ariana le había parecido lo mismo que tener esa alegría en la palma de la mano. Había significado ser algo más que el príncipe heredero, algo que hasta entonces no se había dado cuenta de que necesitaba ser. Se había olvidado de quién y qué era, se había aferrado a esa sensación, le había parecido que tenerla en su vida era suficiente.

Sin embargo, no había sido suficiente para ella.

Ella había destrozado sus vidas con el mismo alocamiento que le había atraído a él, y esa era la chica que había esperado encontrar, pero tenía razón, no era la Ariana que había conocido aquel verano, la Ariana con la que se había casado.

Sin embargo, no podía dejar que se le escapara.

Ariana se despertó despacio, con la garganta seca y la mente en blanco. Tomó aire atragantándose.

–Bebe esto.

Ella, olvidándose de todas las preguntas que le daban vueltas en la cabeza, agarró la botella y bebió agua. Estaba fría y era lo que necesitaba

urgentemente. Manantiales del monte Iedas se leía en la etiqueta de la botella junto a un dibujo de una cadena montañosa en Drakon… ¡Drakon! Se incorporó de un salto y vio unas paredes de cuero de color crema que transmitían una sensación de lujo discreto. Las luces tenues del techo iluminaban la cabina con un resplandor dorado.

¿Cabina…? Estaba en un avión privado… Un avión de la maldita Casa de Drakos.

Se acordó de repente de todo lo que había pasado la tarde anterior. Andreas le había dicho que seguían casados. Andreas le había dicho que iba a llevársela a Drakon. Andreas la había agarrado cuando se había desmayado.

Sintió el pánico como si fueran hormigas que le corrían por toda la piel. Se levantó y la cabina se inclinó, pero tenía que salir de allí.

El vestido de boda se le empezó a caer y se lo miró. Tenía al corpiño cortado y abierto por la mitad. Se le veía el camisón y se le entreveían los pechos. Se lo subió con las dos manos e hizo un esfuerzo para que las piernas de gelatina se movieran.

Él apareció delante de ella antes de que diera el segundo paso.

Era un hombre tan granítico como la roca sobre la que descansaba su palacio, pero, en ese momento, tenía arrugas alrededor de la boca y no parecía tan sólido.

–¿Por qué estoy aquí? ¿Qué es ese ruido?

–Están preparando el despegue.

–¡No!

–Siéntate, Ariana.

–Apártate.

–No estás en condiciones para ir a ningún lado.

–Andreas, te juro que si no te apartas…

Él la agarró de los brazos y la empujó ligeramente hacia atrás.

–¡Tranquilízate antes de que vuelvas a desmayarte!

–¿Cómo te atreves? ¡Malnacido!

Ariana levantó una mano y el chasquido de la palma en la mejilla fue como un trueno que dejó un silencio sepulcral detrás. Se agarró la muñeca con la mano izquierda y con la respiración entrecortada y lo miró. Él ni siquiera se había llevado la mano a la mejilla. Aparte de los dientes apretados, no se había inmutado y seguía agarrándola.

–¿Con eso te quedas contenta, Ari?

Ella contuvo la respiración al oír el diminutivo.

–No voy a disculparme.

Él se encogió de hombros y ese gesto de indiferencia fue como combustible para la ira de ella.

–¿De verdad vas a secuestrarme? –Ariana cerró los puños–. ¿Vas a secuestrarme después de la corrección, el decoro y el centenar de cosas que les exiges a los demás?

Naturalmente, era lo que había planeado, y Ariana se lo había puesto muy fácil al desmayarse en sus brazos.

–No te gustará si te someto en la cama, Ari… o a lo mejor sí te gusta porque los dos sabemos qué pasará si me tumbo encima de ti.

Ella se quedó petrificada por la frialdad inalterable de su amenaza, pero se dio la vuelta y se encontró con su mirada inescrutable.

–¿Ponemos a prueba mi teoría o vas a tranquilizarte?

–Suéltame.

Él la soltó tan de repente que ella se sonrojó antes de que le cedieran las piernas y quedara sobre la cama como un bulto informe. Una vocecilla la recordó que eso se había visto venir, que se había limitado a no querer verlo, que sabía que él la encontraría algún día.

No supo cuánto tiempo se quedó así sentada en la cama intentando recuperar la respiración y sofocar el pánico y él, sentado en una butaca observándola como un león que esperaba a que su presa mostrara debilidad.

Se había quitado el abrigo largo y la chaqueta. Llevaba una camisa blanca hecha a medida, una camiseta también blanca, al estirado príncipe heredero de Drakon no se le ocurriría dejar de ponérsela, y unos pantalones negros también hechos a medida de su metro noventa. La piel morena del cuello le llamó la atención y se fijó en la cadena que llevaba alrededor.

Debajo de la camiseta llevaría las chapas de identificación del ejército de Drakon, donde se formó de los quince a los dieciocho años. También llevaba unos gemelos de platino y un reloj del mismo metal en la muñeca izquierda. Unos zapatos italianos de cuero negro resplandecían en sus pies.

La tenue luz formaba unas sombras en su rostro que dibujaban a la perfección sus facciones angulosas. Estaba más delgado de lo que ella recordaba y eso hacía que pareciera más distante y retraído todavía. Además, tenía arrugas, sobre todo, alrededor de la cincelada boca con labios finos. A los veintiséis años, había sido impresionante en un estilo algo estirado. Diez años después, parecía más cómodo consigo mismo, incluso más arrogante e implacable por el lugar que ocupaba en el mundo.

Cada detalle en el que se fijaba le despertaba unos recuerdos que eran como un puñetazo en la boca del estómago. Se le secó la garganta otra vez y se le aceleró el corazón, como siempre que él estaba cerca.

El impacto de todo eso, de él, fue alcanzándola poco a poco. No iba a huir de eso, al menos, por el momento.

Mejor dicho, se corrigió a sí misma, no había huida posible, a no ser que quisiera que él estuviera persiguiéndola el resto de sus vidas.

Levantó la mirada al darse cuenta de que había estado mirándolo embobada. Él, con la barbilla apoyada en un puño, arqueó una ceja. No la provocaba por haber estado babeando como una adolescente, no necesitaba que le refrendaran su virilidad… ni su vanidad. El poder era como una segunda piel para él y las mujeres revoloteaban a su alrededor como moscardones. Actrices y modelos, consejeras delegadas y princesas, las

mujeres habían caído rendidas a sus pies desde la pubertad. Si solo hubiese sido un miembro de la realeza vago y desocupado que se lo pasaba bien, como tantos otros, no habría tenido tanto atractivo, pero no, Andreas Drakos era muy listo, era historiador, veterano del ejército y virtuoso con las palabras, en realidad, destacaba en todo.

Aun así, la había elegido a ella.

Frunció el ceño porque era algo que la había atormentado durante años y una hoja en medio de un vendaval tendría más fuerza que ella en ese momento. De todas las sandeces que podían hacerse delante de ese hombre… Se llevó una mano a la sien.

Notó la calidez de su cuerpo alrededor de la cama y se acabó el mínimo respiro que le había concedido.

Él, sin decir nada, ahuecó las almohadas y las apoyó contra la pared, la sentó y, casi sin tocarla, la envolvió con el edredón. Le dio otra botella de agua y ella se la bebió en cuestión de segundos.

La histeria empezaba a bullirle en la garganta y se rio. Le salió agua por la nariz y la boca, de una forma muy poco delicada, y él le secó la nariz y la boca con una servilleta, pero ella siguió riéndose sin poder remediarlo hasta que los ojos se le empañaron de lágrimas, hasta que se le fue desinflando la bola de tensión que se le había formado en el pecho desde que lo vio delante de la iglesia.

Él volvió a arquear una ceja.

–¿Cuántas mujeres pueden decir que Andreas Drakos, el príncipe heredero de Drakon, las ha atendido como un empleado de la categoría más baja? –bromeó ella.

–Sigues teniendo ese ridículo sentido del humor.

Se puso tensa cuando él se sentó en el borde de la cama. No estaba tan cerca como para tocarla, pero sí como para tentarla. Su cuerpo no podía asimilar tanta excitación después de una sequía de diez años… al menos, sin arder en llamas por el anhelo.

–¿Qué ha sido eso? –siguió él.

–Alégrate de que no te arañara esa cara perfecta, aunque quizá debería haberlo hecho porque alguna imperfección haría que parecieras humano.

Él suspiró al rememorar todas las veces que Ari había puesto a prueba su paciencia.

–Me refería al desmayo.

–Has aparecido después de diez años y me he desmayado –contestó ella con un suspiro.

–Sigue así y solo confirmarás la idea que tengo de que sigues siendo aquella niñata rebelde y alocada que conocí entonces.

–¿Qué puedo decir? Sacáis lo peor que hay en mí, Alteza.

Se miraron a los ojos inmediatamente.

«¿Acaso sois mi guardián, Alteza?»

«Sonreíd un poquito, Alteza».

«Se llama chupito de vodka, Alteza».

¿Había sido tan ingenua o tan necia como para haber provocado a un hombre así? ¿De verdad le había dejado él?

–Ariana, céntrate –ni siquiera había sido una advertencia, había sido una pequeña muestra de su impaciencia–. Si yo no hubiese estado allí, te habrías quedado a la intemperie sabe Dios cuánto tiempo. ¿Es tu novedad de este momento? ¿Ahora te desmayas?

–¿Novedad…?

–Sí. Galletas de marihuana, chupitos de vodka, días de ayuno para adelgazar… ¿Tengo que seguir? Eras muy inconsciente con tu salud.

Ari se masajeó las sienes con los dedos. Él tenía razón. Se había lanzado muy ingenuamente a su libertad repentina y sin ataduras, como si saltara a un precipicio. El remordimiento por la muerte de sus padres le había privado de todo buen juicio. La necesidad de vivir la vida plenamente después de haberse pasado diecisiete años en una jaula dorada… la había devorado. Él la había considerado frívola, irreflexiva, indisciplinada y un montón de cosas menos halagüeñas todavía, y ella había sido todo eso y más, pero hacía diez años…

Se llevó las manos al abdomen con un dolor corrosivo en la garganta.

Había pagado un precio muy elevado por conseguir la libertad y por haber tomado las riendas de su vida, pero la había ayudado a encontrarse a sí misma y a controlar aquellos impulsos que la habrían destrozado.

Hasta que el comunicado de él, el mes pasado, la había desarbolado otra vez y había sentido el susurro del miedo en los huesos. Era el mismo círculo autodestructivo en el que se había metido su madre con su padre.

–Ariana…

–Yo… Ayer almorcé una ensalada y no volví a comer nada. Ha sido una semana muy estresante. La asesoría está a rebosar de casos y la mañana había sido doblemente estresante. No me había desmayado jamás.

Menos aquella vez, cuando se había marchado de Drakon y lo había dejado allí. Porque en su atolondramiento, de lo mismo de lo que él la acusaba en ese momento, había tenido que desmayarse para darse cuenta de que estaba embarazada de tres meses.

Le encrespaba su interrogatorio y que él hubiese tomado el control de la situación al instante, pero, para ser justos, eso era lo que había sido ella en aquella época.

–Algunas veces me cuesta respirar por la altitud sobre el nivel del mar de la ciudad.

–El aire de la montaña te empeora el asma. He mirado en tu bolso y no llevabas el inhalador.

Ella levantó la mirada y tragó saliva. Había creído que él habría borrado de su vida y de su cabeza todo lo relacionado con el tiempo que pasaron juntos… al menos, después de haberse enterado de la mayor mentira que había contado ella en toda su vida.

Al parecer, Andreas, como ella, no se había olvidado de nada del tiempo que pasaron juntos, de su efímero matrimonio, de cómo ardían en llamas solo con tocarse, y se amargaban el uno al otro cuando no lo hacían.

–Sí, lo aviva de vez en cuando, pero se compensa con todo lo demás.

–¿Se compensa? –preguntó él con el ceño ligeramente fruncido.

–Que se me avive el asma es un inconveniente muy pequeño en comparación con todo lo que he encontrado aquí. He encontrado… una comunidad, Andreas. Mi vida tiene sentido aquí, hay mujeres que cuentan conmigo –lo miró a los ojos y aguanto la respiración. Había llegado el momento de afrontar la situación–. No has podido decir en serio lo que has dicho antes.

–¿Alguna vez me has visto decir algo que no fuera en serio?

No. No le había dicho que la amaba ni una sola vez, ni cuando estaba dominado por la pasión, ni cuando había perdido el dominio de sí mismo, y era digno de verse cuando el estirado, insensible e implacable príncipe heredero lo perdía entre las sábanas.

Bajó las piernas de la cama y se levantó lentamente. Cuando él se ofreció a ayudarla a regañadientes, porque, naturalmente, cada mirada y cada contacto tenían que estar previamente analizados por esa cabeza de acero, ella lo disuadió con la mano.

El corpiño cortado le caía alrededor de la cintura, pero le dio igual lo que pudiera dejar ver la combinación transparente. Le daba igual que la mirara de arriba abajo, que captara su actitud desafiante y que, aun así, se mantuviera imperturbable. Él le había vuelto del revés la vida otra vez y no pensaba sentir vergüenza o esconderse. Si quería avanzar en su vida, tenía que plantar cara a Andreas y a lo que se avecinaba.

–Piénsate lo que estás planteándome, Andreas. Tu padre tenía razón en una cosa; yo no tengo el linaje exigible, no se me educó para ser la próxima reina de Drakon. Tú… estabas completamente de acuerdo con él. Tú… Cuando nos marchamos del pueblo…

–¿Qué, Ariana?

Ella sabía que él se había arrepentido de lo que había hecho, pero el pasado no servía para nada.

–¿Crees que ahora seré más maleable? –Ariana levantó la barbilla–. Los últimos diez años me han servido para darme cuenta de lo acertada que estaba. Nos habríamos destruido el uno al otro si me hubiese quedado.

Entonces, él levantó una mano y le tomó la barbilla con delicadeza. A ella se le secó la garganta y a él se le reflejaron un centenar de emociones en los ojos negros como la tinta. Una rabia incontenible y algo más… ¿Desolación?

–Bobadas, Ari. ¿Crees que me importa lo más mínimo lo que puedas querer o necesitar en este momento? Tu muerte me atormentó durante ocho años. Cuando a Theos se le escapó que no solo estabas viva sino que habías aceptado su dinero a cambio de desaparecer… –unas arrugas surgieron

alrededor de su boca, una pequeña rendija en su dominio de sí mismo– esa noticia me torturó durante los dos últimos años.

Ariana, atónita, lo miró fijamente. Se había esperado que le hubiese hecho mella en su ego, pero que reconociera que perderla lo había atormentado era como que el sol empezara a dar vueltas alrededor de la tierra. Esa escueta declaración la había arrasado, había despertado sensaciones que no podía dominar. ¿De verdad había sentido algo por ella en aquella época?

–Esto es exactamente lo que tu padre quería que llegaras a ser.

–Theos está muerto, *agapi mu* –replicó él con delicadeza y un brillo malicioso en los ojos–. Hace años que no tiene la capacidad de manipularme o controlarme. Me he convertido en mí mismo, Ari. ¿No era eso lo que querías entonces?

Hacía diez años, ella habría dado cualquier cosa por oír eso, pero ya, no.

–En cuanto aterricemos en Drakon, proclamaré a los cuatro vientos lo que has hecho. Tu imagen no podrá salir viva de un escándalo.

–Entonces, has estado siguiéndome con detenimiento –comentó él con una sonrisa lobuna.

Ella dejó escapar un sonido entre un gruñido y un chillido.

–Sé cuál es mi lugar hasta en ese mundo ilustre que riges. Una palabra mía y la Casa de Drakos se hundirá en un escándalo espantoso.

–¿De verdad quieres amenazarme?

–Toda mi vida está aquí –Ariana elevó la voz por el pánico–. Lo que es más importante, mis clientas están aquí.

–A tu prometido le faltó tiempo para aceptar mis condiciones. Mantendrá abierta la asesoría legal y mantendrá la boca cerrada sobre tu identidad el resto de su vida.

–Levanté esa asesoría con mi sudor y mis lágrimas.

Era lo único bueno que había salido de la pérdida que había sufrido.

–Levantaste la asesoría con el dinero sucio que le sacaste a mi padre. La Casa de Drakos pagó hasta tus estudios, y como seguimos casados…

–La mitad de todo lo mío es tuyo –terminó ella–. Además, necesitas que Magnus no diga ni dónde he estado ni qué he estado haciendo.

Él apretó los dientes y ella resopló. Por fin, había encontrado un punto de negociación, pero él no le dio siquiera esa posibilidad.

–¿Qué crees que pasará con tus clientas si la prensa se entera de quién eres de verdad? Que llevas diez años viviendo una mentira.

–No es una mentira. Me partí el lomo para licenciarme en Derecho y abrí una asesoría legal sin ánimo de lucro porque quería ayudar a esas mujeres.

–Y, cuando todo el mundo se entere de que no eres Anna Harris, sino Ariana Drakos, la esposa del rey de Drakon…

–Mis clientas acapararán la atención de la prensa junto conmigo –

Ariana volvió a resoplar–. Son mujeres maltratadas por hombres en los que confiaban, y por eso me callaré. Es eso, ¿verdad, Andreas?

Él sonrió, pero fue una sonrisa burlona que hizo que ella sintiera una opresión en el pecho.

–¿Sabes lo que más me cuesta creerme de esta vida tan maravillosa que te has organizado?

–¿Qué? –le preguntó ella con un gruñido.

–¿Tengo que creerme que por fin has encontrado un objetivo profundo y sincero en tu disipada vida, que te entregas sincera e incansablemente a esas mujeres y a sus desdichas?

Si había habido un momento en el que Ariana había querido clavar las uñas y arañar ese rostro perfecto, arrogante y condescendiente, había sido ese. Su desdén indiferente machacaba los diez años de esfuerzo para ser alguien, para darle un significado a lo que había perdido, para labrarse un porvenir digno… y él lo sabía. Estaba retándola para que volviera a abalanzarse sobre él, que la sometería y acabarían haciendo el amor. Saberlo hizo que el ambiente se caldease.

Cada vez que se habían peleado durante esos tres espantosos meses de matrimonio, habían acabado en la cama… o contra la pared o en la chaise-longue con el príncipe heredero de rodillas y su arrogante cabeza entre los muslos.

El recuerdo iluminó por dentro sus ojos negros como el carbón. Ella, con la fuerza de voluntad que la había ayudado a seguir adelante durante la noche más oscura de su vida, miró hacia otro lado y tomó aire para despejarse la cabeza.

La mayor defensa que tenía contra Andreas era demostrarle que abandonarlo no había sido un capricho, que ya no era una chiquilla alocada, que se había encauzado durante los últimos diez años, que había conseguido que su vida tuviera sustancia.

–Me preocupo por mis clientas, por su privacidad, por no convertir en mentira todo el trabajo que hemos hecho Magnus y yo. Efectivamente, ganas mi silencio, pero nada más.

–Es muy estimulante saber que eres capaz de ser leal, aunque sea hacia otro hombre. Le dije que no habrías tardado en encontrar un motivo para alejarte de él, que tu preciosa libertad te habría reclamado. Esa es tu… pauta, ¿no?

Ariana se estremeció. Ese comentario, dicho con mucha delicadeza, le resultó más doloroso todavía porque había estado a punto de hacerle exactamente eso a Magnus. No porque fuera una vampiresa o algo así, porque se había dado cuenta de que Magnus se merecía algo mucho mejor que ella.

–No creía que tú, precisamente tú, fueses a etiquetarme como una cualquiera, cabeza de chorlito y desnortada. Aunque solo fuera porque, de ser así, tu relación conmigo mancharía esa imagen inmaculada que tienes.

–¿Qué quieres decir?

–Andreas, tenía dieciocho años. Estaba… Estaba obnubilada por ti. Estaba… alterada por la muerte de mis padres y yo nunca había conocido a nadie como tú. Eras… Eres distinto a cualquier otro hombre que haya conocido. ¿No sabías lo que tu atención, tu interés, aunque fuese a regañadientes, significaba para mí? Tú, que no mostrabas interés por princesas, modelos o consejeras delegadas. Tú me miraste a mí, a la asustada, alterada y culpable Ariana. Te casaste conmigo sabiendo quién y qué era. Por eso, si hay que señalar a alguien por el… embrollo que fue nuestro matrimonio, es a ti.

–¿Esa fue la justificación para que me hicieras creer que te habías ahogado en un accidente espantoso? –le reprochó él. Ella sintió un escalofrío–. Es posible que deje que te marches, Ariana. Es posible que un día de estos vuelva a encontrar algo de integridad dentro de mí. Es posible que puedas volver a ser Anna Harris, la salvadora de esas mujeres en esa pequeña ciudad.

Ariana vio en esa declaración que su control estaba hecho trizas, que intentaba resistirse a que ella fuese una obsesión para él. Se despreciaba a sí mismo, y a ella, porque no podía desprenderse de ella.

En ese momento, se esfumaron todas las esperanzas de llegar a convencerlo. Al fin y al cabo, ella lo conocía mejor que nadie.

–Entonces, ¿se trata de una venganza?

–Llámalo como quieras.

Andreas le miró la cara y la ropa rasgada, y apretó los puños a los costados con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Ella, por primera vez ese día, se dio cuenta de lo tremendo que era su dominio de sí mismo.

–Necesitas comer y descansar. No me obligues a imponértelo por la fuerza también. Los dos sabemos que podría ser un placer o un suplicio.

Ariana se dejó caer en la cama. La recriminación que veía en los ojos de él la abrasaba como un ácido. Seguía sintiendo un hormigueo en la piel y, por primera vez desde que lo conoció, se alegraba de que él tuviera ese férreo dominio de sí mismo… porque, incluso después de tantos años, ella no tenía el más mínimo cuando se trataba de resistirse al príncipe heredero de Drakon.

Capítulo 3

SEÑORA DRAKOS… Alteza…

Ariana, por segunda vez en cuestión de horas, se incorporó tan deprisa que notó una punzada dolorosa en el cuello y miró a la azafata que esperaba pacientemente a que se despertara.

Entonces, ya se sabía todo…

En vez de pánico, solo sintió una resignación serena. No para tirar la toalla y convertirse en su esposa, sino para sentir un remordimiento descomunal.

Fuera lo que fuese lo que él le había hecho y por mucho que lo hubiese despreciado al final de su matrimonio, estaba claro que había calculado muy mal el efecto en Andreas de su muerte fingida. Al enterarse de que él se había comprometido con la hermana de un magnate inmobiliario, a ella se le había aliviado el remordimiento. Ella no pertenecía al mundo del príncipe heredero y que la hubiese sustituido tan pronto había sido una muestra más que suficiente.

Naturalmente, ese error de cálculo lo había propiciado el padre de él. Si Andreas había lamentado su pérdida, ¿quién sabía cómo lo había tergiversado Theos en su beneficio?

El rey Theos, como se había dado cuenta ella a la semana de conocerlo, había tenido un influjo malsano sobre su hijo. A ella solo la había considerado una debilidad que había que eliminar de la vida de su hijo.

Lo más doloroso había sido que Andreas, desde que la presentó al rey Theos, también había empezado a considerarla una debilidad que había que ocultar.

Los ojos de la azafata le recorrieron el pelo, que, en ese momento, estaba tan alborotado que parecía la selva del Amazonas, y el vestido rasgado que llevaba al haberse quedado dormida.

Ari se quedó espantada, se levantó y se quitó el vestido. La otra mujer no pudo disimular la curiosidad.

–Me ocuparé del vestido, Alteza, para que lo arreglen. Seguro que queréis…

–No, no hace falta –le interrumpió Ari.

Se bajó los tirantes de la combinación y la dejó caer al suelo. El sujetador sin tirantes le sujetaba los pechos por debajo bastante incómodamente. Salió de la combinación justo antes de que la otra mujer la agarrara y casi la tirara.

–Quémala –ordenó una voz muy suave desde la entrada.

Ariana se cubrió instintivamente con los brazos. La azafata los miró alternativamente y con la misma curiosidad de antes, como si pudiera llegar a saber qué había hecho esa vagabunda menesterosa para haber embaucado al hombre más poderoso e impresionante de Drakon.

Si Andreas se salía con la suya, era algo que se preguntaría todo el mundo, no solo el rey Theos.

Él no le miró la cara esa vez y se fijó en las palpitaciones aceleradas del pulso en el cuello y en las curvas de los pechos que subían y bajaban. Ella notó un nudo en las entrañas y que se le endurecían los pezones.

–¿Ya estás controlándome? –el pavor por cuánto la excitaba solo con mirarla hizo que se olvidara de ser discreta delante de una empleada–. No tengo escapatoria, salvo que me des un paracaídas. Así, al menos, podrías ver cómo me estrello contra el suelo.

Él cerró los ojos, soltó el aire lentamente, y volvió a mirarla con una precisión militar.

–He venido a ver si estabas despierta. Petra necesita la receta de tu inhalador. No quiero que vayas desmayándote por todos lados.

–¿Petra…?

–Sí, mi secretaria.

Él miró su teléfono, frunció el ceño, escribió un mensaje y volvió a levantar la mirada.

Petra era alta, rubia, con un cuerpo voluptuoso, con un máster en una prestigiosa universidad de Drakon y parte de una familia muy bien relacionada. También era la amiga más antigua de Andreas y su sombra… y la espía de Theos. Si ella tuviera que darle forma a sus inseguridades de entonces, tendría la forma de Petra Cozakis.

–Ya sé que Petras dirige tu vida. Te lo diré por última vez. Si hoy me he desmayado, ha sido por el estrés de la semana pasada y por ese vestido. No me trates como si siguiera siendo imbécil, Andreas.

Él arqueó una ceja como si quisiera confirmar que ella estaba comportándose como si lo fuera.

–Petra está en el avión. Llámala si necesitas algo.

–No –replicó ella en voz alta.

–¿A qué dices «no»? –le preguntó él atravesándola con la mirada.

–Si estás arrastrándome al palacio real, esta vez será distinto. No vas a ocultarme como si fuera una mancha para la grandiosa Casa de Drakos. No voy a permitir que tus empleados estirados y esnobs me hagan caso omiso. No voy a comunicarme a través de tus subalternos, no voy a permitir que me dejes en sus manos como si fuese algo que hay que administrar.

Andreas quizá necesitase cierta dosis de realismo, que sus empleados, su familia y todo el mundo se enterase de quién era la mujer que había elegido y de lo inadecuada que era.

Él frunció el ceño.

–Déjanos –le ordenó a la azafata sin dejar de mirar a Ariana.

La mujer se quedó paralizada mientras doblaba el maldito vestido, y Ariana se dio cuenta de que creía que se había casado con Andreas con ese vestido.

–Quema el vestido –repitió él.

La azafata asintió con la cabeza y se marchó precipitadamente.

Ariana se dio la vuelta, tapándose todavía con los brazos, agarró el edredón y se lo puso como un manto. Aunque tenía que elegir entre cubrirse por arriba o por abajo.

Eligió por abajo. El sujetador bastaba para sus pequeños pechos, él ya había visto lo poco que tenía que ofrecer…

Era posible que la pequeña cicatriz que tenía encima del hueso del pubis no se viera con esa luz tan tenue, pero tampoco quería arriesgarse. Cerró los ojos para sofocar el dolor. La situación con Andreas era lo bastante explosiva como para no tener que añadirle que había descubierto que estaba embarazada después de haberlo abandonado.

La pérdida de su maravilloso hijito era una carga insoportable y omnipresente para su alma. Para Andreas, solo significaría una traición más. Peor aún, significaría la pérdida de un posible heredero.

Ella no podría soportar que él desdeñara ese diminuto ser. El dolor y el remordimiento los llevaría por dentro y, al menos, le serviría como recordatorio de que no podía arriesgarse a quedarse embarazada otra vez… porque estaba claro que acabaría acostándose con él, que la atracción entre ellos había sobrevivido a pesar de todo.

Tomó un Post-it y un bolígrafo de la mesilla de noche y escribió el nombre y número de teléfono de su médico de cabecera. Se dio la vuelta con la sensación de que tenía miles de trozos de cristal clavados en la garganta.

–También necesito que me haga la receta para las píldoras anticonceptivas.

Él se acordó de la última pelea, la más amarga y acalorada de todas, y le surgieron unos surcos en las mejillas, bastante hundidas ya. La vacilación de él fue como si le hubiese lanzado una granada de mano. Ella, con el edredón y todo, y con el corazón a punto de desgarrársele, le entregó el papel.

–¿Tienes algo que decir, Andreas?

Él la miró lentamente, como si volviera del pasado.

–No. Ni siquiera yo soy tan cruel como para meter a un hijo en todo esto, al menos, en este momento.

–¿Eso quiere decir que dejarás que me marche en algún momento?

Esa vez, la respuesta fue más meditada que fruto de la furia.

–No.

–Pero ¿mi único deber como esposa no es tener todos los herederos posibles y lo antes posible? ¿No tengo que ser tu… yegua de cría?

Los surcos de la boca se le profundizaron más todavía y contestó

inexpresivamente.

–Los gemelos de Nikandros serán los herederos.

–Claro –Ariana no sabía por qué estaba apretándole así las tuercas, solo sabía que quería que sintiera el mismo daño que sentía ella–. Entonces, ¿cómo vamos de tiempo? ¿Tengo tiempo para encontrar un médico de cabecera en Drakon que me recete las píldoras sin que Petra y todo el palacio se entere de mis asuntos?

–¿Qué…? –preguntó él bajando la barbilla.

–El sexo, Andreas. Tú, yo y esas humillantes relaciones sexuales que vamos a tener, tienes pensado el momento, ¿verdad? El sexo es tu arma en esta venganza, ¿no? Que nunca pudiera rechazarte, que amenazaras con echar en cara… –a ella se le quebró la voz y él palideció–. Vamos, que si tus previsiones me permiten esperar, no tendrás que pedirle a tu secretaria que rellene la receta de las píldoras anticonceptivas de tu esposa.

Fue a darse la vuelta, pero él la agarró del brazo con tanta fuerza que supo que tendría moratones al día siguiente. Sin embargo, el placer por haberlo alterado por fin compensaba el dolor.

–¿Relaciones sexuales humillantes? –él le dio la vuelta hasta que la tuvo de frente, sin edredón y con un nudo en el estómago–. ¿Te has convencido a ti misma de que te obligué con mi poder y prestigio? ¿También has retorcido la verdad en eso, *agapi mu*? ¿Crees que me entregaste tu… inocencia contra tu voluntad?

Ella dejó escapar una risotada forzada y gutural.

–No, no fue así, fuera como fuese –Ari sonrió con la cara contra la tela de su camisa y notó la tensión que él transmitía–. Hasta en esto discrepamos, ¿no, Andreas?

Él la miró como si tuviera miedo de que estuviese volviéndose loca… y a ella también le daba un poco de miedo eso mismo.

–¿En qué…?

–Yo todavía estoy convencida de que fui yo quien te sedujo y tú estás convencido de que fuiste tú. Tenemos un pulso hasta en eso.

Él no se rio, ni siquiera cesó la rigidez de sus labios, pero si le soltó un poco el brazo y algo se ablandó en sus ojos negros, como un destello de aquel humor irónico que solo ella captó en aquellos tiempos.

Andreas levantó un dedo y le tocó la punta de la nariz. Ella contuvo la respiración porque le había parecido que había estado a punto de tocarle la boca y que había cambiado de opinión en el último segundo. Lo había tentado y eso le daba un poder embriagador que no quería.

–No era un pulso, era que me desafiabas, desafiabas todo lo mío; Drakon, el palacio, la Casa de Drakos, mi padre y yo.

Él replicó en tono distante, como si también estuviese reviviendo aquellos primeros meses arrebatadores, unos recuerdos que impregnaban el aire que los rodeaba.

El primer día que había llegado al café se había presentado solo como

Andreas, como si pudiera ser solo eso alguna vez. Sin embargo, naturalmente, ella había sabido quién era y se había reído ante su tono autoritario cuando le ordenó que les dijera, a él o a su equipo, si necesitaba algo.

Iba al café donde ella había trabajado todas las noches y llenaba la mesa con recortes de prensa y todo tipo de documentos. No volvió a saludarla o a decirle nada y tampoco hablaba con los demás clientes. Se limitaba a mirarla hasta altas horas de la noche, como si la encontrara fascinante. Después del primer día, la había acompañado hasta su apartamento, aunque no habían intercambiado casi ni una palabra.

Ella jamás se había sentido tan cautivada. Él había hecho lo mismo durante todo un mes, hasta que ella perdió la paciencia.

«¿Acaso sois mi perro guardián, Alteza?» Ari se espantó al acordarse de lo insultante que había sido. «No debería beber con desconocidos, señorita Sakis» Le había contestado él.

Entonces, la había seguido a la fiesta donde ella se había emborrachado… y la había acompañado al pequeño apartamento que compartía con otras tres chicas.

Ninguna conversación más, menos las irreflexivas provocaciones de ella para romper su seguridad en sí mismo durante el mes siguiente.

Hasta la tarde cuando supo el veredicto sobre la muerte de sus padres. Se sabía con plena certeza que su madre había causado el accidente intencionadamente, que le había quitado la vida a su marido y a ella misma un día después de que él golpeara a su hija.

Enloqueció de dolor. Andreas no le había preguntado nada ese día ni se había apartado de su lado. La había seguido como una sombra día y noche, cuando fue del café a una fiesta y de la fiesta a dar un paseo por la costa y de vuelta a su apartamento.

Hasta que había acabado sollozando, hasta que se había dado cuenta de que estaba sola para siempre, un destino que había deseado desde hacía mucho tiempo. Una vez en su apartamento, él se había sentado a su lado en el sofá, sin rozarla lo más mínimo, ni por accidente, y había empezado a hablar sin importarle si ella estaba escuchándolo.

Había empezado por el motivo para que él estuviera en ese pequeño pueblo, una pregunta que ella le había hecho infinidad de veces, y le había contado que su camino lo había llevado allí.

Fue la primera vez que oyó la historia del dragón y los guerreros. Le había hablado, durante horas, de su fascinación por la historia de Drakon desde que era un niño, de los años de investigación que había acumulado durante su tiempo libre, que era muy poco, y de su empeño para aclarar la verdad que había detrás de la guerra que habían librado los guerreros y el dragón.

Esa pasión había sido una revelación para ella y había visto al hombre que había debajo del manto de príncipe heredero, aun cuando no había

dejado de provocarlo por ser un príncipe estirado, diligente, unidimensional y rebosante con sus privilegios y poder. Sin embargo, era un historiador, un tejedor de palabras, un soñador, un hombre que luchaba por sobrevivir dentro de las limitaciones de su posición aunque él no lo sabía siquiera, un hombre al que le gustaba ella, su compañía y sus risas, aunque no estuviera dispuesto a decirlo en una frase… o no pudiera. Un hombre que podría tener al mundo a sus pies y que, aun así, veía algo que merecía la pena en ella.

Se dio cuenta de que el príncipe heredero de Drakon la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él y fue algo que retumbó en su interior.

Cuando el alba pintaba el cielo con pinceladas rosas y moradas, su voz la había llevado lentamente de vuelta al mundo, a la vida que la esperaba. Su madre, con su muerte, le había hecho un regalo, le había devuelto su vida.

Con una sensación de vitalidad incontenible, había hecho lo que había estado deseando hacer, pero que le había aterrado hacer hasta ese momento. Se había secado las lágrimas, se había arrodillado entre las piernas de él y lo había besado en la boca. Ella, muy engreída, había decidió que su primer beso sería el beso del príncipe heredero.

Él, naturalmente, no le había devuelto el beso y, con delicadeza, le había tomado la cara con las manos y la había apartado. Luego, ardiendo por la humillación y el deseo insatisfecho, la había llevado a su cuarto, la había arropado en la cama y había esperado a que se quedara dormida.

A la mañana siguiente, se había despertado con bríos renovados y la decisión de poseerlo de cualquier manera que pudiera.

Había estado jugando con fuego, ¿podía extrañarle que se hubiese quemado? Aquella noche, él había hecho que se sintiera muy segura, una sensación desconocida para ella, como si pudiera resistir cualquier dolor, por fuerte que fuera, si lo tenía a su lado.

Sin embargo, no había previsto que él acabaría despreciando lo que le había atraído de ella.

–Desafiabas todo en lo que yo había creído sobre mí mismo, sobre el mundo, sobre mi sitio en el mundo –siguió Andreas devolviéndola al presente con un brillo extraño en los ojos–. Eras una alocada delgaducha de diecisiete años y la primera persona que había conocido que…

–¿Qué…? –preguntó ella con un susurro aunque sabía que solo le haría daño.

–Que le daba igual lo poderoso o experto que fuese. Contigo, yo era… –Ariana no le había visto quedarse sin palabras jamás, aunque, en ese momento, sabía que estaba eligiéndolas con mucho cuidado–…era solo Andreas por primera vez en mi vida.

Ariana jamás le había oído decir eso, eran palabras casi de lamentación, de cierta añoranza, que abrían de par en par un anhelo que ella había cerrado bajo siete llaves.

Las lágrimas se le amontonaron en la garganta. Quería apalearlo por no habérselo dicho entonces, por no haberle dicho… ¡No! Se aferró implacablemente al presente. No habrían sobrevivido y tenía que tenerlo presente en todo momento.

Andreas le apartó un mechón de pelo que le había caído por la mejilla, eran contactos leves, contactos calculados que le producían un hormigueo en la piel.

–Te haré una promesa, Ari.

Ella frunció el ceño, más enfadada consigo misma que con él.

–Será con segundas intenciones.

Esa vez, él sonrió de verdad y el contraste de sus dientes blancos con la piel morena fue devastador. Para ella, al contrario que para él, la paciencia nunca había sido su punto fuerte.

–¿Cuál es la promesa?

–No te tocaré hasta que tú acudas a mí. No te tomaré, *agapi mu*, hasta que me lo ruegues, hasta que te metas en mi cama y me pidas que entre en ti. Tomarte cuando no puedes ni respirar por las ganas de que te tome es… incomparable a cualquier otra cosa.

Ariana se apartó de él con una oleada de calidez en el bajo vientre y palpitaciones entre las piernas.

–Como hice la última vez.

Esos ojos irresistibles negros se oscurecieron más con un velo ardiente. Todo se reflejaba allí; la cabaña de troncos a los pies de las montañas, la tormenta que llevaba una semana asolando la zona, la cama inmensa con sábanas suaves como un pecado y Andreas y ella allí atrapados con las vituallas menguando poco a poco y la pasión entre ellos abrasándolos cada vez más.

Ella había cumplido dieciocho años cuatro semanas antes y saberlo era algo explosivo en esa cabaña silenciosa; los dos habían estado pasando por alto los llamamientos del rey Theos; había osado atrapar al príncipe heredero, quien parecía hecho de piedra, como las montañas que los rodeaban, algo demasiado peligroso cuando, por fin, durante los primeros días en la cabaña, había sabido con certeza que ella también lo atraía… hasta el día que él había decidido que iba a ceder.

Sintió descargas por todo el cuerpo al acordarse de aquella noche inolvidable, cuando empezó a entender al arrogante y estirado príncipe heredero y a darse cuenta de dónde se había metido, pero había sido demasiado tarde, ya se había enamorado de él.

Agarró el edredón con los dedos temblorosos y soltó el aire que había estado conteniendo. Solo había estado unas horas con él y ya estaba abrasándose. Se aclaró la garganta.

–¿Por qué?

–Para igualar un poco las cosas –contestó él encogiéndose de hombros.

–Esto era exactamente lo que querías cuando me secuestraste… para

tenerme a tu merced.

–Sí, pero tenerte a mi merced cuando no luchas contigo misma… –él hizo un sonido de aburrimiento– no es la Ariana que quiero. ¿Qué gracia tiene atormentarte si no… participas? Esta vez, de esta manera, cuando esté dentro de ti sabré que te has entregado pese al instinto de conservación que pareces haber desarrollado.

Era imposible. El hombre con el que se había casado jamás se habría prestado a un reto así, y menos le habría provocado a ella con él. Jamás habría dejado en manos de ella las riendas de nada, y mucho menos el plan de su venganza o algo tan sencillo como cuándo iban a acostarse.

¿Había cambiado él o solo era un juego?

Andreas apoyó una cadera en la pared, era pura virilidad con unos ojos ávidos.

–Como siempre me has acusado de controlarlo todo, dejaré esto en tus manos. No nos acostaremos hasta que tú no quieras.

–¿No lo entiendes? Ya no soy autodestructiva, Andreas. La última vez ya me abrasé bastante para toda una vida.

Él se quedó inmóvil y la miró a los ojos como si quisiera sondear sus profundidades.

–¿Te abrasé yo, Ariana?

La pregunta no era una provocación, ni siquiera era una reprimenda. Tenía un tono de curiosidad que hizo que a ella se le encogiera el estómago y notó que le abrasaban las lágrimas debajo de los párpados. Tenía que contestar que no, que la culpa fuera solo suya.

–Sí –susurró Ariana–. Todavía tengo las cicatrices.

Él asintió con la cabeza y una mirada pensativa que ocultaba sus pensamientos.

–Entonces, te lo debo, ¿no? Este jueguecito puede durar lo que quieras o terminar cuando lo desees.

Ella confiaba menos todavía en ese Andreas razonable que en el controlador.

–¿Terminar…?

–Podrías desnudarte e invitarme a tu cama en este momento –los dos miraron un instante la cama–. Podría darte la noche de bodas que habrías pasado con tu encantador prometido –él endureció la mirada con un gesto implacable en la boca–. Cuanto más tiempo me mantengas alejado, más tiempo durará todo esto.

¡Era un malnacido! La había atrapado con todas las de la ley. Estaba condenada a quedarse con él mientras negara lo que había entre ellos y estaba condenada si cedía. Había quedado claro a los dos minutos de volver a verlo, a los segundos de inhalar su olor, que lo que le gustaba era esa virilidad tan especial y que solo tenía Andreas Drakos.

–Vas a tener que esperar sentado, Andreas, y los dos sabemos que no sabes qué es que te nieguen lo que quieres. Además, si no recuerdo mal, la

abstinencia te ponía muy irritable.

–Es verdad, pero mi tolerancia con todo ha cambiado después de haber pasado por tu engaño, Ari. Ya no tienes ni idea de lo que he llegado a ser.

Andreas se dio media vuelta, salió del cuarto y cerró la puerta.

Ariana se tapó la cara con las manos con pánico por la falta de pánico. ¿Podía creerlo? ¿De verdad él le daría una oportunidad cuando la tenía cerca? Además, aunque consiguiera resistir y no cayera en las pautas de antes, ¿qué conseguiría si volvía a ser su esposa?

Dejó escapar un gruñido, aunque él tenía razón en una cosa.

Que él la tuviese exactamente donde quería no significaba que ella fuese a tirar la toalla y a dejar que él hiciese lo quisiera. La imagen que se le formó en la hiperactiva cabeza hizo que el roce de los muslos le pareciera insoportable.

Esa vez, ya sabía lo que pasaba si jugaba con fuego, lo que pasaba si se enredaba con Andreas Drakos.

Lo primero era lo primero y tenía que ducharse, limpiarse la mugre y las dudas del día que había pasado hasta ese momento. Se recordó que tenía que darle las gracias a la azafata por la ropa interior, los vaqueros de marca y las blusas y camisas nuevas que le había facilitado, aunque no iba a darle vueltas en la cabeza a por qué el avión privado de Andreas tenía ropa interior y todo tipo de prendas de mujer, no era asunto suyo.

Se quitó la ropa interior con una mueca de desagrado, tomó una toalla y entró en la pequeña pero lujosa ducha. El chorro de agua caliente sobre los músculos tensos fue una maravilla y arrugó la nariz al ver la hilera de champús y geles de las mejores marcas.

No podía huir, no podía esquivar a Andreas, no podía estar casada con un hombre que necesitaba controlarlo todo más que respirar, incluso sin contar con la historia entre ellos.

Tampoco podía ser la reina de Drakon, se dijo a sí misma con una risa histérica.

Solo podía decir la verdad. Andreas no dejaría que se marchara hasta que hubiese averiguado por qué lo engañó, hasta que hubiese entendido que ninguna mujer, y mucho menos ella, podía alejarse de él.

Sin embargo, se llevó la mano a la cicatriz del abdomen porque la verdad era retorcida y espinosa.

Podía hacer que viera otras cosas. Podía convencerlo, por ejemplo, de que no había sido un juego de juventud para ella, de que había sido necia e ingenua, no voluntariamente destructiva, de que lo había abandonado por supervivencia.

Tenía que convencerlo de que no podía volver a ser aquella Ari, de que no antepondría Drakon ni sus obligaciones con la Corona a su vida, de que no lo amaría nunca, no antepondría su obsesión por él a la felicidad de ella.

De que había aprendido lo destructivo que podía ser el amor.

Capítulo 4

TODAVÍA LE quedaban cicatrices. ¿Qué había hecho para hacerle tanto daño?

La había odiado durante dos años y había soñado con arruinarle la vida cuando le echara el guante encima. Sin embargo, en ese momento, cuando ya la tenía, cuando la había encontrado la víspera de casarse con otro hombre, la furia y la traición se habían apaciguado y se había convertido en algo mucho más sutil.

Había consumido toda su energía de la última hora en contener las ganas de volver a su cabina para exigirle que le explicara qué había querido decir.

Sin embargo, al verla, al ver los pechos que le subían y bajaban, la piel dorada, el pulso que le palpitaba con fuerza en el cuello, la inclinación desafiante de la barbilla, la deseó más a ella que a sus respuestas. Anhelaba acariciarle la melena sedosa y ese punto tan sensible encima de la nuca para ver si reaccionaba con un gemido.

Podría haberle rodeado la diminuta cintura con una mano y haberla levantado hasta que sus pechos se hubiesen aplastado contra el pecho de él. Podría haberle borrado el brillo desafiante de los ojos con un beso y podría haber conseguido que jadeara al cabo de unos segundos.

Podría haberla tumbado en la cama, haberle quitado la ropa interior y haber entrado en ella. Se revolvió en el asiento por las imágenes que se le presentaron en la cabeza.

Solo faltaba que sus empleados vieran su inoportuna erección. Sin embargo, en vez de haber satisfecho sus anhelos carnales, había hecho esa ridícula promesa para disipar esas sombras de sus ojos. Le había parecido muy frágil en ese momento, como si una palabra equivocada sobre las píldoras hubiese podido hacerle añicos. Maldita arrogancia la suya por haberse olvidado de que nada de lo relativo a Ariana podía ser sencillo.

–Alteza… Andreas… –le llamó Petra sin disimular cierta impaciencia.

Él aceptó la acusación implícita y se encogió de hombros como si quisiera pedirle perdón. No podía reprochárselo porque no había oído nada de lo que había dicho durante los últimos quince minutos. Luego, levantó la cabeza y vio a Ariana.

La tensión le atenazó los hombros y el cuello.

Una camisa blanca hecha a medida, de él, le cubría con amplitud el delgado cuerpo y estaba metida dentro de unos vaqueros que se le ceñían a los largos músculos de los muslos y a la redondez de las caderas. Sintió un

momento de alivio. No parecía tan mal de salud como había dado por supuesto antes. Se había hecho un moño enmarañado con la melena ondulada, un moño que había deshecho con placer cada vez que había querido.

No llevaba joyas, menos una fina cadena de oro.

Fue mirando a todos los integrantes de su equipo con toda una variedad de expresiones en la cara, hasta que frunció levemente el ceño cuando llegó a Petra. Cuando vio a Thomas, uno de sus guardias de seguridad más antiguos, se abalanzó sobre él con una sonrisa. Una sonrisa que hizo que dejara de ser la mujer recelosa que había secuestrado para convertirse en la chica sonriente que conoció una vez. Era bien sabido que Ariana siempre había encontrado más cosas en común con los empleados que él.

Entonces, lo miró a él y, con un gesto de la cabeza tan regio que habría enorgullecido al más estirado de sus antepasados, se sentó en el extremo opuesto de la cabina. Cuando el auxiliar le preguntó si quería comer, ella pidió comida para un regimiento, toda vegetariana, como él recordaba. Al menos, su cocinero privado estaba mejor provisto que lo que estuvo él cuando tuvo que darle de comer.

Andreas siguió escuchando a su equipo con un oído mientras observaba que ella se comía casi toda la comida que había pedido. Sus mejillas recuperaron algo de color y el pelo, que empezó a soltársele del moño, le brilló como cobre secado por el sol.

Pasó a comentar las medidas de seguridad para la coronación y los pormenores del tratado comercial que iba a firmar con el país vecino gracias a Nikandros y Gabriel. Iba a pedirle a Petra que le llevara la propuesta que el Consejo de la Corona quería que impusiera al Gobierno cuando vio a Ariana delante de él.

–¿Piensas trabajar todo el vuelo?

–Sí –él volvió a bajar la cabeza–. Faltan dos meses para la coronación y he dejado de lado mis obligaciones durante los últimos meses. Nikandros se ha ocupado de casi todas.

Ella se sentó enfrente de él y arqueó las cejas cuando la miró sin decir nada. Tuvo que hacer un esfuerzo para no ceder al ver su piel recién frotada y su cuerpo flexible y fibroso.

–¿Has… abandonado el trabajo? ¿No se ha apagado el infierno?

Él frunció el ceño y se acordó de la cantidad de veces que le había rogado, después de que hubiesen vuelto a Drakon, que se tomara el día libre, que pasara la tarde con ella o que, al menos, cenara con ella todos los días. También se acordaba muy bien de lo que había contestado: «no».

Siempre había contestado que no y había desechado todas sus peticiones como si fueran unos intentos de llamar la atención de alguien inmaduro. Él había estado demasiado ocupado intentando demostrarle a su padre que su falta de buen juicio se limitaba a haberse casado con ella, que todavía podía representar a Drakon en la cumbre sobre el petróleo de ese

año, que podía acometer la titánica tarea de sacar a Drakon del agujero económico en el que había caído.

Hasta que un día, ella dejó de pedirlo. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso hasta ese momento?

–Tenía otras cosas en la cabeza.

Ella lo miró antes de volver a mirarse las manos sobre la mesa.

–Estoy segura de que la perdida de tu padre habrá sido muy dolorosa.

Él se rio. Podría contarle lo aterrado que había estado Theos solo de pensar que su hijo podría matarlo con sus propias manos. Eso le borraría la lástima de los ojos.

–Yo estaba obsesionado con encontrarte.

–Ah…

Petra seguía allí en silencio y él se dio cuenta, poco a poco, que estaba esperando a que él despidiera a Ariana, y no era una suposición disparatada.

No dejaba de lado el trabajo por nadie. Incluso el año pasado, cuando había estado buscando a Ariana, Petra lo había acompañado casi todo el tiempo. Él había hecho todo lo que había podido para que Nik no sucumbiera bajo el peso de Drakon. Petra llevaba con él desde que volvió de la Armada, a los dieciocho años, y su padre la había elegido para que fuera su secretaria. Lo conocía y conocía sus prioridades. Era posible que, incluso, se pareciera más a una amiga, aunque nunca se le había permitido el sencillo arte de hacer amigos.

Petra lo conocía lo bastante como para llegar a la conclusión de que fuera lo que fuese lo que estaba haciendo con Ariana, y que rozaba la locura, no afectaría a sus demás funciones.

Tenía en la punta de la lengua las palabras para despachar a Ariana cuando se fijó en la tensión de su sonrisa y en que tenía los nudillos blancos de agarrar la mesa.

–Petra, seguiremos más tarde.

Petra titubeó sin disimular su disconformidad y Andreas frunció el ceño. Todo su equipo llevaba demasiado tiempo con él si Petra se atrevía a discutir sus órdenes.

Ariana se cruzó las piernas con un gesto despreocupado, pero la tensión seguía reflejándose en su boca. Ese destello de vulnerabilidad volvió a recordarle lo joven que había sido ella.

La cabina ya estaba vacía, había dispersado a su equipo con la mirada, y dejó que se hiciese el silencio.

Ella había ido con algún propósito.

Él esperó con paciencia y cierta curiosidad por lo que se avecinaba. Ella siempre había tenido ideas disparatadas, como cuando había propuesto que huyeran a Estados Unidos durante un par de años y se olvidaran de Drakon. Cuando él la miró sin salir de su asombro, ella pasó a decir que, como no se había comunicado su matrimonio, le gustaría recorrer Europa, con una

mochila, durante un par de meses mientras él resolvía la infinidad de problemas de Drakon. Él lo había rechazado con bastante vehemencia solo de pensar en que la alocada Ariana recorría Europa de albergue en albergue mientras él se quedaba en Drakon.

Sin embargo, en ese momento, se daba cuenta de que, disparatado o no, le había negado todo lo que le había pedido. La había entregado a su padre y había vuelto al apartamento cuando había necesitado acostarse con ella, cuando no había podido pasar un minuto más sin tocarla, cuando había resuelto los miles de asuntos que tenía encima de la mesa y ella había sido su recompensa.

Como si dosificara su ración de ella.

Cada vez que había ido a verla se la había encontrado más inquieta y con ideas más descabelladas.

Él le había dado el papel más codiciado y Ariana no lo había apreciado.

¿Cómo había podido olvidarse él de esos meses de su matrimonio? Habían sido infernales, justo lo contrario que los meses que habían pasado en el pueblo.

–¿Te has acostado alguna vez con ella? –preguntó Ariana.

Él levantó la cabeza de golpe al oír el susurro, vio que lo había preguntado en serio y, al ver la expresión de cautela, como si estuviese preparándose para la respuesta, contuvo la obscenidad que había estado a punto de soltar. Le desquiciaba que, aunque estuviese equivocada, sacara lo más primario, posesivo y protector de él.

–Has perdido el derecho a preguntármelo –contestó él aunque le dolía la pregunta–. ¿Te refieres a si te he engañado cuando estábamos juntos?

–No –lo inmediato de la respuesta pareció sorprenderle a ella tanto como a él–. No lo creo.

Él se dejó caer sobre el respaldo. La pregunta que le daba vueltas en la cabeza le parecía más importante que las ganas de tocarla.

–Empiezo a darme cuenta de que no tenías un concepto muy elevado de mí cuando estábamos juntos.

–En realidad, tenía un concepto elevadísimo –replicó ella con esa sinceridad que siempre había tenido. Entonces, ¿cuándo se torció todo?–. Sabía… Sé que no me habrías engañado –ella lo miró a los ojos con un gesto serio–. Me refería a… a antes de que nos conociéramos, o quizá a después –ella suspiró–. Pero, como has dicho, no tengo derecho a preguntarte eso.

Ella le aplacaba la ira con la misma facilidad que se la provocaba.

–Petra es una empleada, una mujer que depende de mí para ganarse la vida. Sabes que mi hermana Eleni nació por una aventura entre Theos y mi niñera. ¿Crees que yo repetiría su comportamiento escandaloso y abusivo?

Ariana desvió la mirada. Habría un centenar de mujeres dispuestas a caer a sus pies entre las empleadas como Petra y un centenar más que adoraban el suelo que pisaba el príncipe heredero. Las mujeres eran parte

del personal. Petra no era más que sus tres asistentes, que, afortunadamente, eran hombres; no era más que Thomas, su guardaespaldas; no era más que su sastre, su entrenador personal o su cocinero. Era una pieza más del engranaje que hacía que su vida fuera como la seda. Sin embargo…

–Tú adorabas a tu padre.

Desde el momento que habían vuelto a la capital, Ariana había visto la aterradora realidad. Se había casado con un hombre que, en realidad, no era muy distinto de frío y despiadado rey Theos, quien la había mirado como había hecho su padre, como si fuese un desastre, una mancha que había que alejar del resplandor de su palacio.

–Algunos días eras aterradoramente parecido a él.

Como si el mundo y las personas que lo habitaban fuesen accesorios de su vida, como si solo sirviesen para darle cierto valor a su propia vida. Hasta ella había sido otra pieza del engranaje, una pieza placentera.

Ella había cometido el error de creer que el aislamiento que él se había impuesto en el pueblo era su vida de verdad, cuando, en realidad, había sido un paréntesis.

Él se frotó la barbilla con la palma de la mano. Tenía una barba incipiente desde la tarde que, sumada a las ojeras, le daba un aspecto cansado, casi imperfecto. Sintió una punzada en el pecho. Eran las mismas ganas de proteger a un hombre que poseía el mundo, que no necesitaba su protección, que hicieron que lo siguiera al fuego. ¿Acaso no había aprendido a tener buen juicio durante esos diez años?

–Porque mi padre, en el momento álgido de su reinado, había sido un magnífico hombre de estado. Nik captó por dónde iba mucho antes que yo. Él no soportaba que Theos lo apartara de mí –Ariana se quedó atónita por el arrepentimiento que había en sus palabras–. Yo solo veía que Theos era el hombre que me preparaba para regir Drakon. Un hombre que había trabajado incansablemente durante años para que yo fuese perfecto, un hombre que solo quería que gobernase el mundo. Tardé mucho en darme cuenta de que Theos, en el terreno personal, era un monstruo manipulador.

Ariana se mordió el labio inferior. No tenía mucho tiempo si quería evitar que él la paseara a su lado delante de todo Drakon el día de la coronación.

–Habría dado cualquier cosa para que hubieses visto ese lado del rey Theos en aquella época, Andreas.

–Tiene que ser tentador reprochárselo todo a él, pero solo te ayudó, Ariana.

Ella entrelazó los dedos con los de él encima de la mesa para anclarlo, para no perderlo por el recuerdo de un hombre despiadado.

–Eso no es verdad. Él sabía todo lo que pasaba entre nosotros, cada pelea y cada discrepancia. Petra se lo transmitía todo.

–Efectivamente, era un malnacido despiadado, pero no le atribuyas tus

fallos a él.

Él fue a retirar la mano, pero ella se la agarró. Para ser un hombre que se pasaba horas firmando tratados en la mesa, siempre había tenido unas manos muy ásperas.

–Andreas, yo no tuve la idea de falsificar… Nunca accedí a fingir que estaba muerta. Firmé los documentos para disolver nuestro matrimonio y tomé el dinero que me ofreció tu padre, sí, pero yo…

Él apartó la mano como si ella fuese venenosa. Ariana se levantó y le bloqueó el paso.

–Si estás dispuesto a que volvamos a pasar por este infierno, escucha mi parte al menos.

–¿Cómo supiste lo que había hecho si ni siquiera volviste la vista atrás? –le preguntó él con los puños cerrados.

–Recibí todos los documentos a través de un abogado. Tardé un mes en comprender plenamente las consecuencias. Me entró pánico y llamé a Giannis, quien me contó lo que había hecho Theos a mis espaldas.

Ariana retrocedió un paso al ver el brillo de rabia en sus ojos negros.

–Naturalmente, te mantuviste en contacto con tu amigo guardaespaldas.

La insinuación que percibió en su tono le llegó a lo más profundo de su ser.

–Giannis era mi amigo, entendía por lo que estaba pasando. Él…

–¿Qué pasó cuando Giannis te contó las retorcidas mentiras de Theos? ¿Por qué no me llamaste entonces?

–Era demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para decirme que estabas viva?

–Se había anunciado tu compromiso. Yo no estaba en una buena…

–¿Qué, Ari? Creías que me merecía seguir creyendo que mi joven esposa estaba muerta. Seguramente, a manos de mi propio padre o por mi negligencia, de la que te habías quejado durante meses.

–¿Creías que me había matado él?

–Sí.

Ella volvió a ver esa mirada perdida que creía que se había imaginado, el dolor que reflejaba era como un cuchillo clavado en el pecho.

–Él no disimuló su satisfacción porque habías desaparecido de mi vida para siempre. Después de sus ataques de ira porque había arruinado nuestro legado, porque yo había… –Andreas se pasó una mano por el pelo–. Fue la primera vez que vi cómo podía llegar a ser Theos. Sin embargo, solo era una sospecha y me volqué en el trabajo. Me distancié de Nik e hice daño a Eleni. Creía que estaba volviéndome loco por sospechar algo tan espantoso de mi padre. Theos no soportaba la idea de que fueses mi esposa. Para él, era tan asombroso como lo era para mí que hubiese tomado una decisión tan inaudita, tan impropia de mí.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste, Andreas? –era la pregunta que debería haberle hecho en vez de haber salido corriendo–. Podrías haberme tenido el

tiempo que hubieses querido y luego marcharte.

–Ya te lo dije. Aquella noche eras virgen y no usé protección.

–Podríamos haber esperado a ver si había consecuencias.

–¡Te seduje!

–Te acostaste conmigo después de que me hubiese abalanzado sobre ti durante meses una y otra vez.

–Aun así, tenías dieciocho años y eras la pupila de mi padre a la que no hacía caso. No tenías a nadie en el mundo que se ocupara de ti. Lo que hice fue…

–Ni se te ocurra arrebatarme eso. Te deseaba, aquella noche te necesitaba tanto como tú me necesitabas a mí. Sin embargo, después podrías haberte largado, podrías haberme resarcido, podrías… ¿Por qué te casaste con esa frívola, atolondrada y alocada chica que era yo? ¿Por qué te casaste conmigo cuando sabías cómo era tu vida de verdad y lo desacertada que yo era para ti?

–Porque me había acostumbrado –contestó él con la respiración entrecortada y un brillo pecaminoso en los ojos.

El corazón le latía con tanta fuerza contras las costillas que Ari no podía respirar casi.

–¿A qué te habías acostumbrado?

–A que me adorases, a que me amases –Andreas se frotó la nuca con un gesto desconcertantemente titubeante para ser un hombre tan arrogante y seguro de sí mismo–. Era el centro de tu universo y eso hizo que me olvidara de quién era y quién eras tú. Gracias a Theos, había disfrutado de cualquier placer que podía tenerse en el mundo, pero tú, Ariana… tu forma de adorarme aunque te burlaras de todo lo que yo representaba en este mundo era una droga a la que no podía renunciar. Creí que podría conservarlo, conservarte para mí, como si fueras un capricho que me concedía a mí mismo. Fue el mayor error de mi vida. Theos tuvo razón en eso.

Ariana se rodeó el cuerpo tembloroso con los brazos porque algo se le estaba apagando, la esperanza después de tanto tiempo. La esperanza de que acabara reconociendo que se había casado con ella porque también la amaba, de que perderla lo había hecho añicos no porque se sintiera responsable o culpable, sino por otra cosa.

–Entonces, da por terminado ese error, no sigas con la farsa de nuestro matrimonio.

–¿Qué propones? ¿Que me case con otra mujer, la convierta en mi reina y te conserve al lado? ¿Debería concederte el sitio que pareces dispuesta a demostrar que es el que te corresponde, Ari? ¿Debería visitarte a escondidas como si fueses una ramera, la mantenida que deberías ser según mi padre? ¿Me convertirías en el monstruo que llegue a ser por Theos y por ti? Porque nada ha cambiado, sigo deseándote con la misma fuerza. Sigues siendo una debilidad, la única que no puedo superar.

Ella, sin reparos, llevó sus manos a la cara de él y el olor de su piel hizo que le bullera la sangre. Andreas le agarró las muñecas para detenerle las manos. No podía soportar que lo tocara en ese momento y de esa manera, cuando se sentía como un caldero de emociones, cuando solo quería tumbarla en la cama y…

–No debería haber huido así y con la ayuda de él, pero… pero no fue que buscara la libertad porque me hubiese aburrido de ti o porque fuese tan superficial que me había enamorado de otro hombre que solo era mi amigo, no fue una veleidad.

–¿No?

–No. Te… amaba. A ti. Sin embargo, me di cuenta de que amarte empezaba a matarme lentamente y, al final, elegí… la supervivencia.

Sus palabras fueron como una bala que le rebotaba dentro de la cabeza. Quería odiarla como había hecho durante dos años. Había abierto conscientemente la caja de Pandora de su relación y parecía como si nunca fuesen a dejar de salir cosas, cosas que él no estaba seguro de que quisiera encarar.

–¿Cómo estaba matándote?

Su rostro reflejó una impotencia absoluta y verla, cuando Ariana no dejaba de luchar nunca, fue lo que hizo que él le creyera todo lo que había dicho.

–Ya da igual –susurró ella.

El piloto rompió el tenso silencio cuando les comunicó que iban a aterrizar enseguida. Entre haber llorado su muerte durante ocho años y el descubrimiento de su traición, se había olvidado de que él era la raíz de todo eso.

No se dio cuenta del monumental disparate que había sido casarse con Ariana hasta que su padre se enfrentó a él y le hizo ver el desastroso estado de la economía de Drakon, la creciente deuda pública. La alianza que Theos había estado tejiendo cuidadosamente con Gabriel Márquez para que su hermana fuese la reina de Drakon se había ido al garete.

Por eso, había intentado encauzarlo todo inmediatamente.

Lo habían preparado para que hiciera cualquier cosa por Drakon, pero no para que renunciara a ella. Según le había dicho a su padre, ella solo era una pequeña parte de su vida. Al fin y al cabo, el papel de reina en Drakon solo era honorífico.

Dio resultado durante el primer mes y se convirtió en su válvula de escape para el peso de los problemas del país y para lo repentinos ataques de ira de su padre, que cada vez eran más frecuentes. Entonces, poco a poco, las cosas cambiaron.

Era como si hubiese vivido dos realidades distintas, una como príncipe heredero y otra como el hombre obsesionado con su joven esposa y se había convencido a sí mismo de que no pasaría nada mientras no se mezclaran, mientras no permitiera que ella se adueñara de su vida, mientras

ella no significara nada más que un alivio físico al final de una jornada agotadora, mientras no le permitiera que volviera a trastocar sus obligaciones… Le había prometido de todo a Theos con tal de conservarla.

Ella había elegido la supervivencia y esas palabras quedaron flotando en el aire.

¿Estaba preparado para asumir lo que había hecho para que su resplandeciente y alegre esposa de dieciocho años huyera en cuanto él se dio media vuelta y que él era el único responsable de las ojeras de Ari?

Entonces, de repente, se preguntó si tenía sentido lo que había estado haciendo desde que se enteró de que estaba viva.

Capítulo 5

KILÓMETROS DE césped primorosamente cortado la recibieron cuando el avión aterrizó en el aeródromo privado. El mismo aeródromo donde, hacía diez años, unos empleados del rey Theos la montaron en otro avión para que se marchara de Drakon.

No hacía tanto frío como en Colorado, pero la brisa sí era fresca y la cadena montañosa que se veía a lo lejos formaba un horizonte perfecto. Unas palmeras muy altas delimitaban el perímetro más cercano alrededor del aeródromo. Sintió una extraña punzada de… bienvenida. Creía que no había echado de menos a Drakon, pero se había equivocado. Aunque quizá hubiese cambiado de punto de vista por esa sensación de tener una misión.

No estaba oscilando del remordimiento por la muerte de su madre a la repentina y aterradora percepción de lo que era la libertad. No huía del miedo a que su padre hubiese podido tener razón cuando le decía que no servía para nada.

De repente, le alegraba estar allí. Ojalá pudiera echarle en cara a su padre cada palabra despectiva que le había dicho, ojalá su madre pudiera estar allí para que viera que había llegado a ser algo, que estaba absolutamente feliz…

Sin embargo, no había sido completamente feliz. Se había centrado y entregado, había estado ocupada hasta acabar agotada, pero no había sido feliz. Había reprimido a la chica que se reía a lo loco y que amaba incondicionalmente, y todo para evitar como fuera que volvieran a desgarrarle el corazón, como si quisiera castigarse a sí misma por haber perdido a su hijo.

Tres coches blindados se pararon junto al bordillo con los banderines rojos y dorados ondeando al viento. Tres equipos distintos esperaban las órdenes de Andreas y la miraban con una curiosidad evidente. Iban a mirar con lupa todo lo que hiciera e iban a analizar cada palabra que dijera para cerciorarse de que estaba a la altura de la imagen de Andreas, pero nadie iba a intimidarla esa vez.

Andreas se puso delante de ella y la miró a los ojos. Sintió un escalofrío y la cubrió inmediatamente con un abrigo que le llegaba por debajo de las rodillas. El olor a sándalo y la calidez del cuerpo de él eran como una droga muy potente que emanaba de la gruesa lana.

Él le rodeó los hombros con un brazo y los encapsuló dentro de su pequeño mundo. Estaban tan cerca que ella podía verle las diminutas manchas doradas de los ojos y podía sentir la musculatura de su cuerpo.

Se quedó muda mientras él le ponía el abrigo por encima de los hombros y le abrochaba los dos primeros botones para protegerle el pecho.

El corazón se le aceleró cuando le levantó el dedo anular de la mano izquierda. Al diminuto diamante le costó lanzar un destello mínimo. Le quitó el anillo del dedo con una delicadeza que daba a entender que no le gustaba incomodarla de ninguna manera, lo que contrastaba con que estuviera rasgándole sin contemplaciones todo el tejido de su vida.

Volvió a mirarla a los ojos, con un brillo desafiante en sus ojos negros como el carbón, y tiró el anillo por detrás de ellos. Ariana dio un respingo, pero él la sujetó con una mano detrás de la nuca. Aunque medía un metro setenta y cinco, él tuvo que inclinarse.

–Bienvenida a casa, Ariana –le susurró él al oído antes de rozarle la comisura de los labios con su boca.

Se estremeció de arriba abajo y sintió una oleada de calidez mientras llevaba, automáticamente, las manos a su pecho para empaparse de esa calidez.

Luego, se sonrojó y volvió a bajar las manos a los costados. Andreas siempre tendría ese poder, esa capacidad de darle la vuelta como a un calcetín, y aceptarlo era curiosamente tranquilizador. Necesitaba que todo estuviera claro, necesitaba saber si siempre su vida estaría incompleta si no estaba él y si esa vez le bastaría lo poco que le ofrecía Andreas, porque había una cosa que sí sabía con certeza, que Andreas Drakos no podría amar jamás.

El viaje hasta el palacio fue largo, pero, afortunadamente, no fue íntimo. Tres empleados, Petra entre ellos, los acompañaron en la limusina y ella se sentó enfrente de él.

Tenía la camisa remangada y se le veían los fuertes antebrazos. Siguió la columna del cuello hasta el pecho y la estrecha cintura que se prolongaba en las piernas estiradas. Los pantalones se le ceñían perfectamente a los musculosos muslos.

Se dejó caer sobre el respaldo y cerró los ojos para aislarse de esa virilidad abrumadora. Aunque sus palabras, firmes y rápidas como el fuego de una ametralladora, le aturdían los sentidos.

Andreas hacía y contestaba preguntas sobre asuntos que ella no habría entendido antes y que, sinceramente, le habrían parecido aburridos, pero que, en ese momento, tenían más sentido.

En ese momento, no hacía falta que nadie le dijera lo aguda que era la inteligencia de Andreas porque estaba viéndola en acción. Su memoria era prodigiosa y su capacidad para ir al detalle, cuando tenía que tratar tantos asuntos, era impresionante. Escuchó fascinada mientras él tomaba el borrador de un discurso que le había redactado alguien del equipo de relaciones con la prensa y lo hacía trizas al señalar los lugares comunes y

por no rebatir la retórica alarmista de la prensa sobre la posibilidad de que él estuviese sufriendo la misma enfermedad mental que Theos.

El pueblo, por primera vez desde hacía décadas, estaba preguntándose qué hacía la Casa Real por ellos. Ella se dio cuenta, con una curiosidad incontenible, de que era el discurso de su coronación… y la convicción se reflejaba en cada gesto de él.

–Drakon entra en una era nueva conmigo al timón. No nos dormiremos en los laureles de la Casa de Drakos. La Casa Real empezará, durante los próximos años, el proceso de desligarse del Gobierno.

Ariana resopló y fue como si un elefante hubiese barritado en un cuarto cerrado.

–¿Tienes algo que decir, Ariana?

–Nada que os gustaría oír delante de otras personas, Alteza –contestó ella en un tono afable.

–No queremos que nadie crea que me tienes miedo, ¿verdad?

Eso hizo que se pusiera rígida. Él, en su momento, la abrumó muchísimo, pero ella jamás había dejado que la intimidara. Había una diferencia muy grande, y los dos la sabían. Se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos.

–¿Desligar a la Casa de Drakos del Gobierno? ¿Que Andreas Drakos deje de tener la capacidad de gobernar la vida de millones de personas? Eso sería como si un león renunciara a su capacidad para cazar. Esa capacidad la llevas en la sangre, nunca renunciarás a ella.

–No es que vaya a renunciar a esa capacidad, es que voy a repartirla en las manos adecuadas –replicó sin inmutarse por la crítica–. Quiero una mayor separación de poderes. Eso debería hacerlo el Consejo de la Corona, pero Theos los controlaba con su poder y fortuna y nadie ponía en duda su autoridad ejecutiva sobre el Gobierno. Nikandros ya dirige la economía de Drakon, siempre ha sido el genio económico. Eleni, si Gabriel le deja que acepte mi propuesta, será el contacto entre Palacio y las cientos de organizaciones benéficas que financiamos.

–¿Tu hermano y tu hermana? ¿A eso le llamas repartir el poder? ¿Crees que se opondrán a tus deseos?

–Lo entenderías si… –Andreas se mordió la lengua al darse cuenta de que todos los miraban con avidez y fascinación–. Mi padre acumulaba poder, hasta que lo llevó a la locura, hasta que empezó a considerarme, a mí, como su enemigo. No quiero que eso me pase a mí. Al fin y al cabo, ahora tengo una vida personal y quiero disfrutarla.

Aunque a ella le habría gustado negarlo, él lo había dicho con un brillo de sinceridad en los ojos.

–No puedes dejar de tener el control de todo.

En lo más íntimo de la noche más oscura, aunque la había asombrado por sus peticiones y su sensualidad, no había dejado ni una vez que ella llevara la iniciativa. Aunque se había dejado llevar por los placeres del

sexo, siempre había sido algo muy calculado.

–¿Es otro reto, *agapi mu*? –le preguntó él con un brillo malicioso en los ojos.

Ella notó que las dos mujeres que había en el coche soltaban el aire, y ella no pudo reprochárselo, aunque sí quiso decir que él era suyo. Quizá fuese por el aire de su país de origen o porque se había encontrado con Andreas como la mujer que ya era, pero la inquietud se adueñaba de ella.

–Alteza, no hagáis promesas… –ella arqueó una ceja– que no podéis cumplir.

Los ojos de él dejaron escapar un destello de regocijo perverso y unas arrugas muy profundas le surcaron las mejillas.

–¿Te preocupa que, después de todo, no puedas resistirte a mí?

Ella esbozó una sonrisa reticente y miró por la ventanilla.

La cadena montañosa fue desvaneciéndose a medida que el coche entraba en la ciudad con el palacio real, una construcción de piedra blanca, en lo más alto de la pequeña colina que emergía enfrente. ¿Decía en serio lo de esos cambios? ¿Por qué lo había decidido?

Cuanto más tiempo pasaba con él, más cuenta se daba de que algo había cambiado, pero sentía un escalofrío de miedo solo de pensar en contarle toda la verdad que había ocultado y de ver la condena en sus ojos si se enteraba de lo que había perdido.

Llegaron al palacio con muy poca ceremonia. Era evidente que no estaba la familia de él y Ariana se encontró entre el alivio y, si era sincera, cierta decepción.

Había seguido obsesivamente todos los cotilleos del palacio durante los últimos años, como los cambios que Andreas parecía decidido a llevar a Drakon y la creciente animadversión hacia el antes dorado príncipe heredero. También sabía que Nikandros, el príncipe temerario, había vuelto a Drakon después de años de distanciamiento entre Andreas y él, que se había casado con la exfutbolista Mia Rodriguez y que tenían dos hijos pequeños.

Eleni, a quien habían calificado durante años como la princesa anodina, se había casado hacía poco con Gabriel Márquez, el hermano de Isabella Márquez, la mujer a la que se había prometido Andreas después de que ella desapareciera.

¿Andreas también había provocado esos cambios?

Dos guardaespaldas la acompañaron por los kilómetros de pasillos.

El séquito personal de Andreas, cinco personas, los recibió y la llevaron a unos aposentos elegantemente decorados en tonos crema y malva. Recorrió la sala, el cuarto de baño, del tamaño del local de su asesoría legal, y el dormitorio con una cama inmensa en el centro.

–No pienses siquiera en huir, Ari –le susurró de repente Andreas al oído.

Ella dio un respingo, pero le puso las manos en el pecho y las dejó ahí

porque le encantaba sentir su solidez y porque, de repente, necesitaba que su presencia la tranquilizara antes de que se perdiera en el laberinto del palacio.

–No me deis motivo, Alteza.

Ariana intentó disimular la felicidad que le producía que él no se hubiese olvidado de ella nada más poner un pie en el palacio, que, esa vez, la hubiese llevado de verdad al palacio y no la hubiese escondido.

Era penoso que hasta las migajas que recibía de él hicieran que el corazón le diera un vuelco.

Él no sonrió, pero le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

–Descansa un par de horas –Andreas la miró como si quisiera convencerse de que no se desmayaría otra vez–. Mi familia está deseando conocerte.

–Más personas que me odian –comentó ella con el pánico atenazándole el pecho–. Andreas, no podríamos…

–No, Ariana. Al traerte, he ido contra todos mis principios y he apretado las tuercas hasta el límite a todos los integrantes del Consejo de la Corona que me odian –una sonrisa sombría le veló los ojos–. Llegas diez años tarde, *pethi mu*. Drakon quiere a su reina y yo quiero a mi esposa.

Ariana lo miró mientras se marchaba, pero sintió una decisión férrea en vez de miedo. Se había salvado del descarrilamiento de un tren para, con un poco de suerte, convertirse en algo parecido a una mujer que sabía lo que quería. ¿Era posible que el príncipe heredero de Drakon también cambiara?

Capítulo 6

ESTÁ AQUÍ? ¿Qué hace? ¿Adónde se fue después de que te abandonara? –preguntó Eleni en cuanto Andreas entró en la sala verde del palacio.

Tenía la cabeza como un bombo por el informe resumido que le habían dado sus asistentes. Nikandros había tenido razón. Su índice de popularidad era mucho peor de lo que se había imaginado. Tenía que encontrar la manera de darle la vuelta a ese sentimiento contrario a él.

–Tranquila, Eleni –intervino Gabriel.

Andreas sintió cierta lástima por su cuñado. Tenía que ser complicado que Eleni siguiera siendo tan hiperactiva cuando estaba embarazada.

–Es abogada –contestó Andreas mientras tomaba la copa que le había servido Nik–. Creó una asesoría legal con el dinero que le sacó a nuestro padre.

Gabriel silbó con un brillo malicioso en los ojos verdes.

–Con lo controlador que eres, siempre creí que necesitabas una mujer con agallas, una mujer que pudiera ser tu redentora, y ella lo parece.

–No sabía que necesitara redimirme…

–Pues sí –Gabriel dejó de sonreír–. Antes de que acabes como tu padre.

En esos días, no había nada que le hiciera perder tanto el dominio de sí mismo como que lo compararan con su padre.

–Intervine en la vida de Eleni porque quería que fuese feliz, porque sabía lo que le había hecho Theos y quería enmendarlo –replicó Andreas

–Déjalo, Gabriel, es su vida –comentó Nik.

–Formar parte de la ilustre Casa de Drakos no significa que estés por encima de la ley –añadió Mia mirando a Nik con el ceño fruncido.

–Ella le dejó pocas alternativas cuando decidió casarse con otro hombre, Mia –la lealtad de Eleni hacia sus hermanos siempre había sido absoluta. Andreas sonrió al ver el ceño fruncido de Gabriel aunque hubiese criticado su moral–. Si se hubiese sabido más tarde que la primera, y secreta, esposa del rey de Drakon había cometido bigamia…

–Habría sido el escándalo del siglo para el pueblo de Drakon –le interrumpió esa voz ronca que Andreas oía en lo más oscuro de las noches.

Ariana entró con el aplomo de una reina en la sala donde se habían reunido para beber algo antes de la cena. La piel se le tensó sobre los músculos al ver el brillo de sus ojos.

–Habría sido un titular comparable incluso con las leyendas sobre aquellos guerreros que vencieron al dragón –siguió Ariana–, y os aseguro

que vuestro pueblo necesita material nuevo. El cuento del dragón… –Ariana puso los ojos en blanco cuando Eleni, una firme creyente en todos los mitos, dragones y la superioridad de la Casa de Drakos, se quedó boquiabierta– acaba resultando aburrido, y tampoco es algo de lo que presumir mucho…

Se hizo un silencio sepulcral ante una declaración tan prosaica y la incredulidad apareció grabada en los rostros de toda su familia. Andreas dobló los dedos para intentar olvidarse del tacto de su sedosa piel.

–Andreas –siguió ella–, preséntame a tu familia. Al fin y al cabo, he atendido a tu llamamiento real –Ariana se giró hacia los demás y sonrió–. Al parecer, su afición por controlar solo ha empeorado en diez años…

–No le hemos dejado alternativa, señorita Sakis –Nikandros rompió el hielo, le tomó la mano y se la estrecho–. Bienvenida a Drakon, yo soy…

–El Príncipe Temerario –le interrumpió Ariana con esa sonrisa de oreja a oreja tan típica de ella.

Andreas frunció el ceño, pero ella se inclinó hacia Nikandros y bajó la voz como si quisiera susurrar algo para que lo oyera todo el mundo.

–Vamos, Nikandros –siguió Ariana con esa naturalidad consustancial a ella–, no esperarás que me crea que Andreas se ha sometido a la presión de alguien, ¿verdad?

–¿Tan difícil de creer es que quisiéramos conocer a la esposa de nuestro hermano? –preguntó Eleni en un tono algo crispado.

–Que yo recuerde, Andreas no tenía una relación muy íntima contigo ni con Nikandros. En realidad, comprobé que es incapaz de cuidar y fomentar las relaciones.

Andreas miró fijamente su copa porque sabía que ella tenía razón. No había empezado a remediar el daño que les había hecho a sus hermanos hasta hacía unos años y, como había señalado Gabriel, todavía cometía errores.

–Es posible que no conozca a nuestro hermano tan bien como cree –replicó Eleni mirando a Ariana con frialdad.

Ariana levantó la barbilla como si tuviese ganas de discutir, pero acabó encogiéndose de hombros.

–Punto para la Casa de Drakos –añadió Eleni guiñándole un ojo a Gabriel.

Gabriel le tomó la mano mientras Mia se acercaba a Ariana para presentarse.

Unos minutos después, Mia y Gabriel estaban tronchándose de risa con Ariana y Nik expresó su sorpresa con las cejas arqueadas y una mueca en la boca. Andreas, irritado por el sentido del humor de su hermano, se giró para mirarla y comprendió que poseer físicamente a Ariana nunca sería suficiente.

El vestido de manga corta con flores rosas y blancas que le llegaba hasta las rodillas y el sencillo collar de perlas contrastaban con la elegancia

del palacio mientras la acompañaba a cenar. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y enmarañado y algunos mechones ondulados se le escapaban y enmarcaban su rostro. El pintalabios rojo brillante hacía que los carnosos labios resaltarán más todavía entre sus sobrias facciones.

Aunque no entendía casi nada de moda, hasta él supo inmediatamente que la vestimenta y el maquillaje no encajaban con lo que sabía de Ariana.

La obligó a sentarse a su derecha y a que su cuerpo se rozara con el de él al sentarse, pero, aun así, no le dirigió la mirada. Aunque nada iba a amedrentarla durante mucho tiempo y habló en cuanto se sirvió el primer plato.

–Sé lo que estaréis pensando, que no solo soy una… casi bígama, sino que, además, tengo un gusto espantoso, ¿no?

Eleni se sonrojó y Mia la miró con un brillo de cierta pena en los ojos.

–Veréis, la secretaria de Andreas, quien muy eficientemente me preparó esta ropa porque vuestro hermano me secuestró con el vestido de novia rasgado, y yo tenemos una especie de guerra fría desde hace muchos años. Petra quiere dejar muy claro que todas las personas leales a Andreas están deseando que todo salga bien esta vez, que no sirvo para sacar brillo a las botas italianas y hechas a mano de vuestro hermano y mucho menos para ser su esposa. Algo que ya me metieron en la cabeza a martillazos durante la primera versión de nuestro matrimonio.

–Lo hizo nuestro padre –aclaró Nik.

–En defensa de vuestro padre –Ariana se encogió de hombros–, tengo que decir que el rey Theos ya sabía, por boca de mi padre, el desastre que yo era. Me habían expulsado de tres colegios, me había escapado de mi casa, había abochornado y humillado a mi padre de más de cien maneras. Para un general del ejército, cuya reputación y cuyo orgullo eran lo más importante, yo era un desengaño descomunal. Yo no tenía dotes académicas ni me llevaba bien con los hijos deslumbrantes de sus amigos. Era un desastre absoluto y él me lo recordaba constantemente.

Andreas se quedó con el vaso de agua a mitad del camino a su boca. La idea de que Ariana se hubiese escapado de su casa le oprimía el pecho. No lo había sabido, pero tampoco le había preguntado nunca por su vida con sus padres.

–¿Por qué te escapaste?

–Siempre que… lo desafiaba, mi padre me encerraba en mi cuarto. Seguramente, no es gran cosa, pero me aislaba completamente durante días y solo me daba agua y comida. Creía que eso me forjaba el carácter. El silencio me resultaba… insoportable y solo consiguió que me prometiera que no volverían a atraparme. En cualquier caso, cuando el rey Theos heredó mi tutela, creo que no sabía qué hacer conmigo. Me mandó a un rincón de Drakon hasta que cumpliera dieciocho años y unos meses, después me convertí en su peor pesadilla. Enterarse de lo que había hecho su querido heredero… Verme en la puerta como la futura reina… –Ariana

se estremeció.

–Nuestro padre se puso hecho una fiera –terminó Nikandros.

–¿Qué hizo nuestro padre? –preguntó Eleni.

Ariana lo miró a los ojos por primera vez desde que había irrumpido en la habitación como una tormenta de verano.

–Me instalaron en un piso alejada de las paredes doradas del palacio, como si fuese una mancha que había que ocultar. El equipo de Theos me abrumó con clases de historia y de etiqueta y con adiestramiento para que adoptara la postura física adecuada. Me aislaron de los pocos amigos que tenía. El equipo de Petra me despreciaba con todas sus fuerzas. No me permitían salir del piso ni ponerme en contacto con nadie por miedo a que pudiera filtrar cuál era mi relación con Andreas. Volvía a estar encarcelada y mi carcelero era el hombre al que amaba, el hombre en el que había confiado.

El sonido de su tenedor en el plato retumbó como una explosión en el cuarto. Ella levantó la barbilla con unos surcos alrededor de la boca y lo miró fijamente.

–Sé que nuestro padre manipulaba a todo el mundo, señorita Sakis –intervino Nikandros–, y que intentaba privar a todos de lo que tenían de bueno. Solo Andreas podía sobrellevar sus exigencias y mantenerse en pie –Nik se volvió hacia Andreas con una mirada acusadora–. ¿Dónde estabas tú cuando estaba sucediendo todo eso?

–Si tu padre creía que podía manipularme –contestó Ariana con un brillo de rabia en los ojos–, era con el estímulo de Andreas. Andreas me visitaba cuando… –se miraron a los ojos y él vio la sucia realidad en los de ella– cuando necesitaba evadirse de su atareada existencia.

¿Por qué no le dijo nada de eso en su momento? Porque él no había estado nunca al alcance de su mano, porque él ni siquiera se lo había preguntado, porque desde que se dio cuenta de la magnitud del error que había cometido al casarse con ella, solo había intentado que los daños fuesen los menores posibles, y ya no sabía si para la Corona o para él mismo.

–Era por tu propio bien –intervino él intentando dominar el remordimiento y, por primera vez en su vida, intentando justificarse–. No tenías ni la formación ni la… procedencia para sobrevivir en mi mundo. Te habrían hecho pedazos. Tenía que salvar la situación, tenía que conseguir que fueses digna de…

–¿Digna de ti, Andreas? –le interrumpió ella bajando la barbilla y con el cuerpo muy tenso–. Nunca fingí ser lo que no soy.

Eso era verdad. Ni siquiera había querido casarse con él, la había seducido para que lo hiciera. Eso era lo que había hecho. Le había cortado las alas y la había enjaulado y para Ariana, para la chica que había desafiado las órdenes abusivas de su padre, para la chica que lo había amado con tanta libertad, la libertad lo era todo. Lo había amado y él la

había asfixiado.

Su padre había tenido razón, él solo sabía ser destructivo.

Había querido respuestas y las había encontrado. El resto de la cena transcurrió con tensión y él no pudo aportar nada más, no pudo ver más allá de la mirada asustada de Ariana.

Sin saber qué hacer por la dimensión del error que había cometido al casarse con ella y como tampoco quería renunciar a ella, la había dejado a un lado, la había entregado a su padre para que la moldeara e hiciera de ella lo que Theos creyera que tenía que ser.

Solo había querido que su vida volviera a ser normal antes de que hubiese perdido de vista quién y qué era, y qué no era capaz de hacer.

La había relegado a ser una parte muy pequeña de su vida, a ser el alivio de la soledad, a ser un respiro de las exigencias cada vez mayores de su padre, a ser una vía de escape para la demencia de su padre, que ya había empezado a manifestarse entonces y que hacía que sintiera el peso de Drakon sobre sus hombros.

–¿El cuento del dragón, señora Sakis? Unos guerreros derrotaron al dragón y se apoderaron de su tesoro, repartieron tierras y riqueza entre la comunidad. ¿De qué le parece que no podemos presumir?

–¿No le has contado a nadie lo que encontramos en aquella biblioteca? –le preguntó Ariana a Andreas mirándolo fijamente a los ojos.

Andreas negó con la cabeza y sintió que le bullía la sangre por la naturalidad con la que ella había empleado el plural, por el resplandor de sus ojos cuando hablaba de aquellos meses, por la relación entre ellos que parecía haber sobrevivido pese a los daños causados.

Se acercó a él, aunque estaba seguro de que ella no sabía lo que estaba haciendo, y le clavó la mirada cargada de preocupación.

–¿No has acabado el libro?

–No –contestó él sin querer ver el asombro que se reflejaba en la mirada de ella.

–¿De qué libro habláis? –preguntó Nikandros mirándolos alternativamente.

–¿No se lo has contado a nadie? –insistió ella agarrándolo de las muñecas.

Andreas se sintió como si estuviesen sacando a la luz todas sus interioridades y se apartó de ella.

–No.

Cuando había vuelto y había creído que estaba muerta, no había pensado en ningún momento en su investigación. Después, al cabo de los años, todo lo relativo a aquel tiempo se había convertido en demasiado íntimo y valioso, en una parte de su vida, de la vida de los dos, que no quería contarle a nadie.

–Pero era tu sueño, Andreas… –susurró ella con los labios temblorosos.

¿Tanto significó para ella su sueño? No podía soportar el peso de ese

remordimiento, habría preferido la rabia.

–Andreas llegó a aquel pueblo porque allí le había llevado el rastro del primer asentamiento de los guerreros –Ariana se dirigió sin alterarse al resto de la familia–. Nosotros… –se sonrojó ante la mirada de él– él encontró un manuscrito escrito en una de las antiguas lenguas helénicas. Pasó semanas intentando traducirlo. Sabéis que Andreas puede leer y escribir en ocho idiomas, ¿verdad?

Todos se quedaron atónitos, pero ella no tenía ojos para nadie más, ni él para nadie que no fuese ella.

–Derrotar al dragón tan fácilmente tenía un precio –siguió ella–. En realidad, el manuscrito daba a entender que el líder de los guerreros no lo había derrotado, que había llegado a un acuerdo con él.

–¿Un acuerdo? –preguntó Eleni.

–El dragón exigió un precio. Si el guerrero le ofrecía a su esposa para que se la devorara, él renunciaría al tesoro –contestó Ariana con lágrimas en los ojos marrones.

Entonces, Andreas comprendió por qué le afectaba tanto la historia, porque parecía como si Ariana fuese a quebrarse como un trozo de cristal. Lo consideraba como el jefe de aquel grupo de guerreros, el hombre que había sacrificado a su esposa por la gloria y el deber, a la mujer que lo había amado incondicionalmente.

–El guerrero aceptó –concluyó ella–, y se convirtió en el primer rey.

–Recibió el nombre de Drakos y, cuando se casó, su familia se convirtió en la Casa de Drakos.

Ariana suspiró con el cuerpo tembloroso hasta que dejó de mirarlo, pero él ya había captado la recriminación en su mirada.

–Bueno, señora Márquez, por eso me parece que no se puede presumir de nada, pero, naturalmente, los habitantes de Drakon tienen que tener sus leyendas… y la Casa de Drakos una reputación basada en un cuento de hadas que la sustente.

Ariana se marchó de la habitación con la cabeza muy alta y sin mirar atrás.

Andreas se quedó atónito. La había sacrificado, la había tratado como si fuese una pertenencia que podía usar cuando le apetecía, un juguete al que podía dar cuerda cuando quería jugar. Jamás había pensado en sus sueños, sus miedos o sus necesidades. No la había tratado mejor que a una empleada o a una amante a la que contrataba para que le diera placer. Todo se había limitado a lo que ella podía darle, a lo que él deseaba.

Gabriel tenía razón. Había sido, y seguía siendo, como su padre. Utilizaba a la gente para sus fines y hacía daño a quienes tenía más cerca. Siempre le había costado ver más allá de sus propias necesidades, de sus privilegios. Siempre le había parecido que lo que no podía controlar era una debilidad.

Nunca había pensado en Ariana, siempre se trataba de lo que ella hacía

que sintiera y le aportaba a su vida. En ese momento, veía la diferencia entre lo que había hecho él y lo que había hecho Nikandros, que había estado dispuesto a sacrificar su felicidad por la de Mia. En ese momento, entendía por qué Gabriel había estado dispuesto a amar a Eleni aunque supiera que ella quizá no lo amara.

Le idea de ser tan vulnerable le resultaba casi insoportable. ¿Había destruido Theos su capacidad para querer a alguien que no fuese él mismo? ¿Estaba dispuesto a hacerle lo mismo a Ariana otra vez?

Ariana salió del comedor y entró tambaleándose en otra habitación muy grande. Tenía que recuperar el aliento, necesitaba un respiro de todo lo que Andreas hacía que sintiera a pesar de todos los esfuerzos que hacía para mantenerse racional.

Veía mármol rosa por todos lados, butacas con los brazos tallados, chaise-longues tapizadas con terciopelo… Era un lujo inaudito. Unos retratos con marcos dorados miraban desde las paredes como si no quisieran perderse nada de lo que pasaba y todo parecía impregnado con la historia de la Casa de Drakos. Aun así, ella sabía que Andreas había encontrado en aquel pueblo una felicidad que no encontraba allí.

Algo le vibró por dentro al estar en el palacio. Se lo habían vetado la última vez porque no la habían considerado apta, le habían negado el derecho a ocupar el lugar que le correspondía al lado de él.

¿Lo quería esa vez? ¿Quería hacerse un lugar en Drakon al lado de él?

Se dio la vuelta y vio a Andreas apoyado en el arco de entrada y mirándola con detenimiento. Tenía las manos metidas en los bolsillos y una sombra oscura le dibujaba la mandíbula, estaba impresionante… y decidido a conservarla en su vida, eso tejió una especie de tela de araña alrededor de ella.

–Pareces… No sé qué pareces exactamente –comentó él mientras ella recorría la habitación comprobando a dónde daban la infinidad de puertas.

Entonces, se paró asombrada de que hubiese percibido su… desconcierto y se dio la vuelta lentamente para mirarlo.

–Creía que estarías furioso conmigo.

Él ni se movió ni dijo nada, se limitó a arquear una ceja.

–No había tenido la intención de… lavar nuestros trapos sucios delante de todo el mundo.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Ella pasó un dedo por el brazo de una butaca de orejas enorme.

–Me alteró estar allí. Me desconcertó que tu familia me mirara con ojos acosadores. Estaba avergonzada por lo que hice y… todo me salió a borbotones. Yo… Yo no he formado parte de una familia grande y, si ellos van a ser la mía, necesito que entiendan que lo que hice fue por cobardía, no por maldad.

–No estoy enfadado, Ariana. Al menos, no contigo.

Ella levantó la cabeza de golpe y sus miradas se encontraron a través de la inmensa habitación. Él se encogió de hombros al captar la incredulidad de Ariana.

–Mi familia sabe en qué me convirtió Theos.

Se acordó de que Nikandros había dicho que solo él podía sobrellevar sus exigencias y mantenerse en pie.

–¿Qué quiso decir Nik? ¿Qué te hizo tu padre?

–No viene a cuento, Ari.

–Sí, Andreas. Nuestros pasados nos han hecho así. Nos hacemos daño el uno al otro por lo que nos hicieron a nosotros. Por favor, déjame que también lo entienda.

Él miró hacia otro lado con un gesto de tensión en la cara.

–Me aisló de todo el mundo. No tenía amigos ni compañeros de juegos. Ni siquiera pude tener un animal de compañía porque mi padre creía que me debilitaría. Me sometió a unos entrenamientos físicos que le pondrían los pelos de punta a un hombre adulto, cuando yo tenía diez años, porque creía que estaba convirtiéndome en un ratón de biblioteca. Creía que el príncipe heredero tenía que tener más músculos que cerebro. Me alistó a una unidad militar cuando tenía quince años porque creía que me curtiría, quería hacerme invencible.

Y, en cierto sentido, lo había conseguido. Ariana, atónita, se sentó en la butaca y le dio vueltas en la cabeza a las consecuencias de todo aquello. Por eso siempre había un muro alrededor de él. Al principio, había creído que no tenía presente ni a nada ni a nadie por su posición en la vida, por sus privilegios.

–No me extraña que te sintieras como pez en el agua cuando estabas solo en aquella cabaña –comentó ella sin haberlo pensado.

–No es que me guste la soledad, es que es lo único que he conocido. No tuve ninguna compañía durante años, menos los libros, los tutores y a mi padre. No tuve ningún papel en la vida que no fuera el de príncipe heredero, ni siquiera el de hermano, amigo o hijo de Theos. Nadie me llamaba por mi nombre, siempre era Alteza. Aprendí a ser feliz con los libros para no volverme loco. No podía ver a Nik salvo en visitas supervisadas. Me obligaban a renunciar a cualquier cosa que se diera por supuesto que me debilitaría o de la que podría llegar a depender. Hasta que empecé a crecer y las limitaciones de Theos me exasperaron. Drakon seguía siéndolo todo para mí, pero Camille, la madre de Nik, hizo que me diera cuenta de que también podría tener una vida al margen. Luego, Eleni, quien siempre estaba y nunca pedía nada… Empecé a darme cuenta de lo distinta que podría haber sido la vida, pero ya era demasiado tarde… y estar solo se convirtió en algo consustancial, me convertí en lo que era.

–¿Cómo sobreviviste? –le preguntó ella con ganas de llorar.

–¿Cómo sobreviviste tú a que te encerraran?

Ella, aunque había conocido la mejor parte de Andreas, lo había encasillado en el papel de insensible. Ella, con su ingenua necedad, ni siquiera había intentado entender la presión a la que lo había sometido Theos y la tensión por tener que enderezar la tendencia descendente de la economía de Drakon. Siempre había reprochado a Andreas que la conociera muy poco, pero ¿había sido ella mejor? Entonces, de repente, era como si estuviese viendo al Andreas de verdad por primera vez.

El hombre de aquel pueblo y el príncipe heredero… Siempre le habían parecido dos opuestos que ella no podía entender. Había intentado desenmarañar cómo había podido llegar a juzgarlo tan mal. Efectivamente, él la había tratado mal, pero ella no lo había hecho mejor. De repente, quería que el pasado se aclarara entre ellos y empezar otra vez desde el principio. Se dirigió hacia él con paso firme.

–¿Tú me crees cuando digo que nunca quise engañarte?

La miró a los ojos durante lo que le pareció una eternidad y ella se dio cuenta de que algo había cambiado en la percepción que tenía de ella. ¿Sería la realidad de su matrimonio?

–¿Te importa que te crea?

La frustración se adueñó de ella y se olvidó de matizar la respuesta.

–¡Claro que me importa!

Él sonrió con un ligero brillo en los ojos y ella se dio cuenta de que se había delatado. Siempre le había importado lo que él pensara de ella… y, al parecer, todavía le importaba.

Andreas le pasó los nudillos por las mejillas como si esa pequeña rendija en su oposición a él fuese un premio, como si él estuviese dispuesto a darle el mundo entero si ella volviese a ser aquella Ari.

Le había dicho que se había acostumbrado a que lo amara y, en ese momento, se preguntaba qué habría querido decir. Para ser un hombre que lo había tenido todo, ¿el amor de ella había significado algo? ¿Deseaba él eso otra vez?

La miró a los ojos como si quisiera leerle el alma.

–¿Porque eso te alivia el remordimiento?

Ella le puso las manos en el pecho. El corazón le retumbaba y quiso quitarle las capas de ropa para sentir la calidez de su piel sedosa sobre los músculos. Los sentimientos la apabullaban por todos lados y solo eso, la calidez y la dureza de su cuerpo, eran reales y permanentes.

–No, porque nunca quise hacerte daño, porque necesito que lo sepas aunque hayan pasado tantos años.

Él no dijo que no le hubiese hecho daño y Ariana encontró esperanza en ese silencio, en todo lo que dijo sin decir nada. El momento se alargó con su corazón retumbando debajo de la mano y el de ella latiendo a mil por hora, era un momento entre el pasado y el futuro.

Él tenía una mano en su nuca sin apretársela, solo la tocaba. Llevó la otra a su cadera y ella quiso derretirse entre sus brazos, acurrucarse en su

calidez. Eso era exactamente lo que había echado de menos toda su vida, lo que su corazón y su alma habían necesitado con urgencia. Había necesitado que él entendiera lo que había hecho, pero también había perdido toda esperanza de que la mirara así… como si todavía le importara.

–Andreas, por favor, tienes que…

Él la apartó un poco para poder mirarla a los ojos.

–Sí, *pethi mu*, creo que solo huiste en cuanto me di la vuelta –le interrumpió él tergiversando sus palabras,

Ella captó su confusión y algo más. ¿Un reproche porque no se había quedado para luchar por ellos? Esperó a que él dijera algo más, incluso, que la llamara cobarde. Al fin y al cabo, ella había declarado una y otra vez que lo amaba, ¿no? Sin embargo, no dijo nada más.

–Tu padre elaboró un plan complicado para que yo te pareciera imperdonable. No pudo preocuparle que me buscaras porque me odiabas demasiado.

–¿Lo preguntas o lo afirmas? –le preguntó él con un brillo en los ojos.

Era uno de esos momentos cruciales en la vida, una puerta que se abría, una esperanza reprimida implacablemente durante años que se liberaba…

–Te lo pregunto –susurró ella con la cara en su pecho.

Estaba muy cansada de ser fuerte, de negar, incluso en ese momento, que él significara algo para ella después de todos esos años.

–Sí te habría buscado –él dejó escapar un suspiro–. No se puede avanzar sin afrontar al pasado, ¿no?

–No –contestó ella con un arrebato de cariño.

Le importaba haberle hecho daño a ella y haber hecho que se alejara de él. Era poco y tarde, pero ella tampoco estaba exenta de culpa. No lo había puesto fácil con sus ataques de rabia, sus abatimientos y el miedo a haberse enamorado de un hombre tan espantosamente equivocado para ella, un déspota parecido a su padre.

–Siento haber permitido que te hiciera aquello.

Ella quiso preguntarle por lo que le había hecho él, por su incapacidad para amarla, por considerarla solo una obsesión o una debilidad, por ser incapaz de darle una parte, aunque fuese diminuta, de su corazón, pero ya no sería, no era, esa chica insegura, ya no necesitaba que él la amara para saber lo que valía. Incluso era posible que hubiese perdido la capacidad de amar, de confiar su felicidad a alguien, de entregarse plenamente.

Haber visto el cuerpo inmóvil de su hijo pequeño le había afectado. Ella había perdido la capacidad de amar y él había renunciado a su sueño.

Una vez higienizados y esterilizados, ¿no eran perfectos el uno para el otro?

–Podrías conseguir a cualquier mujer del mundo, ¿por qué yo?

Él sonrió y, de repente, pareció increíblemente aniñado.

–¿Ese fue uno de los motivos? ¿Que no te halagué lo suficiente?

–¿Halagarme lo suficiente? Andreas, nuestro dialogo solía reducirse a

que me advirtieras de algo. Lo que se nos daba bien de verdad… –Ariana arqueó las cejas– era la comunicación no verbal.

Él se rio con los dedos entre su pelo y sintió una oleada de calidez por dentro.

–Siento estropear la imagen que tienes de mi influencia y poder –ella resopló y él sonrió–, pero las leyes de Drakon me impiden divorciarme de ti hasta dentro de dieciocho meses por lo menos.

–Entonces, ¿tengo dieciocho meses para meterte en cintura? Será mejor que empiece a hacer un repaso de las armas que puedo usar contra ti.

–Eres más atrevida ahora, *pethi mu* –Andreas hundió los dedos en su carne con un brillo de avidez en los ojos–. Me parecía imposible…

Ella sintió un hormigueo en la piel. ¿Cómo iba a olvidar que cuanto más la controlaba, más la necesitaba?

–Tú y yo vamos a celebrar nuestras bodas de plata, seremos los único reyes de Drakon que han permanecido juntos en doscientos años porque pienso demostrar que Theos estaba equivocado.

–Dijiste que ya no te controlaba.

–Efectivamente, no me controla –a ella le espantaba la tensión que se reflejaba en sus ojos cada vez que hablaba de su padre–. Renunciar a ti, renunciar a este matrimonio significaría que él acaba ganando y no voy a dejar que Theos gane, que tenga razón…

–Vengarte de tu padre muerto no es un cimiento mejor para un matrimonio que una obsesión inexplicable. Nunca saldrá bien.

–Sí saldrá bien porque me niego a ceder. Si de verdad estás entregada a cambiar el mundo, si de verdad te importa tanto el trabajo que hacías en la asesoría legal, podrías hacerlo desde aquí, podrías contar con el prestigio y el poder del palacio del rey o llevar la vida de una reina. Encuentra tu sitio en el mundo, Ariana. Me da igual el que sea, pero deja de huir de mí y de ti misma.

Ariana lo miró fijamente y se estremeció. Cada vez que creía que por fin lo entendía, él hacía algo así. Sin embargo, estaba empezando a entenderlo y a ver cómo le funcionaba la cabeza.

Andreas no sabía sobrellevar el remordimiento, como tampoco sabía sobrellevar lo que sintió por ella entonces, aunque fuese poco.

Aun así, tenía la ocasión de enfrentar a la Ariana que era en ese momento con la personalidad del futuro rey, la ocasión de comprobar si esa conexión que los unió hacía años podía significar algo, la ocasión, como decía él, de demostrar que el rey Theos se había equivocado cuando dijo que ella era una maldición en la vida de su heredero.

Se puso de puntillas con las manos en su pecho y lo besó en los labios. Él se quedó rígido unos segundos, pero a ella le dio igual. Necesitaba paladearlo, necesitaba valor para seguir con eso que había entre ellos.

Su boca era inflexible, pero esa vez ella sabía lo que bullía debajo de ese exterior inmutable, sabía la pasión que había debajo de ese

convencionalismo.

Con las manos en sus hombros, le pasó la lengua por esos labios cincelados y, cuando él gruñó, cuando salió de ese fugaz ensimismamiento, introdujo la lengua en su boca y le mordisqueó el labio inferior.

Se derritió por dentro, pero justo cuando él la agarró de las caderas y la estrechó contra sí, Ari consiguió zafarse de él, que la miró con el ceño fruncido, la respiración entrecortada y las pupilas dilatadas.

–Vuelve, Ari.

La tensión que irradiaba de su poderoso cuerpo era un bálsamo para el alma de ella. Aguantó su mirada y se secó la boca con el dorso de una mano como si fuese así de fácil borrar su sabor y su tacto.

–No.

–¿No…?

Ella sonrió al sentir una libertad y una alegría que hacía muchos años que no sentía.

–Solo ha sido una prueba para mí misma, Alteza.

–¿Una prueba? –preguntó él con una vena palpitándole en la sien.

Ella asintió con la cabeza y disfrutó con la frustración de él en ese momento.

–Quería comprobar si todavía puedo ponerte de rodillas.

–¿Y…?

–¿Estáis dispuesto a poneros de rodillas, Alteza?

Él no contestó, pero el brillo de sus ojos le indicó todo lo que tenía que saber. Todavía podía y esa vez iba a utilizarlo para crearse la vida que quería.

Capítulo 7

ARIANA PASÓ las dos primeras semanas como esposa de Andreas inmersa en el torbellino que era el palacio real y la vida del príncipe heredero. Como le había advertido Andreas, no había tenido tiempo para centrarse en sí misma antes de que se hubiese filtrado la noticia de que el príncipe heredero se había casado en secreto, que, en contra de la opinión popular y ante la sorpresa de su pueblo, se había enamorado perdidamente.

Ella se había enterado más tarde que lo había filtrado el propio equipo de relaciones públicas de Andreas para maquillar la verdad.

Lo viajes al extranjero del príncipe ya tenían una explicación. Había conocido casualmente a Ariana, una hermosa abogada e hija del general Theseus Sakis, en Estados Unidos y, por algún motivo legal desconocido, había tenido que casarse inmediatamente.

Era como si Drakon y su pueblo hubiesen estado ávidos de recibir alguna explicación como esa sobre su príncipe. La historia del impasible príncipe que se enamoraba y se casaba en secreto parecía rellenar un hueco en la percepción que tenía el país de él. Andreas, de la noche a la mañana, se había convertido en un personaje romántico, tan vulnerable como cualquiera.

Ariana estuvo perdida en cuanto el comunicado oficial llegó a la prensa.

Invitaciones a bailes, actos benéficos, cenas de Estado, pruebas de vestidos, apariciones con Andreas, cenas privadas con poderosos miembros del Gobierno o del Consejo de la Corona… Aunque se daba cuenta de que era casi un ornamento del brazo de Andreas, aunque los hombres, muy conservadores, solían hablar como si ella no pudiera entender lo que decían, aunque se daba cuenta de que el papel de la reina era simbólico, Ariana se comportaba con el máximo respeto.

Además, la imagen que había transmitido el equipo de relaciones públicas sobre la boda y el cambio de percepción de todo el mundo sobre él, permitía a Andreas ir avanzando en el terreno político. Se habían introducido reformas fiscales y se habían nombrado una serie de integrantes nuevos en el Consejo de la Corona, casi todos nombrados directamente por Andreas y Nikandros. Eran propietarios de pequeñas empresas o catedráticos de universidad que se habían encontrado con cierta oposición, pero que habían acabado siendo aceptados.

Eso, que se tomara tan en serio los cambios que había pregonado, le dio mucho que pensar a Ariana. Veía el poder que tenía Andreas en sus manos y el deber de servir a su país, que él consideraba sagrado. Veía los

esfuerzos de Nikandros, las veinticuatro horas del día, para conseguir que la economía de Drakon saliera adelante. Vio las lágrimas de orgullo en los ojos de Eleni cuando Andreas, a pesar de la amenaza de Gabriel de llevarla fuera del país si aceptaba, la nombró presidenta ejecutiva de las obras de beneficencia de la Casa de Drakos, que suponía manejar millones de dólares.

También había visto, más de una vez, la sorpresa, el humor e, incluso, la curiosidad en los ojos de Andreas cuando ella había actuado como la anfitriona perfecta, como la esposa ferviente del serio príncipe. Era como si él no pudiera creerse la imagen de docilidad que ella presentaba a todo el mundo.

Gracias a Eleni, había elegido una estilista que entendía su estilo. Petra le organizaba la vida, como la de Andreas, y Ariana, por el momento, cedía el control. Sus primeras apariciones en público con Andreas definirían su futuro como reina y ella hacía sin rechistar todo lo que le decían. Sería abogada, pero no conocía las complejidades de un sistema político como el de Drakon y se limitaba a escuchar y aprender.

Nadie podía ponerle ni una pega, ni siquiera los críticos más acérrimos. Gracias a los consejos de Eleni y a su apoyo incondicional, una vez que se había convencido de que Ariana pensaba quedarse, había salido airosa de esas dos primeras semanas y hasta el rey Theos se habría quedado impresionado.

Todo salió a pedir de boca menos una cosa.

El tiempo que había pasado con Andreas podía contarse en minutos. Sus conversaciones se habían limitado a hablar del tiempo. Hacía un frío espantoso. No se decían nada personal y, cuando terminaban la jornada, cada uno se retiraba a un dormitorio separado, aunque la tensión entre ellos fuese casi palpable. Ariana veía cómo la deseaba cuando la tocaba disimuladamente o cuando la miraba con avidez incluso en medio de una multitud… y sentía que se estremecía por dentro.

La deseaba y, sin embargo, no le había dirigido casi ni dos palabras desde aquella tarde, no le había transmitido las presiones y las tensiones que tenía que sufrir. Lo que quería, otra vez, era alivio y ella no pensaba serlo.

No le importaba nada, se decía así misma. No necesitaba que él le tomara la mano en su nueva vida y tampoco se sintió abandonada cuando se marchó de viaje a Asia sin despedirse siquiera. Era ingenua por no darse cuenta de lo atareada que era su vida, por no entender que Andreas no podría pertenecer nunca a nadie. Después del torbellino de las dos primeras semanas, por fin tuvo tiempo para respirar y para hacer sus propios planes. Por eso, acalló esa voz interior que le decía que nada había cambiado y se dedicó a su trabajo, pero no era tan sencillo. Debería haber sabido que nunca sería sencillo ir en contra de Andreas y su voluntad. Ella quería aprender cosas de Drakon, no quería limitarse a ser una figura decorativa.

La primera llamada de atención llegó durante la tercera semana, cuando decidió visitar un albergue para mujeres de la capital y Petra le comunicó que su Alteza consideraba que esa visita no sería prudente en ese momento.

Ella había conseguido no alterarse.

Entonces, había decidido buscar algún local cerca del palacio para poner su asesoría legal. Sin embargo, el servicio de seguridad la había abordado antes de que pudiera poner un pie fuera del palacio y le había comunicado que su Alteza había ordenado que se habilitara un piso en el ala sur del palacio para la señora Drakos. Una mansión con un grupo de abogados que haría el trabajo arduo con la firma de ella.

Otra vez, consiguió no alterarse.

Luego, la habían apuntado, sin que ella lo supiera, a un té con poderosas mecenas de sociedades benéficas de Drakon. Había conseguido no atragantarse.

Más tarde, había dado una entrevista a un periodista sobre su formación como abogada, su experiencia en asuntos de violencia doméstica y su intención de abrir una asesoría legal en Drakon, pero se la habían adulterado hasta que pareció una portavoz del palacio y un accesorio de Andreas.

La gota que colmó el vaso llegó cuando se enteró, porque se le escapó a Petra, que le habían desviado todas las llamadas que había recibido de su amiga Rhonda, cuyo caso de divorcio se había estancado.

Andreas había tardado unas semanas en volver a ser el mismo, en relegarla a una parte mínima de su vida, en convertirla en una figura decorativa. Si quería un comodín, ¿por qué había llegado a secuestrarla y a hacerle todas esas promesas? Era una necia por haberle creído, por haber esperado que podrían hacer ese trabajo incluso sin que el amor complicara las cosas.

Sin embargo, esa vez no huiría, se dijo a sí misma mientras volvía al ala real. Si él no iba a acudir a ella, ella acudiría a él. Sabía que había vuelto del viaje hacía un día por lo menos y estaba cansada de esperar.

Recorrió el pequeño pasillo que salía de su sala y que conectaba con el otro dormitorio principal. Gruñó cuando un guardaespaldas se puso delante de la enorme puerta doble.

–Su Alteza no deja que nadie entre en sus aposentos privados –el guardaespaldas se encogió de hombros cuando ella arqueó una ceja–. Ni siquiera su hermano o su hermana.

–¿El príncipe heredero ha tenido una esposa antes? –preguntó Ariana en un tono muy delicado.

El guardaespaldas lo pensó un instante que a ella le pareció una eternidad, pero acabó asintiendo con la cabeza, abrió las puestas y se apartó.

Ariana entró, parpadeó y se quedó quieta. Un olor a sándalo y a algo que era Andreas en estado puro la atenazó por dentro.

Todo, desde las puertas acristaladas que había en un lado hasta los enormes ventanales, estaba cubierto por unas persianas y la habitación estaba fresca. Había muebles de caoba, casi negros, por la amplia habitación semicircular. Una mesa ancha estaba al lado de las puertas acristaladas que, como ella sabía, tendrían vistas a la distante cadena montañosa. Encima no había ni un papel o un bolígrafo desordenado, aunque sí había varios montones de documentos.

La habitación tenía un rincón más oscuro en el centro. ¿Sería la entrada a su dormitorio? Ariana, con el pulso alterado, desvió la mirada. Detrás de ella había una pared con estanterías llenas de libros desde el suelo hasta el techo. No tenía que acercarse para saber que serían libros de la historia de Drakon y de la historia del mundo minuciosamente colocados por orden alfabético.

Sin embargo, se acercó y se dio cuenta de que le temblaban los dedos mientras acariciaba los lomos con algunos títulos que ya conocía. Era como si los libros la recibieran como viejos amigos, y lo eran en cierto sentido.

Esos libros habían estado en la biblioteca de la residencia de los Drakos en aquel pueblo. Ella se había acostumbrado tanto a verlo acarreándolos por todos lados que un día le pidió que le hablara de ellos.

Conoció un aspecto completamente distinto del príncipe heredero cuando le habló de historia con una pasión y un amor que nunca habría pensado que él podría sentir. Recorrió las estanterías sonriendo o frunciendo el ceño al ver distintos títulos conocidos. Hasta que uno de los títulos la alcanzó como un puñetazo invisible. El dragón capturado. Una visión nueva de la antigua leyenda de Drakon escrito por Andreas Titus Drakos.

Lo sacó con el corazón retumbándole en el pecho. Era el libro que él había estado escribiendo cuando se tomó aquel tiempo libre.

¿Por qué le había mentido?

El tomo dorado y el papel terso y caro hablaban por sí solos. Era una edición única para coleccionistas. Su sueño había sido compartir con el mundo su amor por la historia de su país. Lo abrió y el olor hizo que le bullera la sangre. Pasó los dedos temblorosos por su nombre y el título y el corazón se le subió a la garganta cuando vio la página siguiente.

A la chica que me amó

Se le cayó el libro de las manos y aterrizó sobre la mullida moqueta. Se arrodilló y las lágrimas dejaron unas marcas en el grueso papel. Dejó escapar un sollozo y tomó la foto que había salido del libro al caerse.

Era ella. Ni siquiera se acordaba de cuándo se la habían tomado. El cuerpo estaba girado y llevaba una bandeja con café solo y pasteles de pistachos. Lo que Andreas había pedido todos los días en el café. Sin embargo, la cara era sonriente, los ojos tenían un brillo cálido y miraban

con descaro a la cámara mientras sacaba la cadera con un aire provocador.

Había sido muy atrevida al provocar así al príncipe heredero. Había sido osada y valiente, había agarrado lo que había querido de la vida, algo que había olvidado. Se sentó con las piernas cruzadas, la foto en la mano y el libro abierto sobre el regazo.

Leyó algunas páginas al azar y sonrió al oír la pasión de sus palabras. Pasó una uña por los rasgos de su cara en la foto, que estaba desgastada y descolorida, que contrastaba con las páginas nuevas y tersas del libro.

¿Habría mirado Andreas esa foto una y otra vez? Dio vueltas a la cabeza, estimulada por el corazón, con ganas de sacar conclusiones.

Se quedó sentada como una hoja a merced de una tormenta. El remordimiento y la esperanza rivalizaban entre sí. Esa era la prueba de que, quizá, Andreas la había querido un poco… al menos, después de que hubiese creído que estaba muerta, añadió una vocecilla amarga, la vocecilla que quería mantenerla a salvo.

No, eso demostraba que su corazón no estaba hecho con la misma piedra sobre la que se asentaba el palacio… y se ablandó algo que se le había endurecido a ella en el pecho. Al ver esa foto arrugada, se evaporó la tristeza que había sentido durante mucho tiempo.

Dejó la foto en el libro y el libro en la estantería, y entró más en los aposentos con las piernas temblorosas.

La habitación estaba oscura, los techos eran muy altos y la enorme claraboya tenía unas cortinas oscuras.

Le atrajo la gigantesca cama con un cabecero tapizado de color crema y unas sábanas muy blancas. Andreas estaba dormido boca abajo con las sábanas hasta la cintura. La espalda, desnuda y fibrosa, parecía asombrosamente oscura en comparación con las sábanas.

Sonrió al ver que los pies le asomaban por debajo de las sábanas. No había cama, sofá o sábanas lo suficientemente largos para Andreas. Las sábanas de ella habían parecido como mantas de un niño cuando las había usado él.

Fue hasta el cabecero de la cama impulsada por una necesidad que no podía entender, y mucho menos combatir. ¿La había dejado en ascuas y se había quedado dormido?

Entonces, se acordó de que él estaba acostumbrado a no dormir durante días si tenía algún asunto importante entre manos, hasta que caía y se quedaba dormido día y noche.

La cara estaba de costado sobre la almohada y tenía los brazos debajo. Podía distinguir sus facciones incluso en la oscuridad. Unas pestañas increíblemente largas. Su boca, que solía ser una línea rígida, estaba relajada y formaba una curva delicada. Le pasó la punta de un dedo por el afilado borde de la nariz, siguió por las cejas y acabó por mentón.

Algo retorcido y apremiante se adueñó de ella. Había pasado semanas dándole vueltas a la cabeza y preguntándose por qué había huido así, por

qué había aceptado la ayuda de su tutor, que nunca le había caído bien, para huir de Andreas. ¿Por qué no se había quedado y le había hecho entender lo que estaba haciéndole?

Ya lo sabía. Una parte de ella siempre sería débil cuando se trataba de él, una parte de ella siempre sería la chica de dieciocho años que se había enamorado de él, una parte de ella siempre esperaría que quizá, solo quizá, él también la amaría un poco.

Tenía que salir de allí para pensar y…

Unos dedos muy largos le agarraron la muñeca, tiraron de ella y la tumbaron medio encima de él en la cama. Ariana se llevó una mano a la boca, pero ya era demasiado tarde. Unos ojos negros, que no deberían resplandecer en la oscuridad, estaban mirándola fijamente, aunque el sueño suavizaba el brillo intimidante que solían tener.

–¿Ari…? ¿Qué pasa…?

Andreas tenía una voz ronca y somnolienta, como la que solía tener después de tener relaciones sexuales.

–No pasa… nada. No quería… molestarte. Duérmete otra vez.

Ariana intentó zafarse, pero él la agarró con más fuerza, le dio la vuelta y la tumbó de espaldas en la cama. Su cara estaba encima de la de ella, apoyaba el cuerpo fuerte y delgado en los codos y su aliento le acariciaba la nariz.

–Ya me cuesta bastante dormir cuando sé que, por fin, después de tantos meses, estás en los aposentos de al lado. No deberías provocarme en mi propia cama…

Ella le puso las manos en los hombros e intentó empujarlo, pero era como una roca cubierta de terciopelo. Notó que se le derretía el bajo vientre y que se estremecía de los pies a la cabeza, que estaba al borde del precipicio, que esa foto desvaída oculta en un libro que él no había enseñado a nadie estaba atrayéndola como una señal luminosa…

Sus miradas se encontraron y esa conexión entre ellos volvía a ser casi tangible otra vez.

Sí, pero él se jugaba su legendario dominio de sí mismo y no la besó, no incumpliría su promesa, no cedería hasta que ella se lo pidiera… aunque ella captaba el deseo en los ojos resplandecientes.

–Pídeme que te bese.

Solo el príncipe heredero podía conseguir que una petición pareciera arrogante como una orden. Tenía el cuerpo tenso y la respiración un poco entrecortada.

–*Diavole*, pídeme que te bese, Ari.

Capítulo 8

ARIANA SE pasó la lengua por los labios. El anhelo estaba partiéndola por la mitad. Él, el fuego que despertaba con solo una mirada, eso era todo lo que había echado de menos durante toda su vida.

–Bésame.

Ella lo dijo como si se hubiese tirado al precipicio. Él, con los brazos a los lados de su cabeza y los dedos entre su pelo, bajó los labios hasta los de ella. Unos pequeños estremecimientos le recorrieron todo el cuerpo. Sus labios, firmes y extraordinariamente viriles, también eran aterciopelados cuando rozaban los de ella.

Sabía a whisky y Ariana, acariciándole la clavícula, tembló de los pies a la cabeza.

Otro roce como el aleteo de una mariposa, la lengua ligera sobre la línea de su boca… Eran besos lentos y delicados que la ponían a prueba, que la tentaban una y otra vez.

Se arqueó para pedirle más, porque necesitaba más.

–Andreas, por favor… –susurró ella en un tono entre ávido y sollozante.

Andreas esbozó una sonrisa provocadora, se puso de costado y le pasó una pierna por encima de las de ella, un peso que su cuerpo había anhelado.

–Me había olvidado de lo que me gusta que digas «por favor».

–Yo me había olvidado de cuánto te odiaba en la cama.

–He tenido dos años para imaginarme esto, Ariana. Tú has tenido días –él sonrió sin disimular la malicia–. Ahora que estás aquí, pienso tomarme mi tiempo.

La agarró por debajo y la puso de costado como si fuese ligera como una pluma. Recorrió el cuello de la amplia camiseta con un dedo. Ella se abrasaba por dentro cada vez que le rozaba un pecho. Él adoraba sus pechos, los veneraba hasta el punto de que ella había llegado a tener un orgasmo por lo que les hacía él con la boca. El recuerdo fue como una caricia en la piel que le enardeció las terminaciones nerviosas.

–Tu cuerpo ha cambiado –susurró Andreas con la voz ronca mientras le pasaba el dedo por la parte superior del pecho.

Un anhelo muy profundo la atenazó por dentro y solo pudo asentir con la cabeza. Necesitaba esa intimidad aunque también le daba miedo, pero lo había anhelado mucho tiempo y allí, en la oscuridad, con el mundo fuera de aquellas paredes, quizá encontrara al hombre del que se había enamorado. Sus ojos negros como la tinta la miraron posesiva e intensamente.

–Me excita más –ella captó la avidez en sus ojos y en los surcos de deseo alrededor de la boca–. Aunque nada me excitaba tanto como ver lo deseosa que estabas siempre.

Ella levantó las manos y trazó una curva con el pulgar en su labio inferior.

–Y tú nunca estabas lo bastante desesperado.

Él frunció el ceño, pero ella ya estaba cansada de ese pulso. Necesitaba saber si sería tan mágico como lo había sido entonces, necesitaba saber si merecía la pena volver a abrasarse en ese fuego que brotaba entre ellos.

Introdujo los dedos entre su pelo y le bajó la arrogante cabeza. Con la respiración entrecortada, le pasó la punta de la lengua por ese sensual labio inferior. Él dejó escapar un gruñido de lo más profundo del pecho y ella, sin esperar ni un segundo, abrió la boca encima de la de él. Otro gruñido de advertencia. Ariana no hizo caso y lo besó una y otra vez hasta que saltaron chispas, hasta que se quedó sin respiración y le dolieron los labios, hasta todo el cuerpo le pidió que hiciera añicos ese control.

Tomó el labio inferior entre los dientes y se lo lamió. La maldición que soltó él fue como un bálsamo para su piel recalentada y, en milésimas de segundo, Andreas la tumbó de espaldas y le devoró la boca.

Vio chiribitas mientras el sabor de él le explotaba por todo el cuerpo. Se habían acabado los juegos y las bromas. Cambió de ángulo la cabeza y la besó hasta que el calor de sus bocas podría escaldarlos a los dos. La persecución de sus lenguas era tan erótica que ella clavó los dedos de los pies en las sábanas. Él le devoraba la boca una y otra vez y su lengua entraba y salía de su boca con un ritmo frenético que su cuerpo podía reconocer… y anhelar.

La agarró del pelo, abría y cerraba la boca, succionaba y mordisqueaba hasta que se estremeció debajo de él, hasta que se grabó para siempre su sabor.

No podía dominarse, no tenía voluntad propia, le suplicaba con el cuerpo, arqueaba las caderas en el aire. Él bajó las manos a los hombros, a los pechos y siguió hasta el abdomen. Subía y bajaba, la reclamaba mientras le arrasaba la boca, la acariciaba sin parar, anunciándole el cataclismo, sometiendo su voluntad.

–Dime que necesitas más, mujercita mía.

Su lengua le recorrió el borde de la oreja con una caricia sedosa que hizo que tuviera que apretar los muslos. La punta de la lengua le lamió por detrás de la oreja antes de que le tomara el lóbulo con los dientes.

–Dime dónde quieres que te acaricie con las manos y la boca.

Andreas lo dijo con una voz ronca y maliciosa que casi no reconoció ni él mismo. Le puso una mano en el pecho y notó que tenía el corazón acelerado, los pechos hinchados por el anhelo a que se los acariciara y los pezones endurecidos para que se los succionara.

Él se dio cuenta de todo.

Le miró las cumbres de los pechos visibles a través de la fina tela de la camiseta, el temblor de todo su cuerpo y lo apretados que tenía los mulos. Su rostro no pudo disimular la satisfacción.

–Pídeme que entre en ti, Ari… Con la boca, con las manos, con lo que quieras y por donde quieras.

Todo el cuerpo lo reclamaba a gritos, su deseo era evidente por la respiración entrecortada, pero no era suficiente para ese diablo.

Bajó la mano por el abdomen y por el vientre hasta que la posó sobre el… montículo. Ariana arqueó las caderas contra los dedos que cubrían los labios del sexo. Tenía las braguitas mojadas y él lo sabía.

–Pídemelo, Ariana –susurró él parpadeando lentamente–. Lo haré con mucho placer.

¿Cómo era posible que él le cediera el poder y fuese ella la que estaba sucumbiendo? Su cuerpo, al lado del de ella, rebosaba anhelo, pero lo dominaba con esa voluntad de hierro. Ariana se movió hacia él, que se apartó y le clavó los dedos en la cadera, pero demasiado tarde, había notado la evidencia de lo excitado que estaba. Se le alteró la respiración y el ligero temblor de los hombros le indicó hasta qué punto estaba en el límite.

Sin embargo, su dominio de sí mismo era superior, sobre su cuerpo y sobre su cabeza, nunca se permitiría perder ese dominio de sí mismo.

No lo vio entonces, no se había dado cuenta de que se extendía a todos los aspectos de su vida, no había entendido que, para el príncipe heredero, perder el dominio de sí mismo en la cama era lo mismo que concederle a ella un lugar en su vida. Eso significaría que necesitaría a Ariana y no al revés.

Cuanto más atención y tiempo le había pedido, más se había distanciado él, como si no supiese qué hacer con ella, como si ella no encajara en el esquema que él se había hecho. Necesitarla significaría entregarle poder sobre él y su sentimientos… y estaba haciéndolo otra vez, estaba reduciéndola porque hacía que sintiera.

¿Por qué había estado tan preocupado el rey Theos por él cuando tenía un corazón de piedra?

Ariana dejó escapar una risa. En cuanto a ella… Diez años no habían hecho mella en los deseos de su necio corazón. Cada centímetro de su cuerpo y cada latido de su corazón querían aprovechar esa ocasión con él otra vez, querían encontrar esa felicidad y esa sensación de plenitud que había sentido con él en el pueblo.

Sin embargo, no lo quería con las condiciones de él ni al precio de perderse a sí misma.

–No, Andreas… –consiguió decir ella.

El sonido de la negativa que había llegado a decir en voz alta le dio alas a su firmeza.

Él no apartó la mano de su sexo y, durante unos segundos, Ari se preguntó si no le habría oído. Entonces, levantó la mirada con un brillo de

consternación en los ojos, resopló y escondió la cara entre sus pechos. La humedad cálida de su boca hizo que los pezones se le dispararan debajo de la camiseta y Ariana se estremeció por el esfuerzo que tenía que hacer para resistirse a él.

–He dicho que no, Andreas –insistió ella en un tono tajante–. Es posible que no entiendas lo que quiere decir esa palabra porque no la hayas oído nunca, y menos dicha por mí.

Él se rio, contra su cuerpo, y ella sintió que se estremecía. La miró con un destello burlón en los ojos, pero también con incredulidad. Estaba segura de que su rechazo lo había dejado pasmado.

–Ariana, tú y yo sabemos por qué has entrado en mis aposentos. Nunca te he echado en cara que me desees…

Siempre estaba tan seguro de que la tenía, de que lo adoraba, de que lo anhelaba… Cuando él se había dejado arrastrar por el deseo, ella no le había parado los pies nunca, lo había seguido ciegamente allá a donde la hubiese llevado. Cuando él había decidido que se casarían, lo había decidido, no se lo había pedido, ella se había olvidado de todos su sueños porque, naturalmente, ese hombre poderoso, mundano y sofisticado, el príncipe heredero de Drakon, un hombre que cautivaba a todas las mujeres, la había elegido a ella.

No era de extrañar que hubiese creído que ella solo era una parte más de su privilegiada vida. Se desembarazó de él indignada por su arrogancia infinita.

–Sois un arrogante malnacido, Alteza. ¿No os lo había dicho nunca?

–No.

Él se pasó la mano por el pelo con rabia. Ella podría haberse reído de la expresión airada de su cara si no estuviese pensando en mil cosas a la vez.

–Tienes razón –siguió Andreas–. Por un momento, me he olvidado de que ahora me odias, pero jamás te habrías metido en mi dormitorio sin un motivo…

–¡Estás haciéndolo otra vez!

Hasta ella misma se espantó por el tono enfurecido de su voz.

–No entiendo.

–Me arrancaste de mi vida y me trajiste a este palacio, pero, una vez más, tú sigues viviendo tu vida sin tenerme en cuenta.

Él se quedó inmóvil por el pasmo.

–Ari, ayúdame a entenderlo.

Él no había utilizado nunca ese tono con ella. Le había dado órdenes, la había desafiado o la había tratado con prepotencia, pero nunca le había pedido algo con esa delicadeza, como si le importara de verdad.

–Ayúdame, Ari. Si no te explicas, yo…

–¿Qué? ¿Vas a encerrarme? –le interrumpió ella entre risas–. Si solo querías una mujer a la que exhibir, ¿por qué te tomaste la molestia de secuestrarme y de hacerme todas esas promesas?

Él pareció tan sinceramente desconcertado que ella no supo si reírse o llorar. Se incorporó en la cama y se destapó el torso. Los músculos fibrosos del abdomen se le tensaron cuando suspiró.

–Si todo esto se trata de que no tire abajo la puerta de tus aposentos y te… seduzca en tu cama…

–No estoy hablando de sexo. ¿Solo te sirvo para eso?

–Según dijiste tú misma, no hace falta que te corone reina delante de todo el mundo si solo quiero acostarme contigo.

Las palabras fueron como temblores en el suelo. Las dijo con suavidad, pero con una firmeza que hizo que todo se tambaleara. Él volvió a pasarse la mano por el pelo, pero ya estaba intentando cerrar ese pequeño resquicio en su dominio de sí mismo, ya estaba poniendo el barniz de corrección por encima de la perplejidad que ella captaba en sus ojos, de la tensión que le reflejaba el deseo en la cara.

Ari se levantó lentamente de la cama. Cada centímetro de su cuerpo rechazaba a la idea renunciar a ese placer garantizado. Sin embargo, no sería capaz de resistirse otra vez. Y acostarse con Andreas, cuando para eso era para lo único que le servía, sería como entregar su alma… otra vez.

Y no podía hacerlo.

Cada célula de su ser quería aprovechar esa ocasión que les había brindado el destino.

No, no había sido el destino, había sido Andreas. A ella le daba igual que él lo llamara una compensación por lo que le había hecho ella. Él la había buscado. Según Nikandros, Andreas la había buscado por debajo de las piedras durante dos años y había desatendido sus obligaciones con la Corona.

Naturalmente, no sabía lo que era el amor, pero, en la medida de lo posible, Andreas había cumplido el compromiso que le había hecho. ¿Tenía él la culpa de que ella quisiera algo que no podía darle?

–Me prometiste que podría aspirar a tener cualquier función que quisiera en tu vida, en esta vida, y, aun así, tú… tú me cierras todas las puertas. Creo que no sabes qué hacer conmigo.

–¿Puede saberse qué quieres decir?

–Me negaste la visita al albergue de mujeres.

–No es seguro para ti –Andreas apretó los dientes–. Además, lo hiciste en cualquier caso. Volviste loco al servicio de seguridad con tu maniobra.

Ella levantó la barbilla con ganas de ir a por él.

–Me obligaste. Como esa oficina que me has hecho en el palacio, en una maldita ala del palacio, Andreas. Mi profesión no es una broma.

–Tú, como mi esposa y reina, estarás demasiado ocupada para ejercerla plenamente, así…

–¿Acaso te he dejado mal en algún momento? –le interrumpió ella roja de ira–. ¿No me he comportado como la perfecta esposa decorativa?

Él hizo una mueca con la boca. Por fin estaba enterándose.

–No podía creerme que fueses tú, tan dócil y sumisa –él se acercó con un brillo de avidez en los ojos y ella retrocedió un paso–. Solo podía pensar si te quería así, en la cama.

–Andreas, yo…yo haré todo lo que quieras como tu esposa, pero eso no significa que vaya a renunciar a nada de mi vida, no significa que vaya a permitir que tú o tus empleados vayan a decidir cómo tengo que vivir mi vida. Yo no puedo… nosotros no podemos cometer los mismos errores otra vez.

–Dime qué quieres de mí para conseguirlo –replicó él en un tono casi conciliador.

–Para empezar, quiero mi ordenador portátil, mis pertenencias y mis expedientes –contestó ella poniéndose muy recta–. Tengo que hablar con Magnus. Quiero que se me asigne a alguien que no sea Petra para que atienda mis necesidades.

–No –contestó él sin el más mínimo humor en el tono.

–¿Qué crees que voy a hacer por Skype, Andreas? ¿Crees que voy a tener relaciones sexuales por Skype con el hombre al que estuve mintiendo durante diez años?

–No quiero oírte decir el nombre de otro hombre y la expresión «relaciones sexuales» juntos. Si quieres negociar conmigo, deberías saber que provocar mi ira no es la mejor manera.

–Puedo ayudar a Magnus hasta que me encuentre un sustituto. Hay un par de casos… Esas dos mujeres son mis amigas. La ley hace muy poco para protegerlas de sus maridos poderosos y maltratadores. Ya hay mucha gente que las ha defraudado y yo me niego a ser otra. No puedo desaparecer de la faz de la tierra y dejar que se imaginen lo peor. Tú tienes tus compromisos y yo tengo los míos.

Los surcos alrededor de su boca se hicieron más profundos y sus ojos negros perdieron todo sentimiento. Ariana, sin embargo, estaba empezando a interpretar sus pistas otra vez. Cuanto más le afectaba algo, más se encerraba en sí mismo, como si mostrar ese sentimiento significara sentirlo de verdad, como si estuviera dándole un arma a Theos para que la usara contra él.

Andreas se llevó las manos a las sienes y apretó tanto los dientes que pareció que iba a rompérselos.

–¿Eso fue lo que te hice? ¿Por eso estudiaste Derecho? ¿Tenías miedo de mí, Ari?

–¿Qué? No, claro que no.

La verdad que ella no había dicho nunca flotó como un fantasma por la habitación y un estremecimiento gélido se adueñó de ella. Siguió apresuradamente cuando él no cambió de expresión.

–No tuve rumbo durante años. Odiaba a mi padre porque me obligaba a hacer las cosas, pero nunca supe lo que me gustaría, lo que se me daría bien. Entré en la asesoría legal de Magnus como administrativa.

Literalmente, mi trabajo era mantener en orden los expedientes. Cuantas más mujeres veía en la asesoría, más pensaba en mi madre. Mi padre no le pegaba, como a algunas de esas mujeres, pero sí la maltrataba y yo no pude hacer nada. Sin embargo, me di cuenta de que sí podía hacer algo en ese momento y trabajé mucho para licenciarme. Todavía puedo ayudar a Magnus con las gestiones y quiero que un par de mis amigas vengan aquí. Rhonda está pasando una mala racha y Julia no tiene a dónde ir desde que su marido congeló todos sus bienes hasta que terminara el proceso de divorcio.

Algo parecido al asombro se reflejó en los ojos de Andreas y Ariana sintió un arrebato de satisfacción. Evidentemente, no la había tomado en serio hasta ese momento.

–¿Aquí…? ¿Adónde…?

–A Drakon, al palacio real.

–¿Quieres que dé refugio a dos mujeres que están huyendo de sus maridos y, quizá, de la ley? ¿Quieres que convierta el palacio en una especie de… albergue?

–Quiero invitar a dos amigas para que se queden tranquilas al comprobar que el marido que he estado ocultándoles durante diez años no es un monstruo absoluto… y, de paso, se toman unas vacaciones. Alguna ventaja tenía que tener ser la maravillosa esposa del príncipe heredero, ¿no?

–De acuerdo –contestó él al cabo de un rato.

Entonces, con un movimiento repentino que le paró el pulso, Andreas la encajonó contra la pared y le dio un beso devastador que la dejó aferrada a él.

–¿Algo más?

Su boca era una trampa sensual. Era inflexible cuando daba órdenes y delicada cuando besaba. Se pasó la lengua por los labios y se inclinó hasta que el aliento de él fue una caricia para su piel acalorada.

–Quiero que vuelva Giannis.

–No. ¿Qué más?

Ella le puso las manos en el pecho y lo empujó decidida a ganar esa batalla.

–Quiero tener a mi gente conmigo, gente que me quiere, gente que no cree que soy tu perdición, gente que impedirá que me sienta como si viviera en un vacío. No soy un juguete con el que juegas y vuelves a dejarlo en la balda. No quiero caer en pautas nocivas…

–¿Pautas nocivas? –una vena le palpitaba a Andreas en la sien–. ¿Juguetes con los que juego? Después de todas tus mentiras y de lo que has hecho sigo dispuesto a darte un sitio como mi esposa, una posición codiciada por las mujeres más hermosas del mundo.

Ella acusó el golpe, pero se mantuvo firme.

–Tú me elegiste y lo que haya donde deberías tener el corazón, sea lo

que sea, me deseó, Andreas. Yo, ingenua de mí, no me di cuenta de lo inconcebible que era tu elección, de lo mucho que habías errado el tiro.

Ella empujó, aunque la tenía agarrada de las muñecas, y sus torsos se rozaron. Andreas resopló, como ella, y la miró detenidamente con los dientes apretados, como si fuese la primera vez que la veía.

–Todavía me deseas –siguió ella–. Te gustaría no desearme… y no solo para una cosa rápida, o me habrías tomado durante el vuelo y te habrías deshecho de mí. No podías ser tan despiadado conmigo entonces y tampoco lo serás ahora. Andreas Drakos tiene una debilidad y soy yo.

Se estrechó contra ella con una sonrisa lobuna. Su pecho desnudo aplastó sus pechos y Ari echó la cabeza hacia atrás.

–Punto para Ariana Drakos. Entonces, ¿puede saberse por qué no me dejas que haga lo que los dos necesitamos con tanta ansia?

–Porque ya no soy ese tren descarrilado por las muertes de mis padres. Mi función principal en la vida no es aliviarte de tus tareas con sexo. No estoy impresionada porque te hayas fijado en mí y menos porque me hayas elegido.

Si se le había entrecortado la respiración por las mentiras que había dicho, esperaba que él no se hubiese dado cuenta.

Retorció las manos y él la soltó como si le hubiese quemado, pero no había terminado. Un río de lava le corría por las venas y sentía la esperanza desconocida de que podría vivir con Andreas sin perderse a sí misma.

Le tomó la cara entre las manos para que la mirara.

–Andreas, no soy aquella chica que creía que el sol y la luna salían de tus ojos. No voy a ser otro engranaje en tu vida como Petra o Thomas o tu chófer. Volveré a escaparme si no estás dispuesto a tratarme como a una igual, si no estás dispuesto a compartir tu vida conmigo… y te lo aseguro, si hay algo que sé hacer bien, es escaparme. Cuando me encuentres otra vez, volveré con un escándalo que pondrá patas arriba a la Casa de Drakos. Decidid, Alteza, si me queréis en vuestra vida o no.

Capítulo 9

ANDREAS HIZO un esfuerzo para dejar a Ariana que se marchara, se quitó los pantalones del pijama y fue a darse una ducha fría. Los azulejos estaban gélidos contra la piel acalorada y abrió el grifo de agua fría hasta que estuvo helada, pero, aun así, tardó unos minutos en que se le apaciguara la erección y en que su cabeza volviese a razonar y se hiciese cargo de la situación.

Cuando salió de la ducha, estaba tiritando. Se ató una toalla alrededor de la cintura y se quedó delante del espejo. Tenía el pelo un poco largo. Todavía tenía ojeras, pero ya no tenía ese aspecto demacrado que había tenido durante muchísimo tiempo. También había desaparecido ese agujero negro que había tenido por dentro durante meses, como la ira corrosiva que había sentido contra Theos, cuando en uno de sus arrebatos de locura se le había escapado que Ariana estaba viva. Era como si su mundo estuviese empezando a recuperar el equilibrio. Además, él estaba empezando a entender que no había sabido nada de ella en aquella época o, al menos, nada esencial.

Incluso en ese momento sabía que seguía habiendo cosas que no podía entender, cosas que había visto en sus ojos cuando había estado tumbada en la cama a su lado, cosas que a él le costaba decir con palabras.

«Si me queréis en vuestra vida o no…».

Dejó escapar una carcajada, que le sorprendió a él mismo, por la audacia de esa mujer. Siempre había sido alocada y desafiante, pero tenía algo distinto, una confianza en sí misma embriagadora y que le obligaba a estar atento. Esa mujer, que lo desafiaba incluso cuando estaba temblando de deseo, no podía compararse con aquella chica.

Estaba seguro de que su amenaza iba en serio, estaba seguro de que lo metería en un escándalo, como mínimo, si no le daba lo que ella quisiera. Ese desafío, en vez de desquiciarlo, hacía que le bullera la sangre de emoción.

Quería discutir y negociar con ella, quería dominar el desafío hasta que se convirtiera en deseo, quería tenerla debajo retorciéndose y gritando de placer.

Una vez vestido, no pudo ir a buscarla tan pronto como le habría gustado. Petra y tres de sus asistentes estaban esperándolo con ansia. Le presentaron el contrato que iba a firmar con la Casa de Tharius y empezó a pensar en otra cosa.

Su vida sería mucho más fácil si se divorciaba de ella y se casaba con

Maria Tharius. Maria, una donante para causas benéficas, estaba preparada desde que nació para una función como esa. Estaría atenta a sus más mínimos deseos, sabría cuál era su sitio y sería una buena madre para los hijos que tuvieran. Maria sería la reina perfecta de Drakon, Maria no le pediría que encontrara a un guardaespaldas que había trabajado en el palacio hacía diez años y que, claramente, había infringido el protocolo al hacerse amigo de la joven esposa del príncipe heredero… y mucho menos le ordenaría que no solo lo readmitiera, sino que lo destinara a su equipo personal cuando sabía que a su marido le… incomodaba que su esposa… intimara con ese hombre.

Tenía que reconocerlo, estaba disparatadamente celoso.

Soltó un gruñido gutural y todo su equipo se quedó petrificado. ¿A eso lo había reducido ella?

Sabía, en el fondo de su corazón, que Ariana no le habría engañado, pero, aun así, había estado disparatadamente celoso de ese guardaespaldas… y seguía estándolo porque, evidentemente, Ariana seguía sintiendo… afecto por Giannis.

Él, el futuro rey, estaba celoso de un guardaespaldas de poca monta.

Sin embargo, la idea de sentarse a cenar con Maria durante los próximos treinta años, la idea de ver la apacible sonrisa de Maria al otro lado de un salón de baile abarrotado de gente, una mujer que siempre sería una desconocida porque, para él, solo se limitaría a cumplir un papel, la idea de acostarse con ella… Sintió un regusto amargo en la boca.

¡Ya la había encontrado otra vez y solo se conformaría con Ariana!

Ariana, quien ya se había ganado a su familia con su personalidad chispeante. Ariana, a quien le importaría un comino el protocolo cuando se tratara de sus hijos, quien sería la primera en tirarse por una ladera cubierta de nieve, quien los animaría a que infringieran todas las reglas que pudieran, quien los amaría incondicionalmente fuesen estudiosos, como había sido él, o enfermizos, como había sido Nik, o una niña que hacía cualquier cosa para que la aceptaran, como había sido Eleni. Quien redefiniría otra vez la reputación futura de la Casa de Drakos.

–Quiero que encuentren a Giannis Petrakis lo antes posible –ordenó Andreas a unos de sus asistentes–. Era guardaespaldas del palacio, que se presente a la señora Drakos.

–¿La señora Drakos…?

El asistente se quedó pálido cuando Andreas lo atravesó con la mirada.

–Sí, la señora Drakos, mi esposa.

Durante la semana siguiente, decidió evitarla y meterse a fondo con los asuntos de Estado más apremiantes. Intentó prepararse para el motín que estaba fraguándose entre los miembros del Consejo de la Corona por el último decreto que había firmado y que rebajaba sus poderes.

Ya habían causado alguna tormenta las arriesgadas iniciativas económicas de Nikandros y que hubiese cedido el sector inmobiliario a la

empresa de Gabriel. No se entendían esas inversiones cuando la deuda pública ya era de millones de dólares, pero él se había empeñado.

Había tenido que hacer acopio de todo lo que tenía para confiar en Nikandros, pero lo había hecho… y había sido la mejor decisión que había tomado porque la empresa de Gabriel ya había elevado la tasa de empleo en las zonas remotas de Drakon.

Tenía que ocuparse de un centenar de asuntos y, sin embargo, solo sentía esa necesidad incontenible de poseerla, de apagar el brillo desafiante que veía en sus ojos, de hacerse con la mujer fuerte como una roca en la que se había convertido, de arreglar lo que ella creyera que había que arreglar entre ellos y llevársela a la cama para poseerla.

Efectivamente, no se parecería nada a las demás reinas de Drakon, pero, al menos, tampoco le permitiría que cayera en esa megalomanía en la que había caído Theos durante los últimos años, no permitiría que se convirtiera en ese hombre inflexible que, a pesar de tener todas las riquezas y el poder en las manos, acabaría solo para siempre, el hombre en el que se había convertido por culpa de su padre, el hombre temido, pero no amado.

Esa vez, le daría todo lo que pidiera, todo lo que pudiera darle.

Andreas quedó libre por fin casi una semana después, una tarde a última hora. Le había pedido a Petra que invitara a Ariana a cenar con él en sus aposentos privados. Estaba decidido a ser prudente, a no meterse en el terreno resbaladizo de sus respectivos pasados.

Tenían que empezar desde el principio y, para eso, tenía que creer a Ariana, tenía que entender, por mucho que le escociera, que Ariana lo había dejado porque había conseguido que fuese insoportable vivir con él.

No le había dado casi tiempo para ducharse y cambiarse de ropa cuando Ariana entró en sus aposentos. Su rostro reflejó todo un abanico de expresiones cuando miró la mesa para dos que habían puesto en la terraza que daba al jardín. La cristalería resplandecía con el brillo anaranjado de la puesta de sol y una botella de champán se enfriaba en un cubo con hielo. La comida ya estaba en la mesa y él había despachado a todos los empleados.

–*Kalispera*, Ariana.

Ella levantó la cabeza, pero no la giró. Lo sacaba de quicio así de fácilmente, hasta que vio la rigidez tensa de sus hombros y se acordó de que era Ariana y le costaba dominar las emociones, que, en realidad, era lo opuesto a su forma de ser y que fue lo primero que lo atrajo de ella, que le asombró que alguien pudiera vivir dando rienda suelta a sus emociones.

Sabiendo lo que sabía en ese momento sobre su pasado, le asombraba más todavía lo audazmente que había vivido, que se hubiese entregado tan generosamente a todos los que habían entrado en la esfera de su vida.

Entonces, empezó a darse la vuelta muy despacio, como si necesitara

tiempo para recomponerse. Sintió algo en el pecho, quizá fuese una punzada de remordimiento por cómo salió todo en el pasado. Estaba dispuesto a borrarle la cautela de la mirada, quería recuperar a la Ariana de antes, la Ariana que lo había adorado, que nunca se había callado nada de lo que le había llegado a la boca, y menos con él.

La Ariana que había hecho que, por fin, se sintiera que no estaba solo, que necesitaba no estar solo.

–*Kalispera*, Andreas.

La cautela no había desaparecido, pero tampoco pudo evitar mirarlo de arriba abajo con avidez, como si anhelara verlo… como le había pasado a él.

También la miró de arriba abajo y sintió el hormigueo de la tensión que se había convertido como en una segunda piel para él. Iba vestida de otra manera, como la Ariana que recordaba, sexy y segura de sí misma, pero con cierta vulnerabilidad por debajo.

Llevaba un vestido ajustado beige hasta las rodillas que le daba un brillo especial a la piel dorada. Dejaba ver los brazos y su sencillez resaltaba su figura esbelta. Unos zapatos de tacón remataban sus piernas larguísimas y hacían que su cara le llegara casi hasta la barbilla.

Siempre le había encantado lo bien que se adaptaba a él, pero, en ese momento, el aspecto anguloso había dejado paso a unas curvas delicadas, unas curvas que quería sentir debajo de él y una delicadeza que quería que lo envolviera.

La melena le caía libremente sobre los hombros y suavizaba la firmeza de su mentón. Sonrió y arqueó una ceja cuando sus miradas se encontraron.

–Estás impresionante.

Ella se sonrojó, pero le aguantó la mirada.

–Gracias. Tú estás… –ella hizo una mueca con la boca– muy… atractivo.

–¿Puedo dar por supuesto que la guerra fría entre Petra y tú ha terminado?

–Digamos que hemos llegado a un acuerdo satisfactorio para las dos partes.

–¿Cuál…?

–Que vamos a ir por caminos distintos. Además, ahora que tengo mi equipo, la actitud de ella me da igual.

Él frunció el ceño y se acordó de las pequeñas pullas que había lanzado ella durante la cena con su familia y de su expresión, casi de pánico, cuando había estado al lado de la cama de él.

–He nombrado a Giannis mi asistente y he entrevistado a distintas personas para que sean ayudante administrativa y jefe de prensa. Creo que Eleni se ha molestado porque he elegido a alguien que me recomendó Mia.

Él asintió distraídamente con la cabeza, pensando todavía en el asunto anterior. Sabía lo leal y posesiva que podía llegar a ser Petra en lo referente

a él y no dudaba lo más mínimo de la veracidad de lo que había dicho Ari. El arrepentimiento, casi tan grande como el remordimiento, hizo que la voz le saliera ronca.

–Petra no tiene precio para mí, Ariana, pero no es indispensable. La mandaré a otro departamento inmediatamente.

–¡No! –exclamó ella con tanta intensidad que Andreas se quedó petrificado–. No hace falta.

¿De verdad creía que iba a poner a una empleada por delante de ella incluso en ese momento, después de todo lo que le había contado sobre lo aislada que se sintió entonces? ¿Después de que Petra y su equipo hubiesen sido los primeros en seguir el ejemplo de Theos al tratarla?

La agarró para que no se alejara de él.

–¿Por qué no?

–Porque significaría que sigo siendo aquella chica insegura, daría a entender que me siento indefensa y me escondo detrás de tu poder –Ariana levantó la barbilla–. Esta vez, pienso mantenerme en mi sitio contra ti y contra cualquiera de tu mundo, Andreas.

Él asintió con la cabeza y con las venas rebosantes de orgullo. Había dejado a aquella chica muy atrás.

–Creo que eso ya lo has demostrado.

–No podía creérmelo cuando Petra me dijo que querías cenar conmigo. Ahora, estoy asombrada de que te hayas tomado tantas molestias.

–¿Por qué?

–Por ejemplo, porque sé lo ocupado que estás. También, porque no creía que fueses a tomarte en serio mi ultimátum. Sin embargo, creo que la posibilidad de que acuda a la prensa es la única fisura en tu coraza, ¿no? Tal y como se siente tu pueblo contigo, lo que faltaba era que una mujer fuera diciendo que la has secuestrado.

Él sirvió dos copas de champán y le dio una a ella.

–A ver si lo he entendido –replicó él con cierta frialdad–. Crees que solo quiero estar contigo para que no pase nada.

Ariana sujetaba la copa de champán con los nudillos blancos, el único indicio de que no estaba tan inmutable como parecía.

–¿No es así?

–No, Ariana.

Él dejó la copa de champán en la mesa con la mano algo temblorosa y tomó la de ella. Luego, sacó el pequeño estuche de terciopelo que su asistente le había sacado del tesoro real y se lo tendió. Ella no levantó la mirada, pero el pecho le subió y bajó con la respiración entrecortada. Él esperó y supo en ese momento lo mucho que le había desgarrado ese joven corazón hacía diez años, que había hecho exactamente lo que había temido que haría.

–Ari, mírame.

Como ella no lo miró, le tomó la barbilla con las dos manos y se la

levantó. Vio sus labios carnosos y se le olvidó lo que iba a decir. Inclinó la cabeza y la besó con voracidad. Se había olvidado de lo dulce que era su sabor y el deseo se adueñó de él mientras le pasaba la lengua por el labio inferior.

Sin reticencias, sin dudas, sin mentiras ni desafíos. Era Ariana en estado puro que vertía todos y cada uno de sus sentimientos en el beso, hasta que dejó escapar una risa ronca cuando sus dientes se chocaron por el ansia.

Sin embargo, Andreas no estaba para risas, solo quería devorarla, ya había esperado demasiado para paladearla, tanto que ardería en llamas si no entraba en su húmeda calidez.

Ariana llevó las manos a su pecho y se arqueó hacia él, que cuanto más la besaba, más necesitaba. Le rodeó el cuello con las manos, la mantuvo quieta y la lamió con la lengua hasta que quedó jadeante y temblorosa por el anhelo.

El beso era cada vez más abrasador. La cena se había olvidado y las promesas que él le había hecho echaban más leña al fuego de la pasión.

Sus pechos aplastados contra el pecho de él, sus largos muslos entre los de él, el olor de su piel… Era como echar una cerilla encendida a unas astillas resecas. Bajó las manos a sus caderas y luego a la redondez de su trasero. La estrechó contra el bajo vientre y la erección creció.

Ella, que reaccionaba siempre, gimió y se contoneó, y enloqueció un poco más a Andreas, que la levantó y la tumbó en la mesa. El cubo con hielo cayó al suelo con cierto estruendo y los cubos se deslizaron por el cemento.

A ella le costaba respirar. Él sabía que tenía una queja en los labios, que quería hablar y plantear otra de sus exigencias… o de sus desafíos.

Él no dejó que salieran las palabras, las acalló con otro beso. La quería así, tumbada en la mesa de una terraza del palacio real, donde el cielo y las estrellas supieran que era suya. Ya tenía el vestido subido y le acarició los muslos con una mano mientras introducía la otra entre el pelo y la incorporaba. Estaba muy hermosa con los ojos velados y los labios temblorosos.

–Voy a acariciarte –le susurró él al oído–. Voy a comprobar si ya estás húmeda o no…

La abrazó contra el pecho mientras los dedos encontraban la humedad a través de la fina tela de las braguitas. Sintió que la lava le recorría todo el cuerpo y que la erección presionaba contra los pantalones. Con la cabeza contra su sien, le introdujo un dedo en el sexo.

–Andreas, por favor…

Arqueó las caderas contra su mano cuando le pasó el pulgar por el clítoris y dejó escapar un sollozo. La puesta de sol hacía que su piel resplandeciera como el oro y unas gotas de sudor le brillaban sobre el labio superior. Le besó ese labio carnoso y el olor de su excitación fue como una

droga.

Le bajó el cuello del vestido y gruñó ante la visión del pecho desnudo. Le pasó la punta de la lengua por el endurecido pezón y ella arqueó la espalda con avidez. Ella introdujo los dedos entre su pelo y él tomó el pezón entre los labios y se lo succionó.

Él notó que su cuerpo se hinchaba alrededor de los dedos, que los músculos pélvicos se contraían de placer.

–No llevabas sujetador… –susurró él ante de lamerle el pezón otra vez–. Lo has hecho por mí, Ariana, dime que lo has hecho porque sabías que me vuelvo loco al ver tus pechos.

Ella sonrió con descaro y abrió los ojos sin mirar a ninguna parte antes de posarlos en él con un brillo de deseo que hacía que parecieran unas piedras preciosas.

–No ha sido por ti. Con este vestido se me verían los tirantes.

Le negaba ese placer hasta en ese momento. Curvó el dedo dentro de su ardiente abertura y esperó con la respiración alterada. Ella se estremeció y soltó una ristra de maldiciones que hizo que él tuviera que contener una carcajada. Ariana lo agarró de las muñecas y empujó su cuerpo contra él.

–Sí, de acuerdo, no me puse sujetador por ti. Andreas, por favor, más…

Un arrebato de satisfacción se adueñó de él y movió los dedos con ese ritmo acelerado que le encantaba al cuerpo de ella. Estaba dispuesto a derribar todas las defensas que había levantado, estaba dispuesto a recuperar a la Ari de antes.

El cuerpo de ella se puso en tensión y se cimbreó como una barca a merced de las olas entre sonidos anhelantes que le brotaban de la garganta. Él se inclinó, le mordisqueó el pezón y ella se desarboló con un gemido. Los muslos le atraparon la mano y se desmoronó sobre él como si le hubiesen quitado los huesos del cuerpo.

Andreas le levantó el vestido para taparle los pechos aunque todo el cuerpo le pedía… alivio. Sin embargo, se sentía plenamente satisfecho en otro sentido. La miró con ese instinto posesivo que ella siempre le despertaba.

La piel congestionada, la sonrisa indefinida… Esa languidez sensual de ella era tan excitante como su reacción desinhibida. En el fondo, ni siquiera intentaba entenderlo, era como si su mundo se hubiese enderezado por fin. Había necesitado eso desde que la vio delante del ayuntamiento con la cara pálida y una mirada perdida. Había necesitado verla desarbolada por el placer, por el placer que le daba él. Había necesitado saber que Ariana seguía siendo suya.

Ella abrió la boca y le dio un beso en el pecho.

–Yo…

Su suspiro fue como una caricia que la camisa no pudo impedir y ella le dio otro beso con la boca abierta en el abdomen, que se contrajo y se puso duro como el acero. Lo acariciaba con las manos con un aire posesivo que

indicaba más de Ariana que ninguna otra cosa.

–¿De qué se trataba eso…?

–Si me lo preguntas –él levantó la barbilla–, es porque no ha estado bien.

Ella se rio y le tembló todo el cuerpo.

–Te aseguro que fue como un terremoto, pero, aun así, quiero saber…

–Se trataba del presente.

–¿Qué? –preguntó ella con el ceño fruncido.

Él, sin poder evitarlo, inclinó la cabeza y volvió a besarle los labios inflamados.

–Ni del pasado ni del futuro, de este momento –él le pasó un mechón rebelde por detrás de la oreja–. Quería besarte, Ari. Quería ver cómo te derretías entre mis brazos y lo hice…

Ariana esbozó la más hermosa de las sonrisas y algo casi incandescente centelleó en sus ojos. Asintió con la cabeza, le tomó la barbilla con la mano y lo besó lentamente, como si no quisiera que ese momento terminara. Una sensación que él también estaba empezando a sentir.

–Que Andreas Drakos se deje llevar por un impulso está muy bien. Provocarte ese impulso… Me siento entusiasmada. Yo… también tengo un impulso…

Ariana le bajó las manos por el pecho y él contuvo el aliento cuando llegaron entre las piernas. Se quedó inmóvil mientras ella le acariciaba la erección.

–Todavía no podemos acostarnos, pero tu esposa tiene otras formas de complacerte.

Andreas no supo cómo, pero consiguió sujetarle la mano y hasta él mismo se quedó impresionado de su fuerza de voluntad. El miembro le palpitaba al ritmo de su corazón y su respiración entrecortada.

–¿Por qué no podemos acostarnos?

Él no había planeado nada de eso, ni siquiera había pensado tocarla hasta que las cosas hubiesen pasado a otra fase, pero, naturalmente, la pasión había sido una de las cosas que siempre habían salido bien en su relación con Ariana. Sin embargo, ella lo rechazaba en ese momento y quería saber por qué.

Una sombra cruzó el rostro de Ariana aunque intentó disimularlo.

–Empecé a tomar la píldora el otro día y todavía no estaremos… seguros.

–¿Seguros contra qué? Estoy limpio.

–Contra el embarazo –contestó ella en voz baja.

La incomodidad fue palpable y casi dolorosa. Él arqueó una ceja y ella se apartó y se alisó el vestido sin mirarlo a los ojos.

–Hay una cosa llamada preservativo –replicó él con un escalofrío por la espalda.

Ella se encogió de hombros, se pasó una mano por el pelo y se alisó un

poco más el impecable vestido para ganar tiempo.

–No soportas los preservativos y, además, no son infalibles. En realidad, nada es infalible.

–Ariana…

Él no terminó la frase y se pasó una mano por la cara con la tensión atenazándolo por dentro. Ya habían pasado por eso una vez. Su pelea más encarnizada fue cuando le pidió que dejara de tomar la píldora anticonceptiva. Jamás había estado tan cerca de perder el dominio de sí mismo porque ella, naturalmente, se había negado. Luego, la había amenazado con que no volvería a acostarse con ella hasta que lo hiciera.

Había sido como un animal herido.

Naturalmente, Ariana se revolvió contra el reto y acabaron aferrados el uno al otro delante de la chimenea después de un revolcón tempestuoso y de haberse dado cuenta de que algo se había roto irrevocablemente entre ellos.

Fue la primera y única vez que el sexo no había sido motivo de placer entre ellos.

Tres días después, él se había marchado a la cumbre sobre el petróleo sin despedirse de ella. Cuando volvió, Ariana había desaparecido de su vida.

Había utilizado el sexo contra ella, había corrompido la única cosa pura que había entre ellos.

Se daba cuenta en ese momento de que la desesperación le había nublado la cabeza, el buen juicio. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo desesperado que había estado para que ella no se alejase de él, para conservar lo único bueno que tenía en la vida a pesar de la creciente presión de Theos y la Corona… y lo incapaz que había sido de arreglar la situación entre Ari y él, lo incapaz que había sido de sobrellevar lo que ella le hacía a él.

Dejó escapar un improperio por la palidez de ella. En cuestión de segundos, el ambiente había pasado de ser sensual a ser tirante, como si fuese a explotar.

–Ariana –la impotencia hizo que levantara la voz–, tienes que contarme lo que estás pensando.

Ella asintió con la cabeza, pero su cautela era máxima. Se rodeaba el cuerpo con los brazos e indicaba que era intocable, ponía unas barreras que él quería derribar y no sabía cómo.

–Es que no quiero correr el riesgo, no estamos preparados.

–¿Para qué no estamos preparados?

–Para tener hijos, Andreas.

Cuanto más le negaba algo ella, más quería él indagar en ello. Andreas quería romper esa pauta tan dañina de su relación. Sin embargo, algo lo incitaba a provocar la reacción de Ariana, a que respondiera.

–Antes o después, llegaremos a ese punto.

–Entonces, será después –ella se puso muy recta y con un brillo beligerante en los ojos–. Andreas, creo que no hemos pasado ni una tarde sin tirarnos el uno a la yugular del otro. No quiero hijos así, al menos, todavía.

–¿Por qué?

–Porque… no confío en que vayamos a arreglarlo…

–Quieres decir que no confías en mí.

La frustración se adueñaba de él. Después de todo lo que le había dado, ella seguía sin darle todo. ¿Lo haría alguna vez?

Ari se puso delante de él y entrelazó loas dedos con los suyos para que la escuchara.

–No es que no confíe en ti, es que… tengo miedo. Andreas, por favor, no fuerces este asunto.

Otra vez… las palabras, aunque no dichas, quedaron flotando entre ellos como un muro invisible e impenetrable. Andreas tuvo la sensación de que siempre los separarían si no hacía algo.

–Quiero formar una familia, siempre he querido tener hijos y lo sabes.

–Querías herederos y hay una diferencia –replicó ella al instante y con una mirada muy elocuente.

Se sentía como si estuviera con los ojos vendados y en un laberinto oscuro, una experiencia que le obligó a vivir su padre cuando tenía ocho años y reconoció que le daba miedo la oscuridad. Se planteó varias respuestas y las descartó todas.

–Ariana, la exigencia de un heredero para la Corona va a estar siempre. Nuestro primer hijo, sea chico o chica, lo heredará todo. Cuando el Consejo de la Corona y Theos me presionaban para que me casara, durante estos últimos años, yo no me lo planteé siquiera y posponía una y otra vez el acuerdo con el padre de Maria.

Ariana sintió un escalofrío al oír el nombre de la otra mujer dicho por él.

–¿Por mí?

–No tenía muchas ganas de repetir la experiencia cuando creía que estabas muerta –Andreas se encogió de hombros–. Luego, cuando averigüé que estabas viva… –Ariana nunca había deseado tanto entender lo que le pasaba a él por la cabeza–. Nikandros y sus hijos bastaban y sobraban para continuar la Casa de Drakos. Efectivamente, el heredero de la Casa de Drakos siempre será un asunto a tener en cuenta, pero yo quiero… ser un padre para mis hijos, darles… –Ariana vio que él tragaba saliva–. Darles el tipo de vida que yo no he tenido nunca.

–¿Cuál?

–Una infancia normal, feliz y despreocupada.

Ariana se quedó estupefacta y dominada por todo tipo de sentimientos. El remordimiento y el dolor le atenazaban la garganta. Esa era la demostración de que él había cambiado de verdad, como ella.

¿Conseguirían que esa vez saliera bien? ¿Podía confiar en esa intuición que le decía que él, por lo menos, la quería? Le tomó las manos para que la pequeña distancia que había entre ellos no se convirtiera en un abismo insalvable.

–Necesito tiempo. Necesito que nosotros vayamos primero, es decir, tú, yo… y Drakon.

Andreas la miró a los ojos como si quisiera saber todos sus secretos. Levantó las manos agarradas y le besó los nudillos. Fue un gesto tan cariñoso que la derritió por dentro.

–Has cambiado –comentó él como si pensara lo mismo que ella.

–Sí, he dejado de tirarme de cabeza a todo.

Él asintió con la cabeza y apretando los dientes.

–Pero quiero que vuelva aquella Ariana, la que se reía, la que amaba con generosidad, la que vivía la vida plenamente. Te aseguro, *pethi mu*, que recuperaré a aquella Ariana.

Capítulo 10

ARIANA, DURANTE las dos semanas siguientes, se sintió cada vez más cautivada por su marido. Era como si él hubiese puesto en marcha una campaña para conquistarla en cuerpo y alma… y fuese ganando.

Una noche habían hablado durante dos horas sobre la burocracia que estaba teniendo que vencer para abrir su asesoría legal; otro día compartieron cena con dos de sus asesores políticos que habían comentado su calendario para el viaje a Asia que se avecinaba; otra vez, sus equipos de relaciones públicas habían coordinado los actos y compromisos de los meses siguientes y, naturalmente, había acabado con una acalorada discusión entre Andreas y ella sobre sus obligaciones como reina y su creciente interés por retomar su carrera profesional.

Ninguno de los dos había tirado la toalla y ninguno de los dos había ganado.

A Ariana le había encantado cada minuto. Le encantaba medir sus fuerzas con las de él y si bien nunca salía ganando, tampoco dejaba que él la pisoteara.

Si no podían cenar y habían pasado días sin verse más que en actos públicos, él entraba en la salita justo a las diez y media, cuando ella estaba viendo un programa satírico estadounidense que era uno de sus favoritos desde hacía mucho tiempo.

Se sentaba a su lado con el muslo pegado al de ella. Algunas veces se reía con la comedia y otras discutían apasionadamente sobre política o, si estaban demasiado cansados, se quedaban en un agradable silencio.

Sin embargo, fuera cual fuese la situación, el deseo se despertaba al más mínimo e inocente contacto. Un contacto que iniciaba ella, se reconoció sonrojándose mientras lo esperaba.

No podía contener las manos. Había sido ella quien le había deshecho el nudo de la corbata una noche cuando parecía muy cansado después de otra reunión con el Consejo de la Corona; había sido ella quien le había abotonado apresuradamente la camisa cuando él no había terminado de vestirse y Petra y ella habían llegado al mismo tiempo una tarde; había sido ella quien lo había besado en la boca cuando él le había regalado el anillo de su madre.

Él se limitaba a mirarla con esos ojos que eran todo un compendio de paciencia e hermetismo. Sin embargo, lo conocía tan bien como a sí misma y sabía que estaba esperando a que ella diera el primer paso, que eso era una especie de preámbulo.

Disfrutaba exasperándola, llevándolos al límite, hasta que cada contacto resultaba abrasador.

Ella no sabía qué estaba esperando ni por qué no podía dar ese último paso en su nueva relación. La primera vez se lanzó a una relación física con él sin saber qué estaba en juego. Esa vez… sí sabía qué se jugaba. Sabía que, cuando Andreas entrara en ella, volvería a perder irrevocablemente una parte de sí misma.

¿Le aterraba perder su voluntad o era ese último trozo de verdad al que todavía se aferraba?

Esa vez, cuando él le hiciera el amor, no quería nada entre ellos que no fuese un deseo anhelante.

Aunque contarle que había perdido un hijo le aterraba como nada en el mundo.

Por fin estaban llegando a conocerse, a entender lo que había salido tan espantosamente mal la otra vez, a darse cuenta de que entre ellos había algo parecido a la magia, incluso fuera de la cama.

–Estás muy seria…

Andreas estaba en la puerta del dormitorio de ella. Se había quitado la chaqueta del traje y tenía la camisa blanca desabotonada. La sombra de su pecho le llamó la atención y notó un estremecimiento en el bajo vientre. Parpadeó e intentó recomponer la cara.

–Esta noche estoy cansada –replicó ella dándose cuenta de que era verdad.

Se había pasado la semana haciendo videoconferencias con Magnus, Rhonda y su nuevo abogado.

Él fue hasta el sofá donde estaba sentada y se sentó sin tocarla. Todo su cuerpo irradiaba tensión.

–Entonces, tienes que dejar de trabajar tanto. Petra no consiguió encontrarte un hueco libre la semana pasada.

–Petra tiene que dejar de espiarme para ti –contraatacó ella con una sonrisa.

Aunque le irritaba su actitud prepotente hacia su tranquilidad, también le gustaba en parte. Había cuidado de sí misma durante años y sin quejarse. Sin embargo, en ese momento, le gustaba que Andreas se preocupara por ella, podía ver su preocupación debajo de sus arrogantes órdenes.

–¿Vas a hacer tú lo mismo? –preguntó ella–. Qué machista, Andreas. Tu actitud empieza a coincidir con tu estilo de comunicación.

Él resopló y la miró con un esbozo de sonrisa en los labios.

–Cumples con tus obligaciones como esposa del príncipe heredero, trabajas durante horas para montar el despacho y ocuparte de los problemas de tus amigas y, sin embargo…

Le emocionó que él estuviese intentando hablarlo en vez de imponerlo.

–Sin embargo, no estoy siendo una esposa de verdad, ¿no? –terminó ella mientras se acercaba a él.

Los ojos de Andreas brillaban con un deseo sombrío. Tomó unos de los rizos de ella entre los dedos con media sonrisa.

–No. Un día de estos se agotará mi paciencia, te tomaré y no podrás decir que te he seducido. Te he dado tiempo, Ari.

La voz grave y baja de él le produjo un hormigueo en la piel y, de repente, sin más, estuvo dispuesta. Lo besó antes de que pudiera parpadear. Él dejó escapar un gruñido y tomó el rumbo del beso. La agarró de las caderas, estrechó su vientre contra el de él y la temperatura se disparó.

Su lengua acariciaba la de ella con una suavidad sedosa y la agarraba con fuerza de la nuca.

Él le tomó el labio inferior entre los dientes y Ariana gimió con fuerza mientras inclinaba la cabeza hacia atrás provocativamente cuando una mano le acarició un pecho. Ella bajó las manos por su pecho, se detuvo entre las piernas y palpó la rigidez de su erección. Habría dejado que la tomara allí mismo, en el sofá, si no le hubiese sonado el teléfono.

–No contestes –gruñó él.

El tono imperativo de su voz fue lo que hizo que se diese cuenta de lo importante que era ese sonido. Se apartó de él y tomó el teléfono… y el alma se le cayó a los pies.

Consiguió sacar los sentidos de esa especie de bruma de excitación, o quizá hubiese sido la palidez de Ari la que lo había hecho.

Sin hacer caso del desasosiego de ella, la abrazó mientras seguía al teléfono. La redondez de su trasero abrasó un poco más su sediento cuerpo, pero, aunque fuese una tortura, le gustaba abrazarla así. Para intentar apaciguarse, le masajeó la tensión de los hombros mientras cortaba la llamada.

Andreas supo que no iba a gustarle en cuanto ella lo miró.

–Tengo que marcharme –susurró Ariana.

Las palabras le cayeron como piedras. Frunció el ceño e intentó hablar sin alterarse.

–¿Adónde?

–A Estados Unidos, a Colorado –contestó ella distraídamente mientras daba vueltas por el cuarto.

–No vas a marcharte a ningún lado.

–Se ha resuelto el divorcio de Rhonda –la angustia hacía que Ariana estuviese pálida como una muerta–. Su marido estaba tan desquiciado que le ha pegado. Me necesita, Andreas.

Andreas sacó su teléfono y llamó a Petra.

–Petra se ocupará de que la cuiden y vigilen durante veinticuatro horas al día. Ese hombre no volverá a tocarla.

Ella seguía pálida y tensa.

–Debería haber estado allí. Ella estuvo… cuando yo no tenía a nadie. Cuando lo necesitaba, Andreas –susurró Ariana como si no hubiese oído ni una palabra de lo que había dicho él.

A él se le puso la carne de gallina solo de pensarlo.

–Si hubieses estado allí, te habrían hecho algo. Ariana, ¿cómo es posible que no me hayas contado lo peligrosos que son tus casos? ¿Qué habría pasado si hubieses estado allí y te hubiese pegado a ti en vez de a ella?

Él pánico hizo que levantara la voz con acritud. Nunca había sentido un pánico así y no sabía dominarlo.

¿Era eso lo que pasaba por quererla? No quería ni imaginarse a Ari herida… o algo peor.

–Si quieres, podemos traerla aquí en cuanto pueda viajar. Además, mañana, a primera hora, le darás todos tus expedientes a Giannis. Quiero que un equipo de seguridad supervise los casos que aceptes en el futuro. Serías un objetivo si no se toman las medidas…

Ariana le tapó la boca con la mano y le rodeó el cuerpo con un brazo, pero él se puso rígido, rechazó su caricia y deseó poder apaciguar el ritmo acelerado de su corazón. ¿Desde cuándo tenía ese poder sobre él?

–Me perderás si coartas mi carrera profesional o, incluso, si haces algo para cambiar su curso.

Ella lo dijo en un susurro, como un ruego, como si entendiera lo que le hacía a él, como si quisiera que él confiara en lo que había entre ellos, que confiara en esa maraña de sentimientos que él sentía por primera vez en su vida… cuando, de repente, él solo quería resistirse a su asfixiante opresión, recuperar su estéril y egocéntrico ser.

–Es como si te pidieran a ti que dejaras Drakon. ¿Podrías hacerlo, Andreas? ¿Podrías hacerlo por algo en el mundo?

Él se quitó su mano de la boca con el pulso palpitándole con fuerza por todo el cuerpo.

–No.

Ella le tomó la cara entre las manos para obligarle a que la mirara, a que se enfrentara con lo que no quería enfrentarse.

–Entonces, por favor, confía en mí, confía en que haré lo que tengo que hacer, confía en que sabré cuidarme, confía en que volveré contigo.

Andreas le dio un beso en el interior de la muñeca y tomó aire. Separarse de ella era como que le arrancaran una parte de sí mismo. Sin embargo, tenía que hacerlo por los dos y por mantener un mínimo dominio de sus sentimientos.

Fuera cual fuese la enfermedad mental que había arrasado a su padre y por mucho que hubiese manipulado las vidas de sus hijos, Theos había tenido razón en una cosa; los sentimientos eran peligrosos para hombres como ellos, hombres que tenían en sus manos el destino de miles de personas, hombres que podían abusar de ese poder para organizar las vidas de las personas cercanas a ellos.

Incluso en ese momento, era muy tentador el impulso de hacer algo, de acabar con su carrera profesional, con sus casos y sus relaciones para

mantenerla a salvo, para quedársela él solo.

Sin embargo, ella le había dicho una vez, refiriéndose a él, que su carcelero era el hombre al que amaba y no volvería a hacerlo, no podía ser quien aniquilara su fuerza de espíritu.

Le soltó la mano y se dio la vuelta.

–Muy bien, vete. Te daré una semana antes de que vaya y te traiga por los pelos si hace falta.

La notó a su espalda, lo rodeó con los brazos y su risa le reverberó por todo el cuerpo.

–No puedo decidir si me gustas más como estudioso o como guerrero. Creo que me gustan los dos –Ariana le acarició el pecho y bajó las manos hasta que le palpó la erección–. Deseo a los dos.

Él se estremeció y el deseo lo atenazó por dentro.

–Eres una bruja.

Andreas se dio la vuelta y la besó con ansia. Tenía que dejar que se marchara, pero no soportaba esa debilidad, no soportaba el sudor frío solo de pensar en que no volviera.

Depositó todo lo que pudo en el beso y la estrechó contra sí con todas sus fuerzas, hasta que ella no pudo dudar que era suya.

La ansiedad se adueñó de Ariana, que sintió un temblor por todo el cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

–Ari… ¿Qué te pasa? Ari, ¿está dándote un ataque?

–No… –susurró Ari.

No podía decirle que era uno de esos momentos en los que se daba cuenta de que no tenía esperanza, de que estaba programada para hacer siempre lo que menos le convenía, de que no podía hacer nada para solucionarlo.

–Shh… Dime qué puedo hacer, Ari. En este momento, dime lo que quieres de mí.

–Solo…

Solo quería que le dijera que la amaba para que ella también pudiera decírselo a él, que se lo dijera para que ella pudiera proclamarlo a los cuatro vientos, que se lo dijera para que pudiera amarlo de verdad, sabiendo quién era él y quién era ella.

–Eres mía, Ariana. No voy a soltarte, cualquier cosa menos eso.

La risa le brotó a pesar de las lágrimas. Tenía que admirar su constancia.

–Solo… abrázame.

Él, en silencio, la abrazó con fuerza. Su piel era cálida, era delgado, pero su cuerpo era duro. Apoyó la mejilla en su pecho y oyó el corazón atronador. Nada podía compararse con que Andreas la abrazara, con sentirse diminuta entre sus brazos, con esa sensación de que todo estaba enderezándose.

En el fondo, sabía que todo estaba cambiando. Estaba enamorándose,

pero no podía evitarlo. No podía estar en su vida y resistirse. No podía estar cerca de él y oponerse a lo que significaba para ella, a lo que siempre había significado para ella.

Escondió la cara en su pecho para que él no le viera todo en los ojos.

–No me sueltes nunca –susurró ella con un escalofrío.

Tres semanas más tarde, el día de la coronación amaneció soleado. Tenía un nudo doloroso en las entrañas y los nervios de punta. Se miró en el espejo de cuerpo entero de sus aposentos.

El silencio era absoluto después del barullo que habían organizado las modistas, las peluqueras y sus ayudantes, y hasta el joyero del palacio.

Solo faltaban unos minutos para que bajara esa escalera en curva hasta donde la esperaba Andreas. Solo faltaban unos minutos para que todo el mundo viera a Ariana Drakos. Solo faltaban unos minutos para que empezara la ceremonia que coronaría a Andreas como rey y a ella como reina.

El espejo oval con marco dorado hacía que el vestido resplandeciera como si lo hubiesen tejido con hilos de oro puro. La lámpara de techo hacía que resplandecieran los diamantes de las peinetas que tenía que llevar para marcar la línea para la tiara, que era un modelo algo anticuado y parecía una corona. Esas diminutas peinetas, metidas entre el elaborado moño que se había hecho, centelleaban como si fuesen estrellas en el pelo.

Entonces, en ese momento de tranquilidad, después de horas entre maquilladores, peluqueras y sus asistentes, reconocía que tenía un nudo en el estómago, se reconocía a sí misma que eso le importaba muchísimo… como era natural.

Era el momento del que había huido en parte. Efectivamente, Andreas le había dado un motivo, pero también había tenido razón.

Ella solo había sabido huir de las situaciones difíciles.

Su padre, el rey Theos, Andreas… todos habían estado seguros de que no llegaría a nada y, hasta hacía unos meses, ella también había pensado que nunca daría la talla.

Nunca había creído en sí misma, nunca se había considerado merecedora de Andreas y de todo lo que le había ofrecido en aquel pueblecito.

Esa noche era la culminación de años siguiendo el camino que había elegido, la culminación del desengaño que había sufrido, de las dudas que la habían asaltado en los momentos más sombríos, cuando pensaba que su padre podía tener razón, que estaba condenada a ser un desastre toda su vida.

Además, esa noche su aspecto exterior coincidía con lo que, por fin, creía que era por dentro. Parecía atrevida y elegante, una mujer que había enseñado lo que era el amor al implacable príncipe heredero. Hasta ella,

que nunca le había importado mucho la ropa, tenía que reconocer que el modelo del diseñador adecuado daba confianza. El vestido largo dorado había sido una elección atrevida, su elección porque a Petra y a su propia secretaria les parecía innecesariamente provocador, demasiado radical.

A ella le importaba un rábano.

La seda dorada era tan delicada que se adaptaba de una forma muy natural a su torso y dirigía la atención hacia las pequeñas curvas de sus pechos. El cuello era recto y las mangas le caían de los hombros, que le quedaban descubiertos.

Se pasó la mano por el abdomen como si quisiera deshacerse el nudo y, atónita, se dio cuenta de algo en lo que no había pensado hasta entonces.

Desde hacía semanas, había intentado quitarse de encima los tentáculos de Drakon y sus siglos de esplendor, había fingido que se burlaba de la importancia del día, de la recepción por parte del pueblo de Drakon, de quien intentara darle una charla sobre lo importante que era; es decir, Eleni, Petra el equipo de relaciones públicas de Andreas, su propio equipo de relaciones públicas y Nikandros, a quien le pareció divertido y especialmente revelador que ella le pidiera que fuese sincero y le hablara de las mujeres que habían optado al codiciado puesto de futura reina, y de cómo quedaba ella en comparación.

Andreas había sido el único que no le había metido presión desde que ella había vuelto, Andreas había sido el único que no le había llenado la cabeza con consejos o advertencias bienintencionados, Andreas había sido el único que había dejado que fuese como era.

No le había dicho ni una vez lo que esperaba de ella. No le había preguntado si se había enterado de quiénes eran los invitados al baile, no le había preguntado si se había aprendido de memoria su declaración sobre las medidas de su marido en su nueva directiva sobre el Consejo de la Corona.

No intentó censurar los casos en los que trabajaba todos los días, casos como el de Julia o Rhonda, que incomodaban a algunos de los hombres más poderosos del mundo.

Ni siquiera hizo una pregunta jocosa sobre su vestido.

Hasta ese momento, cuando estaba lejos de la intensidad abrasadora de su mirada y de la excitación que brotaba entre ellos, no se había dado cuenta de que Andreas había confiado en su capacidad y buen juicio.

¿Se había callado sus dudas por su historia o porque de verdad confiaba en que ella saliera airosa? Fuera como fuese, a ella le daba igual. ¿Sabía él lo que significaba para ella que no la considerara inadecuada para la celebración y el boato de esa noche? ¿Se atrevería ella a arriesgarse y a contarle el último retazo del pasado que flotaba entre ellos como un fantasma?

Cuanto más esperaba para contárselo, más le costaba. Algunas veces, veía la pregunta en sus ojos, sabía que a él no le gustaba la respuesta de ella sobre formar una familia, que le molestaba que ella no confiara en él.

Sin embargo, sí confiaba, ¿no? Confiaba en que había cambiado tanto como ella, en que los dos eran distintos, en que él amaría, a su manera, a los hijos que tuvieran.

Se lo diría esa noche, después de la coronación, cuando ya hubiese pasado el frenesí de los últimos meses, cuando pudieran volver a ser Andreas y Ariana en la intimidad de su dormitorio.

Le hablaría del niño que habían perdido, de lo mucho que lo había amado. Nunca había querido con tantas ganas confiar en su intuición, y, sin embargo, nunca había estado tan aterrada.

Oyó a alguien detrás de ella y, temblando de los pies a la cabeza, se dio la vuelta. Giannis la miraba de arriba abajo con una sonrisa de oreja a oreja.

–Es la hora, Alteza –le comunicó él con un gesto de la cabeza que indicaba aprobación de todo lo que veía.

Ariana se dirigió hacia él con la cabeza muy alta y, sin poder dominar el impulso, se dejó caer en sus brazos. Giannis, que era un buen hombre, no solo la abrazó, sino que le acarició tranquilizadoramente la espalda.

Ella se incorporó y asintió con la cabeza agradecida por tener un amigo que lo veía y lo entendía todo.

Estaba preparada para entregarse a Drakon y su rey.

Ariana se dio cuenta de que algo iba mal en cuanto bajó la enorme escalera y miró a Andreas a los ojos.

Se tropezó en el último escalón y él la agarró con tanta fuerza que estuvo segura de que tendría moratones en las caderas a la mañana siguiente. Algo de lo que él no se había enterado, supo ella. La miró de los pies a la cabeza y todo el cuerpo le palpitó por el brillo posesivo de sus ojos.

Sintió una mano frío en la espalda.

Lo sabía. Por algún motivo, sabía lo que ella le había ocultado.

–Andreas, yo…

–¿Sabías que me han preparado toda mi vida para este momento? –a ella le asustó el tono tenso de su voz–. He han aleccionado para ser el rey de Drakon, ha sido mi única obligación en la vida, mi único cometido… y en este momento, cuando ha llegado el día, lo has destrozado todo, Ari, hasta la confianza en mí mismo.

–Andreas, espera, por favor. ¿Cómo te has enterado?

–A uno de mis asistentes le pareció una buena idea cerciorarse de que no había sorpresas en tu pasado. La prensa acaba encontrando esos secretos y mi equipo siempre intenta ir un par de pasos por delante de ellos. Imagínate el trago que pasó el pobre hombre cuando tuvo que traerme el informe del hospital… ¿Puedes imaginarte lo que me has hecho?

Las horas siguientes fueron las más atroces de su vida. Ni los castigos de su padre ni el dolor del parto prematuro y de no saber si su bebé y ella

saldrían adelante podían compararse con el horror de tener que sonreír a personas que no conocía y que le daban igual. Además, Andreas ni la miraba y nada podía sofocar el temor de haber destrozado su propia felicidad, una vez más, con sus propias manos.

Sin embargo, cuando normalmente se habría desmoronado y habría gritado por lo injusto que era todo, se mantuvo recta como una vela al lado de Andreas mientras saludaba con la mano a las miles de personas que habían acudido debajo de las murallas del palacio real.

No dejó de sonreír ni un segundo cuando recorrieron las calles de la ciudad en un coche blindado y tampoco dejó que se le notara la tensión que le atenazaba las entrañas mientras posaban para las fotos en el exterior del palacio.

Cuando vio a Maria Tharius, la encarnación de la dignidad, la paciencia y de todas las virtudes que ella no tenía, que hablaba con Andreas, quien se mostraba muy relajado con ella, no se puso a despotricar como una histérica.

La única vez que creyó que iba a humillarse a sí misma y a la Casa de Drakos fue cuando fueron al salón de baile. El cuarteto de cuerdas empezó a tocar y Andreas y ella tenían que abrir el baile que se celebraba en su honor. Por unos segundos aterradores, creyó que él no iba a sacarla. Había quinientos invitados que los miraban como buitres dispuestos a despedazarla. Si él no la sacaba a bailar… Sintió una náusea.

Resopló cuando por fin se separó de Maria Tharius y se puso delante de ella sin dejar de sonreír. Solo el brillo gélido de sus ojos delataba lo que sentía.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar una sonata y él, con una elegancia natural que ella debería haber esperado, la llevó a la pista de baile. El alma se la cayó a los pies cuando la abrazó como si fuese el objeto más valioso de la tierra.

Sus cuerpos, que siempre habían encajado como dos piezas de un rompecabezas, se movieron perfectamente sincronizados y no tuvo que mirar alrededor para saber que habían captado la atención de todo el mundo. No tendría que leer los resúmenes de prensa del día siguiente para saber que el rey y la reina de Drakon estaban locamente enamorados, algo que no había pasado en toda la historia.

Cuando terminó el baile y se oyó una ovación atronadora, él la besó de una forma que contrastaba radicalmente con lo que indicaba el protocolo. Solo ella, con una opresión dolorosa en el pecho, sabía lo que era.

No era pasión, estaba castigándola con el beso. Con los dedos en el sofisticado moño, la devoraba en la pista de baile y la sometía como a una esclava.

Ella, aunque sabía lo que pretendía, se mantuvo aferrada a él con la respiración entrecortada y el cuerpo dolorosamente excitado, una excitación más despreciable todavía por lo que él le comentó al oído.

–Bienvenida a nuestra futura vida, mi reina. Nunca dejará de asombrarme lo dulce que sabes cuando estás llena de las mentiras más amargas. No está mal cuando lo único que queda entre nosotros son las mentiras y el deseo. Al menos, concebir a nuestro hijo no será una tarea aborrecible.

Sus palabras se clavaron en ella como unas espinas dentadas.

–¿De qué estás hablando?

–Me importa un comino tu calendario, Ari –contestó él con una mirada despiadada–. Tendremos hijos y los tendremos cuando a mí me apetezca. Sonríe, Ariana. Te has ganado a todo Drakon con tu perfecta representación. Alguien debería beneficiarse del sórdido juego que juegas con nuestras vidas.

Ariana se tragó las lágrimas y el dolor que le habían causado sus palabras y se dio la vuelta para sonreír a los invitados. Sonrió hasta que le dolieron las mandíbulas y hasta que el nudo de la garganta le cortó la respiración.

Andreas era un político consumado. Había sido un beso del que hablarían generaciones enteras de habitantes de Drakon, sería el romance del siglo entre su rey y su reina. El giro que había querido dar Andreas para empezar su reinado había salido a la perfección. Todo el mundo se creería su historia de amor.

Capítulo 11

HABÍA PASADO medianoche cuando Ariana, Andreas, su hermano y su hermana consiguieron despedir al último invitado. Como le había dicho Andreas a Ariana, la velada había sido un éxito rotundo. Drakon y la flor y nata de su sociedad se había tragado hasta el fondo la historia de su amor. Habían visto lo que habían querido ver, a su imperturbable rey, hecho a imagen y semejanza de su padre, irremediablemente enamorado de su hermosa esposa.

Era el material perfecto para un cuento de hadas y a los habitantes de Drakon les encantaban esas historias.

Él había cumplido con su obligación respecto a Drakon. Más aún, había dado a sus habitantes un motivo de ilusión después de décadas del reinado frío e impersonal de su padre.

De alguna manera, había conseguido contener su genio intempestivo. No, no había sido de alguna manera. Lo habían programado para actuar así, para anteponer sus obligaciones hacia la Corona y hacia Drakon a cualquier otra cosa. Lo habían programado hasta el punto que, para él, era natural sofocar los sentimientos, fingir que no había pasado nada incluso cuando leía el informe, frío y aséptico, de lo que había sufrido su esposa de dieciocho años.

Había averiguado que no solo estaba embarazada cuando lo abandonó, sino que había estado a punto de morir cuando dio a luz a su hijo, a su hijo ya muerto, en un pueblecito dejado de la mano de Dios a los pies de la Montañas Rocosas y completamente sola… y era una imagen que no podía borrársele de la cabeza.

Aun así, había actuado como el autómata que se sentía algunas veces.

Ni siquiera Nik o Eleni habían sospechado algo mientras deliberaba con los ministros del Gobierno o los miembros del Consejo de la Corona.

Sin embargo, en ese momento, en el silencio estruendoso del sombrío palacio que había sido una prisión en muchos sentidos, sentía otra cadena alrededor de los tobillos, una sensación de irrealidad absoluta se adueñaba de él. Como si tuviese algo por dentro que estaba desconectándose de todo lo que lo había atado siempre.

Subió las escaleras de tres en tres, pero no podía escapar de lo que estaba rompiéndose dentro de él. Arrastrado por un torbellino de sentimientos que no había sentido jamás, ni había entendido, irrumpió en sus aposentos y se quedó inmóvil.

Las enormes puertas rebotaron y se cerraron de golpe por la fuerza con

las que las había abierto.

Ariana, con ese vestido dorado que se deslizaba por cada curva de su sensual cuerpo, estaba apoyada contra la inmensa cama, su perdición y su salvación se mezclaban en esos afligidos ojos marrones… como si ese fuese el sitio donde tenía que estar.

Durante un minuto, incluso en ese momento, solo pudo mirarla fijamente como si así quizá pudiera dejar a un lado otras imágenes atroces de ella.

Nunca había estado tan increíblemente hermosa, tan dueña de sí misma y perfecta.

No era de extrañar que la prensa y sus muy escrupulosos invitados se hubiesen tragado la historia que les habían contado. Ariana, con esa mezcla cautivadora de seguridad en sí misma e inocencia, de fuerza y vulnerabilidad, hacía muy fácil creerse que cualquier hombre, incluso él, que tenía el corazón de piedra, se enamoraría perdidamente de ella, que cualquier hombre se olvidaría de las convenciones y el decoro para poseerla. Además, no se trataba solo del aspecto que había tenido ese día, era cómo se había ganado a la gente. Ni toda la preparación de su equipo de asistentes habría conseguido mejorar el producto original, habría conseguido que hablara con más pasión de servir al pueblo y de acompañar a su marido para que Drakon volviera a salir victorioso de la pasada década de declive.

Contra todo pronóstico, estaba claro que Ariana había aceptado por fin a Drakon, que por fin había aceptado el papel que él siempre había querido asignarle. Se había convertido en todo lo que Theos había querido que fuese la futura reina.

Algo en su interior volvió a gritarle que había estado a punto de morir. Era como si tuviese que revivir aquella pérdida que casi acabó con él cuando volvió de la cumbre sobre el petróleo. En su cabeza veía imágenes de ella, pálida e inconsciente, en un hospital destartalado y rodeada de desconocidos. Sola y atemorizada, pero dispuesta a no volver con él le costara lo que le costase, condenándolo a una vida de soledad y privándole de la poca alegría que ella le había dado.

–Vete de mis aposentos.

–No voy a irme a ningún sitio –todo el cuerpo de Ariana irradiaba firmeza y algo más–. Nunca más. Iba a habértelo contado hoy. Guardármelo estaba matándome. Por favor, créeme que iba a decírtelo hoy.

–Tus palabras ya no significan nada para mí.

La intensidad de la furia que estaba adueñándose de él y de la traición que sentía amenazaba con hacer que cayera de rodillas. ¿Era eso lo que había temido hacía diez años? ¿Había sabido siempre que ella lo reduciría a todo lo que su padre había intentado eliminar de él con todas sus fuerzas? ¿Había sabido Theos que Ariana tendría la capacidad de ponerlo de rodillas de esa manera?

Ella se rodeó el cuerpo con los brazos y se tambaleó levemente.

–No. Quiero hablar de esto.

Él, sin hacerle caso, se dirigió hacia su armario, pero ella le cerró el paso. Andreas inhaló su olor como un drogadicto.

–Déjame pasar, Ariana.

Ella se quedó dónde estaba con una tensión que le brotaba por todos los poros.

–Si no te apartas, no respondo de lo que pueda hacer.

–No me das miedo, Andreas. Me daba miedo… lo que llegaría a ser, lo que llegarían a ser nuestras vidas si me quedaba. Era inmadura y alocada.

–Nada de lo que digas o hagas hoy va a cambiar lo que siento.

Ella dejó escapar una risa entrecortada que se pareció más al sonido que haría un animal acorralado.

–Si hubiese sabido que solo tenía que soltar esta última y amarga verdad para que tú hablaras de tus sentimientos, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Andreas, dominado por la ira, la arrinconó con su cuerpo contra la pared.

–¿Puede saberse qué te pasa que bromeas con algo así? ¿Cómo te atreves a burlarte de mí por haberme ocultado que esperabas un hijo mío y… –Andreas notó como si tuviera cristales rotos en la garganta– y casi mueres en el intento?

Ella, por fin, debió de captar algo de lo que estaba sintiendo él porque abrió mucho sus ojos marrones, aunque solo duró unos segundos antes de que levantara la barbilla y lo mirara directamente a los ojos.

–Lo viví, Andreas, sé lo que sufrí –los ojos se le empañaron de lágrimas que empezaron a caerle por las mejillas–. El remordimiento de que todo ocurrió por culpa mía, el dolor que me asfixió durante meses… Eso no se me pasará en toda la vida –Ariana se secó las mejillas con el dorso de las manos y tragó saliva–. No defiendo la decisión que tomé entonces, yo era…

–¿Una mentirosa patológica? ¿Una mujer incapaz de pensar con madurez?

–Cuando descubrí que estaba embarazada, tú acababas de prometerte a otra mujer. Piénsalo, ya había firmado los documentos que deshacían nuestro matrimonio. Si hubiese vuelto, si te hubiese dicho entonces que estaba embarazada, habrías hecho que mi vida fuese un infierno. Amarte sin recibir nada a cambio ya estaba medio matándome. No fue culpa mía que me quedara embarazada cuando era lo peor que podía pasarnos. Tú tuviste la culpa de creer que nuestra relación inestable se arreglaría con un hijo.

Las palabras que salían de su boca eran verdades que le clavaban las garras en las entrañas.

–Te pedí que dejaras de tomar la píldora porque era la única manera

que tenía de convencer a Theos para que te aceptara. Sabía, en el fondo, lo que estaba haciéndote él. Veía tu mirada abatida, veía lo apagada que estabas, creía que estaba perdiéndote. Si te quedabas embarazada, podría convencerlo, podríamos darnos una oportunidad el uno al otro…

Ella apretó los labios con fuerza por el pasmo.

–Entonces, mis alternativas eran o perderme o convertirme en un vientre reproductor para ti.

–En aquel momento, sí, no servías para nada más. Esas eran las alternativas si quería conservarte en mi vida.

Ella dio un respingo, pero a él le dio igual. Solo le importaba hacerle hecho tanto daño como le había hecho ella a él, solo le importaba mitigar el dolor que lo desgarraba por dentro.

Sin embargo, no era ni frágil ni endeble aunque él la tuviera arrinconada. Algo le resplandeció en la cara, como si volviese a tener luz por dentro, como si fuese aquella chica que podía conquistar cualquier cosa con su voluntad de vivir, con su risa.

–¿Qué me dices de algo tan sencillo como que me amabas como era, que me necesitabas en tu vida tal como era? ¿Qué me dices de haberte enfrentado al poderoso rey Theos y haberle dicho que estabas tan enamorado de mí que no podías seguir sin mí, que a pesar de su crueldad y de sus intentos de convertirte en piedra sentías todo eso por mí, que… que me amabas y que eso te desequilibraba, te desconcertaba tanto que intentaste apartarme en cuanto volvimos? Que, al fin y al cabo, eres humano, Andreas.

Tenía un regusto amargo en la garganta. Estaba perdida si había creído que la había amado.

–Vaya, te he arruinado la vida, Ari. ¿Es eso lo que has estado intentando decirme desde hace semanas? Si quieres llamarlo amor, estás tan fastidiada como lo estoy yo. ¿No lo entiendes?

–Te amé muchísimo y lo que hizo que me marchara fue tu incapacidad para sobrellevar lo que sentías por mí… tu incapacidad para aceptarlo tal como era. Lo que me aterraba de volver era el destino de volver a convertirme en mi propia madre… de morirme todos los días un poco por dentro.

Andreas se dio la vuelta y se apartó de ella, le dolían los pulmones solo de respirar. ¿Era porque, incluso en ese momento, no podía asimilar y aceptar sus propios sentimientos?

Ella se pegó a su espalda con el cuerpo tembloroso.

–Me daba miedo lo que tu padre y tú le haríais a nuestro hijo. Me daba miedo que, si volvía contigo, vosotros…

Él se dio la vuelta con una mueca de dolor. No podía encajar más, pero ella estaba decidida a hacerle pedazos, estaba decidida a demostrar que él tenía algo que era digno de amar.

–Nosotros, ¿qué?

–Me aterraba que el rey Theos y tú repitierais la historia, que fuera otra persona controlada por tu padre. Me aterraba que convirtieras a nuestro hijo en… otro tú, que yo, como mi madre, no tuviese nada que decir en la formación de nuestro hijo. Me quedé lejos por el bebé, Andreas.

La cruda realidad de sus palabras acabaron con el poco dominio de sí mismo que le quedaba y la besó porque no pudo evitar el miedo que se adueñaba de él, no pudo encontrar la manera de dominar la rabia, la desesperación y, sobre todo, ese dolor que lo corroía por dentro.

Ella tenía razón. Theos lo había convertido en eso y ya no podía hacer nada. No podía amarla, seguía sin poder ofrecerle nada.

Toda la ira que sentía contra sí mismo, contra su padre y contra Ariana se había transformado en esa necesidad incontenible de poseerla. Era la única vez en toda su vida que había sentido algo, lo único que seguía teniendo en la vida, lo único real y constante en ese mundo tambaleante.

Dio todo lo que había sentido en su vida en ese beso, la besó con desesperación, como si fuese aire y fuese a desvanecerse si la soltaba. Su boca era dulce y delicada, como una caverna cálida y acogedora, un sitio donde siempre había encontrado algo que no había sabido que estaba perdiéndose.

–Andreas, por favor…

Dejó escapar un sollozo cuando él introdujo las manos entre su pelo y tiró con fuerza. Ya no tenía dominio de sí mismo ni le importaba. Entrelazó la lengua con la de ella mientras la metía y sacaba. Cuando más la besaba, más quería.

Sabía, vagamente, que ella quería hablar, que tenía más que decir, pero él no quería oír nada, no quería oír excusas, no quería oír más acusaciones aunque sabía que casi todo lo que decía era verdad. Solo quería dejarse arrastrar por las sensaciones.

Por eso, le mordió el labio inferior cuando intentó discutir, le lamió los labios cuando sollozó, introdujo la lengua en su boca cuando gimió, le acarició todo el cuerpo cuando se contoneó contra él.

En algún momento, ella había dejado de intentar que la escuchara y había empezado a entregar todo lo que tenía. Sus manos le quitaban la chaqueta del traje, le clavaba las uñas en la nuca, le agarraba los glúteos con los dedos…

Él se rio sobre su boca y fue un sonido amargo. Se había olvidado de lo mucho que le gustaba a ella su cuerpo, de todas las horas que había pasado besándoselo y lamiéndoselo.

El deseo se llevó por delante el sentido común, la tomó en brazos y fue hasta la enorme cama. Las puertas acristaladas estaban abiertas y podía oír a los empleados que iban y venían por el patio, pero le daba igual, solo quería estar dentro de ella.

La devoró y ella lo devoró a él, estaban tan concentrados el uno en el otro que el mundo exterior se disolvió.

–Andreas… no me has dejado terminar. Por favor, déjame…

Sus manos buscaron y encontraron la cremallera del vestido y se la bajó un poco antes de desgarrarla. Le soltó el sujetador y le tomó los pechos con las manos. Los pezones se le endurecieron cuando los acarició con los nudillos. La tumbó en la cama y el pelo, como cobre bruñido, se extendió sobre las inmaculadas sábanas blancas.

Solo una tira de seda lo separaba de esa calidez que necesitaba. Había necesitado eso desde que a Theos se le escapó que estaba viva. Solo había sido así con ella, como un animal que se dejaba llevar por el instinto y no por la razón. El deseo acumulado durante años explotó dentro de él.

Veía muchísimas cosas en su cuerpo, todas las que le había entregado ella con su generosidad y todas las que había hecho él…

Se le borraba el dolor solo de mirar su impresionante cuerpo, el dolor por lo mucho que habían perdido. El miedo… ese miedo corrosivo a que siguiera siendo el mismo hombre, a que volviera a destruirla.

Le quitó la liviana prenda de seda con una avidez vertiginosa.

La curvas tersas del trasero, la hendidura de la cintura, el arco de la columna vertebral, los músculos largos y tensos de los muslos, los brazos fibrosos que había extendido debajo de ella, los dedos que se hundían en las sábanas sedosas…

La miró de arriba abajo como un hombre hambriento que miraba un festín… es noche no sabía lo que era la piedad.

Ella apoyó la cara en una mejilla y se miraron a los ojos. Los de ella tenían lágrimas que no había derramado y que hacían que parecieran más grandes. Los labios estaban inflamados y eran de un rosa voluptuoso.

Los estremecimientos de su cuerpo hacían que él también hubiera podido parecer un depredador que sujetaba a su presa.

Así, expuesta a él de esa manera, debería haber parecido por lo menos frágil, pero sus ojos tenían un brillo que lo retaban a que la tomara así, a que siguiera ese camino explosivo al que los había llevado aunque ella vibrara como una cuerda afinada ante el más mínimo de sus contactos.

–*S'agapo*, Andreas. Mucho, siempre…

Lo amaba… Sus palabras lo abrasaron como latigazos en la piel desnuda, como ríos de lava que arrasaban todo lo que encontraban a su paso. El significado verdadero de esas palabras lo aterraban, lo ataban cuando quería alejarse.

Solo una vez, se prometió a sí mismo. La tomaría solo esa noche, se deleitaría con esas palabras solo una vez.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se bajó la cremallera y se quitó los pantalones y los calzoncillos. La erección quedó libre y captó algo en sus ojos, anhelo o miedo, aunque le dio igual lo que fuese. También oyó que se le aceleraba la respiración.

La erección aumentó ante el ansia de su mirada y se quitó la camisa con un gruñido que no pudo contener.

–Separa las piernas, *agapi mu* –susurró él.

Ella obedeció como una esposa dócil y complaciente y él se inclinó sobre ella. El contacto de los cuerpos fue como una descarga eléctrica. Ella era como un tejido de seda bajo su curtido pecho. Sus glúteos eran una tentación para su miembro pétreo. Ella intentó moverse contra él, pero la agarró de las muñecas.

Dejaban escapar unos sonidos roncos, una sinfonía de deseo incontenible. Les bullía la sangre con sensaciones que habían olvidado hacía mucho tiempo y sus cuerpos redescubrían cosas que no habían redescubierto sus cabezas.

Le encantaba tenerla así, necesitaba esa sumisión de una mujer que lo desafiaba constantemente, quien le alteraba su mundo una y otra vez. La necesitaba dispuesta y anhelante debajo de él porque era la única situación completamente sincera entre ellos, en la que ella no podía ocultarle nada, en la que no podía esconderse detrás de mentiras, en la que él era suficiente para ella.

Le clavó los dientes en el hombro y ella se contoneó contra su verga con un gemido.

–Más, Andreas… Todo lo que puedas darme.

Las sábanas susurraron alrededor de ellos mientras él le mordisqueaba y lamía algunos sitios más de la espalda. Su erección entre los dos cuerpos era como acero recubierto de terciopelo.

Ya estaba gimiendo y agarrándose a las sábanas cuando él introdujo una mano entre sus piernas. La húmeda calidez recibió sus dedos y se retorció debajo de él, intentó arquearse contra su mano para encontrar el ritmo que la… aliviara.

La acarició sin prisa, la abrió e introdujo los dedos, pero nunca le dio el ritmo que ella buscaba, la provocó hasta que la redujo a manojo de sensaciones palpitantes debajo de él.

Hasta que, con un movimiento repentino, se movió y se quedó mirándolo.

–Andreas, por favor, no me trates como si solo fuese un cuerpo para ti.

–Es lo que eres, Ariana. Esto es lo único que puedo darte. Nunca te he dado otra cosa, *agapi mu*. ¿Cuándo aprenderás?

–¡No! –exclamó ella.

Lo besó con ansia, con los pechos pegados a sus brazos y las piernas entrelazadas con las de él. Lo besó como si así quisiera tenerlo agarrado.

–Estaba equivocada –susurró ella dándole besos por toda la cara–. Ahora somos distintos, Andreas. Tenemos una oportunidad y yo no…

La calló con un beso, le separó las piernas con las rodillas, la agarró de las caderas y entró con una acometida profunda, sin esperar ni avisar.

Su ceñida y cálida abertura lo rodeó como un guante, como si no se hubiesen separado nunca, como si no fuesen dos, como si fuesen uno en ese momento y en ese lugar.

Le acarició un pecho. El pezón endurecido contrastaba con la delicadeza tersa que lo rodeaba. El placer le atenazaba las entrañas y sintió un estremecimiento por toda la espalda. Arrastrado por lo que le exigía el cuerpo, salió y volvió a acometer lenta y firmemente hasta que el cuerpo de ella empezó a deslizarse por encima de las sábanas. Las sensaciones se adueñaban de él, le borraban el dolor, el remordimiento y la traición, era lo único que podía hacerle olvidar la impotencia que sentía.

Entraba y salía con la boca en su cuello, la marcaba, la hacía suya en todos los sentidos. Era perfecta debajo de él, alrededor de él, era la única mujer que había conseguido que no se sintiera solo, que había conseguido que soñara que no tenía que estar solo.

«*S'agapo*, Andreas. Mucho. Siempre».

Esas palabras se burlaban de él, cargaban el momento con muchas más cosas que la mera carnalidad.

Le rodeó el cuello con una mano y la incorporó hasta que su sexo lo sintió plenamente con cada acometida. Aceleró el ritmo mientras el cuerpo de ella se tensaba alrededor de él, sus músculos se contraían y distendían alrededor de su erección y se arqueaba… hasta que llegó al orgasmo con un gemido y con los ojos abiertos clavados en los de él, retándolo a que le quitara importancia a ese momento.

La pasión de sus ojos lo llevó más allá del límite. Arrastrado por el deseo, entró con unas embestidas desenfrenadas y el clímax fue violento, explosivo, lo desbordó como una oleada a la que no podría sobrevivir. Esa conexión entre ellos siempre había hecho que todo mereciera la pena, había hecho que todo cobrara sentido.

Se quedó inmóvil con el corazón acelerado, se quedó dentro para no renunciar a su calidez y vibró con los espasmos posteriores al orgasmo que todavía recorrían el cuerpo de ella. El olor a sudor y sexo era inconfundible. No podía alejarse aunque eso era exactamente lo que había pensado hacer, lo que todavía pensaba hacer.

Capítulo 12

CUANDO ARIANA se despertó, ya había amanecido. A pesar de las persianas, podía ver que el mundo ya estaba en marcha. Sentía un dolor maravilloso en cada centímetro del cuerpo y tenía una pierna musculosa por encima de ella. La enorme camiseta que llevaba puesta estaba subida hasta debajo de los pechos por el brazo que le rodeaba la cintura y que la estrechaba contra los graníticos músculos que tenía detrás.

Intentó ponerse más cómoda y contuvo la respiración por el escozor desconocido que sintió entre los muslos.

Recordó de repente la noche anterior e, instintivamente, miró el atractivo rostro moreno. Tenía el otro brazo debajo de la cabeza y mostraba el bíceps en todo su esplendor. Tenía algo de ojeras hasta dormido, parecía como si todo el peso del mundo recayera sobre sus hombros.

¿O era el peso de las mentiras de ella? ¿Lo habría perdido para siempre?

Hasta ese momento, cuando ya era tarde, no se había dado cuenta de lo devastadoras que habían sido sus mentiras y su cobardía.

Sin embargo, el escozor palpitante entre las piernas y los ligeros moratones indicaban otra cosa. Le había aterrado que él la hubiese rechazado.

Sabía que Andreas jamás había perdido completamente el dominio de sí mismo, hasta la noche anterior. No hizo el amor con delicadeza, mejor dicho, ni siquiera hizo el amor, fue sexo primitivo, posesión, como si hubiese querido arrebatarle algo.

Había sido su incapacidad para alejarse de ella ni siquiera en los peores momentos de sus vidas.

Sus mordisqueos en los puntos más sensibles de su cuerpo, las emociones que se reflejaban en sus ojos, aunque fueron unos destellos tan fugaces que ella casi no los captó, sus acometidas frenéticas sin importarle si le hacía daño o no… Ariana se deleitó con todas las sensaciones dolorosas de esa mañana. Había deseado, había necesitado con toda su alma, cada una de las sensaciones que había despertado en ella, le habían encantado todos y cada uno de los minutos.

Eso significaba que todavía podía agarrarse a un hilo de esperanza, que Andreas no podía contenerse a pesar de lo que consideraba la mayor de las traiciones.

Se acordó vagamente de que la había llevado a la ducha, de que la había lavado mientras ella no podía moverse con el cuerpo dolorido, de que la

había envuelto en una toalla, la había llevado a la cama y la había vestido con una camiseta suya.

También se acordó de que cuando había pensado que la abandonaría, se había aferrado a él, de que había sabido, subconscientemente, que lo perdería si le dejaba que se alejase. Le había rogado que se quedara con ella al menos hasta que se quedara dormida, le había rogado que le concediese una noche.

El pelo moreno le cubría la frente. Necesitaba afeitarse y dormir, por ese orden. Necesitaba que lo amaran y que le demostraran que también podía amar.

Le pasó unos dedos por el mentón y el afilado borde de la nariz. El olor a sexo y a él flotaban en el aire, eran como un ancla que ella necesitaba en medio del caos que había creado.

Dominada por la inquietud, pasó las manos por la piel cálida que se tensaba sobre los fibrosos músculos. Cada centímetro de él era valioso para ella, cada centímetro de él era un mapa para su propia felicidad.

Posó la boca en su pecho y escuchó el apacible tronar de su corazón. Empezó a susurrar cosas que no tenían sentido y que, aun así, lo significaban todo para ella, cosas que debería haberle dicho antes sobre su vida en Colorado, días cuando lo había echado tanto de menos que le había dolido físicamente, noches cuando lo había anhelado entre los brazos, incluso durante las últimas semanas.

Algunas veces, durante la semana pasada, cuando lo único que había querido hacer era entrar en su dormitorio y subirse a su cama, cuando lo único que había necesitado había sido estar entre sus brazos.

En un momento dado, las palabras habían empezado a brotar sin orden ni concierto y el cuerpo de él había perdido esa languidez somnolienta. La tensión se palpó en el ambiente, pero la placidez de su respiración fue el único indicio de que había empezado escuchar sus palabras.

Siguió hablando sin mirarlo a los ojos, porque estaba aterrada de que pudiera marcharse. La oscuridad y la intimidad física también ayudaban. Acariciarlo una y otra vez la ayudaba a mantener la cordura, como si eso fuese lo único que tenía para mantenerlo allí.

Estaban de frente y ella le hablaba a su pecho, le decía lo que debería haberle dicho en cuanto lo vio delante de la iglesia, en cuanto se dio cuenta de que sin él siempre estaría incompleta.

No estaba segura de que estuviese escuchando, pero siguió hablando con la garganta ronca y el cuerpo dolorido.

–Cuando me di cuenta de que se me había retrasado la regla mucho más de lo habitual, estaba embarazada de tres meses. Yo… me hice distintas pruebas y todas dieron resultados positivos –él estaba tan tenso que se quedó frío y ella temió que la empujara en cualquier momento para apartarla–. Yo… debería haberme quedado aterrada, pero no lo estaba. Ya sé que lo considerarás otro rasgo de inmadurez, pero no lo era. Sentí una

relación inmediata con el bebé. Sentí… como si por fin tuviera una parte de ti conmigo, solo para mí, algo que no podría arrebatarme nadie, ni siquiera tú. Ya… Ya había encontrado un apartamento. Hasta ese momento, me había negado, orgullosamente, a emplear el dinero que me había dado Theos, pero aquella noche fui al banco y comprobé mi cuenta. Durante meses, solo comí, dormí y esperé. Estaba decidida a cuidarme. Engordé mucho… –añadió con la garganta encogida por el recuerdo–. Todo iba sobre ruedas hasta que una tarde se torció. Rhonda me llevó al hospital porque había empezado a tener dolores y no había indicios de que fuesen a cesar. Me dejaron fuera de combate con medicamentos y cuando desperté… –sus lágrimas fueron como gotas de ácido sulfúrico en el pecho de Andreas–. Grité al médico y le preguntaba quién había decidido que mi vida era más valiosa que la de mi hijo. Estaba histérica. Me dijeron que no había tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. Yo me empeñé en verlo y me desmoroné a ver aquel bulto diminuto.

Los sollozos empezaron a brotarle de lo más profundo del cuerpo y no pudo pararlos, como no podía parar de respirar. Andreas la rodeó con un brazo y la estrechó contra el pecho con todas sus fuerzas. La calidez de su cuerpo era como una manta que la abrigaba y tranquilizaba. Era exactamente lo que había necesitado durante mucho tiempo. Ese dolor también era de él y le había privado de sentirlo porque… había tenido mucho miedo de que él nunca la amara.

–Shhh… *agapi mu* –susurró él por fin con una voz ronca y temblorosa–. Yo habría hecho lo mismo si hubiese tenido que decidir, Ari, habría elegido tu vida.

–Hice todo lo que tenía que hacer, Andreas –aseguró ella porque necesitaba su perdón por encima de todo–. Tuve cuidado, comí bien, di paseos, dormí mucho, fui a ver al médico cada vez que notaba algo, pero, aun así, no conseguí protegerlo. Yo… nunca quise…

Él tenía los dedos clavados en su brazo, pero también la abrazaba.

–Ari, escúchame. Él… no pudo salir adelante, pero no fue culpa tuya, ¿lo entiendes? Todo lo que dije sobre que eras alocada… Puedo entender lo mucho que debiste de amar el bebé, ya sé cómo amas, *agapi mu*.

Ariana levantó la mirada con el corazón acelerado. El dolor hacía que los rasgos de su rostro fuesen más duros y, por primera vez desde que lo había conocido, sus ojos tenían un brillo de emoción.

–¿Cuánto… tiempo estuviste inconsciente?

Ariana se dio cuenta de que la noche anterior él había tenido mucho miedo por ella, lo notó en sus movimientos frenéticos y en que había perdido todo el dominio de sí mismo. Lo que había leído en aquel informe médico le había bastado para imaginarse lo que había pasado.

–Dos días. Dijeron que había perdido demasiada sangre.

Él asintió con la cabeza y con la mirada perdida en el infinito, una mirada que ella conocía bien, la mirada del distanciamiento, la mirada de

que sofocaba todos los sentimientos porque no sabía qué hacer con ellos. Su mirada de retraimiento.

–Una tarde, cuando me habían dado el alta, cuando había vuelto a mi apartamento, me senté con el teléfono en la mano y empecé a pasar un dedo por encima de los números. Jamás… Jamás me habían sentido tan sola en el mundo. Ni siquiera cuando fueron a nuestra casa y me dijeron que mis padres habían tenido un accidente de coche.

–Yo… quería verte como fuera, quería que me abrazaras, quería tirar la toalla y que me convirtieras en lo que quisieras que fuera. Cualquier cosa me parecía mejor que lo que había hecho con mi vida.

–¿Por qué no lo hiciste, Ariana? ¿Por qué no me llamaste? ¿No confiabas en mí?

–Para entonces, ya no quedaba nada, todo eran cenizas y yo… Yo me daba cuenta de que tenía que pasar página, tenía que darle sentido a mi vida y cambiar cómo la había vivido. Siempre utilizaba el rechazo de mi padre como una excusa para arruinar mi vida, para hacer lo que quería. Me di cuenta… de que estaba dándole la razón y esa noche decidí que no dejaría que la tuviera. A la mañana siguiente, Rhonda me consiguió un trabajo en la asesoría y no volví a mirar atrás.

–Lo capté en tus ojos en cuanto te vi, supe inmediatamente que habías cambiado.

Ariana asintió con la cabeza y con cierto desaliento por lo poco… enfadado que parecía, como el Andreas de siempre, como si hubiese pasado por toda la variedad de sentimientos, desde la furia al dolor, y hubiese vuelto el estado de no sentir nada.

–Creo que una parte de mí murió con nuestro hijo. Yo… quise no volver a amar así, quise no volver a sentir ese dolor. Pensé…

Ella le tomó la cara entre las manos como si necesitara que la entendiera.

–Andreas, cuando me encontraste delante de la iglesia, iba a llamar a Magnus para cancelarla.

La miró con un destello de cautela y algo más en los ojos oscuros.

–¿Qué ibas a cancelar?

–La boda. Me di cuenta de que no podía hacer eso, de que después de todo lo que creía que tenía que cambiar en mí, nada importante había cambiado. Sabía que tú ibas a comunicar tu compromiso con… que ibas a comunicar que habías elegido esposa. Tú… serías rey y tendrías una reina. Daba igual que lo supieras o no, que estuvieras en mi vida o no, pero todavía tenías una parte de mí, todavía tenías mi corazón después de tantos años.

Ariana notó que la tensión le vibraba por todo su cuerpo granítico, que cada centímetro de él la rechazaba y quería alejarse de ella. Ese gesto tan instintivo hizo que sintiera un escalofrío de miedo.

Él siempre había querido su amor, incluso, hacía una semana habría

apostado que lo recuperaría. En ese momento, solo veía un vacío en la mirada de él, una resignación que la desgarraba.

–Yo… me di cuenta de que, después de todo, no quería esa vida feliz, segura y adulta que creía que tendría con un buen hombre, de que me habías incapacitado para cualquier otro hombre.

–Ariana… –le advirtió él.

Ella le puso un dedo en los labios.

–No estaba preparada para reconocértelo cuando apareciste, no estaba preparada para reconocérmelo a mí misma, pero yo… Yo no había dejado de amarte. Te amo, Andreas. Siempre te he amado. Yo solo… necesitaba ser digna de ti, digna de estar a tu lado, de reinar en Drakon. Antes de que pudiera entender plenamente lo que significaba amarte, necesitaba ser algo más que el desastre que mi padre creía que era.

Se hizo un silencio estruendoso que fue alargándose. Era como si ella intentara aferrarse a ese momento, como si quisiera congelar el tiempo, que se empeñaba en alejarse de ella.

–Andreas, por favor, di algo. Insúltame, enfurécete conmigo.

Él, apartándose de ella e incorporándose en la cama, se tapó la cara con las manos y resopló.

–Lo que tenemos, esto, nunca será suficiente, Ariana. Podríamos aceptarlo.

–La decisión es tuya –replicó ella con el regusto amargo del miedo en la boca.

–¿Qué decisión?

–Si quieres quedarte conmigo o no.

Sus ojos negros se convirtieron en unas manchas opacas que no reflejaban nada, como si no hubiera nada. Él le tomó una mano y le pasó el pulgar por la venas de la muñeca como si estuviera invitándola a cenar cuando, en realidad, estaba haciéndole añicos.

Ari se puso de rodillas.

–Andreas, por favor, dame una oportunidad, dame la oportunidad de demostrar que puedes perdonarme.

–¿Perdonarte…? –él sacudió la cabeza y la desolación que se reflejó en sus ojos hizo que ella sintiera una náusea–. ¿No lo entiendes, Ari? ¿No entiendes lo mucho que hemos perdido, cuánto…? Cada vez que cierro los ojos te veo pálida, tumbada en una camilla, sola. Yo te llevé a eso. Aunque te perdone a ti, no puedo perdonarme a mí mismo. Aunque confíe en ti, no puedo confiar en mí mismo, no puedo confiar en que no vaya a destrozarte otra vez.

Ariana se desesperó al ver que el poderoso cuerpo de Andreas se estremecía.

–Has cambiado –susurró ella con la voz ronca de tanto gritar–. Yo también he cambiado. Hemos caminado entre llamas y hemos salido reforzados.

Le recorrió la cara con los dedos temblorosos y le besó el pecho una y otra vez como si estuviera esparciendo polvos mágicos, como si pudiera hacerle creer que él también podía amarla.

Andreas cerró los ojos con los puños cerrados a los costados y con la respiración entrecortada por las caricias de ella, que apartó el edredón que tenían alrededor de las piernas y se puso a horcajadas encima de él, introdujo los dedos entre su pelo y le besó la sien, los ojos y, al final, la boca. Él no se movió, no reaccionó.

Ariana le mordió el labio inferior, bajó la boca por el cuello y le lamió la piel aterciopelada del hombro.

–Me amas, Andreas. Yo lo creeré por los dos hasta que lo creas tú. Me amas, me amas, fui una necia al no verlo, fui una necia al no luchar por ti –susurró Ariana desbordada por el amor que sentía hacia él.

Se puso de rodillas y se quitó la enorme camiseta que le había puesto él. Lo rodeó con los brazos y sus pechos se aplastaron contra el pecho de él.

Entonces, lo besó lentamente, con delicadeza, recorriendo cada centímetro de su boca cincelada, vertiendo todo lo que sentía por él.

Hasta que él, con la respiración alterada, bajó las manos por sus caderas y le separó las piernas con un brillo de deseo en los ojos. Ella contuvo la respiración y cada célula de su cuerpo se quedó paralizada cuando él introdujo los dedos entre los húmedos pliegues.

–Ari, esto no demuestra nada. Tenías razón, siempre has sido mi debilidad.

Con dos dedos dentro de ella, trazó unos círculos con la lengua alrededor de un pezón sin llegar a tocárselo, y consiguiendo que ella anhelara más con todas sus fuerzas.

–¿Quieres formar parte de mi vida? Quieres que siga… –Andreas le succionó en pezón y ella contoneó la pelvis contra su musculoso abdomen– que te de este placer deslumbrante que es lo único verdadero que hay entre nosotros. Lo hago encantado, Ari, pero no hay nada más. Esta vez, no seré yo quien te destruya.

Las sensaciones se adueñaban de ella y arqueó la espalda, pero intentó mantener las ideas claras y no dejarse arrastrar por el placer que se abría paso desde el bajo vientre. Con la respiración entrecortada, le sujetó los dedos que estaban causando estragos dentro de su sexo… y que sabía que acabarían llevándola más allá del límite.

–Fuiste a por mí. Fuiste a por mí a pesar de todo lo que hice, y eso cuenta…

Él le acarició el clítoris con el pulgar como si quisiera retarla a que siguiera, pero el sudor le perló la piel y volvió a dejar de pensar de forma racional… y gritó cuando notó el grueso extremo de su erección contra la hendidura inflamada. Los ojos se le empañaron de lágrimas, pero ya no había forma de parar el torbellino de sensaciones que le arrasaba el bajo vientre.

–Esto es lo único que puedo darte. Esto y la categoría y respeto que le daría a cualquier mujer con la que me casara. No voy a engañarte, pero tampoco voy a amarte. No va a importarme lo que hagas con tu vida, por mí, puedes dar clases de cabaret si quieres, pero no voy a amarte.

Ariana se mordió con fuerza al labio inferior como si quisiera sofocar el clímax con el dolor físico.

–Pero…

Sin dejar de mirarla a los ojos, la agarró del trasero, la levantó y volvió a bajarla con su miembro granítico completamente dentro de ella. Le dolió al principio, hasta que el fuego se extendió por todos sus músculos. La tenía agarrada de las muñecas con la boca entre los pechos.

–Muévete, Ari –le ordenó él con la voz ronca–. Muévete como quiere moverse tu cuerpo, *pethi mu* –él cerró los ojos cuando ella, instintivamente, se movió para aliviar el anhelo–. Esto sí te lo concederé, Ariana.

Le tomó un pezón con la boca y se lo lamió. Era imposible controlar la reacción del cuerpo empezó a subir y bajar entre los gruñidos guturales de los dos. Él elevó las caderas con un destello posesivo en los ojos.

–Si no hubiésemos llegado al clímax juntos, Ari, no me habría casado contigo.

Ari se inclinó, lo besó con delicadeza y unas lágrimas le rodaron por las mejillas mientras su cuerpo se acercaba al límite.

–Yo prefiero creer que me buscaste por amor, lo creeré el resto de nuestras vidas si hace falta. Estaré esperándote día y noche… y deseándote.

Lo repitió una y otra vez mientras el placer se apoderaba de todo su cuerpo, mientras él la llenaba plenamente para llegar también al clímax.

Sin embargo, nunca había conocido una pérdida semejante.

Cuando volvió a despertarse entre unas sábanas frías, pegajosa y dolorida entre las piernas, él se había marchado. La enorme habitación estaba bañada por la resplandeciente luz de la tarde. No hacía falta que se levantara y se lo preguntara a su secretaria para confirmar lo que ya sabía. Él ya se había marchado del palacio real.

Capítulo 13

ARIANA SE había olvidado o había dejado de contar los días que habían pasado desde que Andreas se marchó del palacio? Las noches y los días empezaron a mezclarse después del tercer día.

Esa vez no hubo lágrimas, y tampoco había despotricado después de que él se marchara.

Se concentró en preparar el examen del colegio de abogados y en afianzar los contactos que había hecho en el baile y que podían ayudarla a abrir su propia asesoría legal. Siguiendo las experimentadas directrices de Petra y Giannis, dio una entrevista para explicar lo que iba a hacer cuando tuviera permiso para ejercer su profesión en Drakon.

También visitó dos organizaciones que acogían a mujeres maltratadas y presentó algunas propuestas para sacar adelante los albergues mal financiados. Se había dado cuenta, poco a poco, de que Eleni era una auténtica fuente de información sobre recaudación de fondos y subastas benéficas. Siguiendo su consejo, se lanzó a organizar su propia recaudación de fondos.

Trabajaba todo el día para agotarse, pero, cuando se metía en la inmensa cama de Andreas, se quedaba en vela dándole vueltas a la cabeza.

Si él le había parecido inaccesible antes, en ese momento era inexpugnable.

Era extraordinariamente correcto y se cercioraba constantemente de que tenía todo lo que necesitaba para cumplir su sueño. Respetaba su opinión e, incluso, había dejado que lo acompañara a un breve viaje por unas zonas rurales donde la empresa de Gabriel estaba construyendo centros turísticos de categoría mundial para incentivar la economía.

La trataba como habría tratado a cualquier otra mujer con la que se hubiese casado, con una consideración exquisita, como si fuese una desconocida que compartía la vida con él, como si solo pudiera ser el gobernante perfecto o el marido cortés.

Lo malo era que ella no sabía si lo hacía para distanciarse de ella o porque no sentía nada de verdad. La posibilidad de que lo hubiese perdido… le había impedido dormir en paz una sola noche.

Después de que la hubiese eludido durante tres semanas, una noche perdió la paciencia. Evidentemente, darle tiempo y distancia no estaba dando ningún resultado. Al parecer, nada estaba dando ningún resultado.

Una noche, cuando se enteró de que había vuelto de otro viaje, se metió en su cama con la intención de hablar con él cara a cara. Después de

esperarlo durante horas, acabó quedándose dormida. Hasta que se despertó cuando notó su boca en el cuello y sus manos en las piernas.

La besó en la boca. No le había dado tiempo de tomar aliento cuando le separó las piernas, le quitó las braguitas y bajó la boca hasta su sexo.

Ariana no recordaba cuántas veces había hecho que llegara al clímax antes de que retirara la boca, le separara las piernas y la tomara por detrás. La había agotado tanto que sus huesos acabaron siendo de gelatina y el cuerpo le había dolido tanto que había acabado quedándose profundamente dormida.

Cuando se despertó, se duchó y se vistió, él se había marchado otra vez.

La pauta siguió durante dos meses. Cada vez se quedaba más tiempo fuera cuando se marchaba de viaje. Le mandada los regalos más extravagantes y caros, pero ya no la miraba casi nunca a los ojos. Si la encontraba en su cama, le hacía el amor, pero si no estaba allí, no iba a buscarla.

Algunas veces, estaba tan ansioso que casi ni se quitaban la ropa. Otras veces, le hacía el amor con palabras delicadas y tranquilizadoras, como si fuese la cosa más valiosa que había visto, como si no pudiera contenerse.

Hasta Nikandros y Mia, y Eleni y Gabriel, habían dejado de preguntar qué pasaba. Solo decían que ella parecía un espectro y que Andreas estaba más inaccesible que nunca. Ella oía que los empleados decían que estaba más implacable que antes, y lo decía hasta Petra, que era incondicional. Si alguien cometía un error con él, si daba un traspié, le arrancaba la cabeza. En cambio, para el mundo exterior, no podían ser más felices y estar más enamorados, no podían ser más perfectos el uno para el otro.

Ella, poco a poco, empezaba a perder la esperanza.

Todo el palacio estaba alborotado porque Eleni se había puesto de parto de repente.

Ariana, que estaba impaciente por ver al bebé, había envuelto en papel de seda las botitas y el jersey que había tejido a mano cuando oyó a dos asistentes hablando.

Andreas iba a volver al día siguiente, había acortado el viaje para ver a la hija de Eleni, quien ya les había dicho que quería que ellos fuesen los padrinos de su pequeña.

Cuando ella había alegado que era la pareja que menos sabía de bebés, Eleni había sacudido la cabeza y había dicho que confiaba en ellos.

Como siempre, el corazón se le aceleró ante la idea de que él volviera. El anhelo se le mezclaba con la esperanza de que, esa vez, todo fuese distinto, de que, esa vez, la distancia hubiese bastado para que él se diera cuenta de que ella estaba allí… y de que no tenía intención de abandonarlo.

Lentamente, como si alguien estuviese succionándole la vida, se quedó sin fuerzas. Se apoyó en una puerta de caoba e intentó tomar aliento.

¿Estaba engañándose a sí misma?

Él sonreiría y la saludaría con la cabeza, le diría a Eleni que sería una madrina perfecta y se marcharía, sobre todo, porque el asunto de los niños siempre sería espinoso y generador de remordimientos entre ellos, un asunto que, al parecer, él no podía superar.

Luego, si era afortunada, quizá fuese a su cama. Si iba y ella intentaba hablar, le haría el amor hasta que se olvidara de su propio nombre.

Por la mañana, solo le quedaría un cuerpo dolorido y un corazón machacado.

Era posible que él tuviese razón, que las cosas entre ellos estuviesen tan maltrechas que no podían arreglarse, pero ella no podía vivir así, no podía estar a su lado, amarlo y vivir día tras día sabiendo que quizá nunca aceptara que la amaba. Eso era peor todavía que aquello de lo que había huido. Ya no podía soportarlo más.

Cansada y abatida, quería escapar, pero no podía. Andreas no había renunciado a ella en diez años y eso era algo a lo que se aferraba.

Le dio el regalo a un empleado, le pidió que se lo entregara a Eleni de su parte y volvió a sus aposentos. Descartó a todo el mundo, pero le confesó a Giannis dónde podría encontrarla en caso de emergencia. Como si Andreas fuese a organizar una batida para que la buscaran por todas partes… Estaba segura de que no se daría cuenta hasta un par de meses después.

Hizo un equipaje con las cosas fundamentales, pidió un coche, se montó en el sitio del conductor y se marchó.

No estaba huyendo, se dijo a sí misma, estaba jugando la única carta que le quedaba para conseguir a Andreas.

Andreas salió de los aposentos de Eleni con un torbellino de emociones por dentro. Su sobrina, Maria Drakos Márquez, le había cabido en la mitad del antebrazo y había olido a polvos de talco, a vida nueva y a felicidad absoluta.

Los ojos le brillaban como los de Gabriel, tenía una boca firme como la de su madre y era la cosa más preciosa que había visto en su vida. Sentía como si la sonrisa de la niña se le hubiese clavado en el pecho y le hubiese dado un mazazo al corazón. La vista se le había nublado un segundo y había tenido que entregársela a Nikandros. Durante unos segundos, solo había podido ver otro bebé, uno moreno y con ojos negros como los de él, como le había dicho Ariana que los tenía.

Un niño, su hijo.

El corazón se le había encogido dolorosamente en el pecho y no había podido respirar. Había sentido un escalofrío gélido al ver a Eleni y Gabriel desbordantes de felicidad y a Nikandros y Mia dándoles consejos.

También había notado la presencia de un espectro, el espectro de su

padre. Estaba claro que el camino que estaba marcándose para sí mismo estaba volviéndole loco. Acabaría siendo como Theos en eso también.

Sin embargo, se imaginó la risa de su padre, la sonrisa burlona porque había ganado, porque había conseguido que fuera tan inflexible e implacable como él, como siempre había querido que fuera… y eso fue lo que se abrió paso en el castigo que se había impuesto a sí mismo. Se sentía cansado, solo y desolado.

Había intentado con todas sus fuerzas mantenerse alejado de Ariana, había recurrido a todos sus principios para mantenerse fuerte por su padre, pero nada había dado resultado.

La amaba muchísimo, la echaba de menos muchísimo. Se había sentido más vivo incluso cuando ella lo odiaba. Estar cerca de ella, dormir abrazado a ella, oler su olor en las sábanas… había sido infernal.

Alejarse de ella era como que le amputaran un miembro, una tortura ideada solo para él.

Quería protegerla, darle la oportunidad de que se marchara, que encontrara una vida lejos de él, que encontrara la felicidad sin él.

Sin embargo, esa mujer tan obstinada no se marchaba, la llevaba en la sangre, en el alma. Se sentía pleno con ella, sentía una felicidad que no había sentido nunca.

La había rechazado, la había eludido y se había desgarrado el corazón por el camino, pero no se la había quitado de la cabeza, del cuerpo o del alma.

Había intentado vivir sin ella y, poco a poco, estaba aclarándose. Con el corazón desbocado, se dirigió hacia los aposentos privados de los dos. Recorrió los aposentos de ella y volvió a los suyos. El silencio sepulcral lo enervaba. No había ni un empleado, no estaba ella y tampoco estaba ninguna de sus amigas.

Se dio la vuelta, decidido a encontrarla, y vio a Giannis en la puerta con la barbilla muy levantada.

–¿Buscáis a alguien, Alteza?

Andreas notó que le flaqueaban las rodillas. ¿Lo había abandonado otra vez? ¿Se había marchado por fin?

Giannis lo sabía. Naturalmente, su amigo lo sabía, pero ¿quién tenía la culpa cuando no le dirigía la palabra, cuando la había utilizado para darse placer y ni siquiera la miraba a los ojos?

Ariana necesitaba mucho, se merecía mucho de la vida, y, una vez más, él se lo había negado.

–¿Dónde está? –le preguntó Andreas en un tono tajante por el pánico.

–Se ha marchado –contestó Giannis con algo parecido a compasión en los ojos.

–Entonces, me ha abandonado –replicó Andreas con los dientes apretados.

–No. Ella… Ella dijo que necesitaba un descanso, que necesitaba

tiempo para pensar. Dijo que volvería al único sitio del mundo donde había sido feliz.

–Delirantemente feliz –comentó él imitando la afición de Ariana por las exageraciones.

Ariana y él solo habían sido felices, delirantemente felices, en un sitio.

Solo había un sitio donde no había entrado el mundo, donde habían estado solos, como hechos el uno para el otro.

Andreas se quedó inmóvil mientras el corazón se le apaciguaba poco a poco. Al menos, Ariana no había huido, no lo había abandonado. Tendió la mano al otro hombre, quien la miró con una incredulidad absoluta en los ojos. Andreas sonrió cuando acabó estrechándosela.

–Gracias por haber sido su amigo en todo momento, Giannis.

Giannis inclinó la cabeza aunque era completamente innecesario.

–Daría mi vida por mi reina, Alteza. Ella se lo merece.

–Es verdad –susurró Andreas.

Sentía que una vida nueva le corría por las venas. Sabía dónde estaba, la encontraría y le diría lo mucho que la amaba. Era un orador de primera categoría, un tejedor de palabras. ¿Cómo era posible que le costara hablar de la cosa más importante de su vida?

Pidió un helicóptero y, como no había ningún piloto disponible en ese momento, Nikandros se ofreció para llevarlo, aunque sospechaba que Nik solo quería ir para verlo sufrir.

–Menos mal, Andreas. Eleni y Mia estaban pensando en intervenir, pero el parto de Eleni lo impidió. Gabriel pensaba que bastaba con darte con una maza en la cabeza hasta que recuperaras el buen juicio.

Antes, hacía tiempo, Andreas se habría sentido muy incómodo con esa conversación. Ni siquiera habría visto el sentido. ¿Qué sentido tenía hablar de los sentimientos con un hermano o un amigo cuando tendría que reprimir esos sentimientos en cualquier caso?

Sin embargo, apoyó la cabeza en el reposacabezas y sonrió.

–No me habría importado, Nikandros. Incluso, te diría que, seguramente, lo necesitaba, pero lo negaré si se lo dices a Márquez.

–Solo la lealtad a mi rey me impide decírselo, Andreas –replicó Nikandros entre risas–. Te aseguro que nada le gustaría más a Gabriel. Te mereces la felicidad, ¿te lo había dicho alguna vez?

Andreas abrió los ojos como platos y miro a Nik.

–No, pero Camille sí me lo dijo muchas veces. Me lo repetía una y otra vez, le prestara atención o no. Que no pasaba nada si sentía rabia, anhelo, afecto, envidia o, incluso, ineptitud. Creo que no te lo he dicho nunca, Nik, pero te agradezco que compartieras a tu madre conmigo. No habría sabido lo que es la bondad de no haber sido por Camille.

Nikandros desvió la mirada con los ojos brillantes.

–Tú eres el que más te la mereces de nosotros tres.

–Estoy seguro de que Mia no opina lo mismo.

–Creo que sí. Recorriste el camino más arduo con Theos. Podrías haberte convertido en alguien como él. Me preocupaba que ya fuese demasiado tarde para ti, me aterraba que no llegaras a conocer la felicidad que yo la conozco con Mia, y todo por él.

–Estuve a punto, pero Camille, Eleni y tú… y Ariana… –Andreas se tragó el nudo de emoción que tenía en la garganta. Gabriel, ese engreído malnacido, había tenido razón–. Ariana me salvó.

Sencillamente, no había sido capaz de verlo… o de entenderlo. Ella, con una sonrisa, le había derretido el hielo que tenía alrededor del corazón. Ariana tenía razón. Estaba preparado, era un hombre distinto, un hombre que podía amar a esa mujer extraordinaria en la que se había convertido su esposa.

Despegaron enseguida. Andreas agarró con fuerza el libro, su libro. Era lo único que podía darle a ella, aparte de su corazón, lo único que sería valioso para ella, lo único que ella agradecería de verdad.

Ariana había pasado casi todo el primer día intentando encontrar al dueño de la vieja cabaña de troncos. Fue al café donde había trabajado. Sin embargo, la reconocieron antes de que pudiera preguntar algo. Era Ariana Drakos, la esposa del rey, la reina. Afortunadamente, también la reconocieron como la chica que trabajó allí hacía mucho tiempo durante un verano. Su aparición era un acontecimiento histórico y la acogieron con los brazos abiertos.

Acabó cenando allí y haciendo una reserva en un hotel cercano, pero no supo nada más sobre el dueño.

El segundo día había transcurrido entre búsquedas infructuosas hasta que acabó acostándose porque estaba agotada, y con lágrimas en los ojos. Solo quería echar un vistazo dentro y afianzar la inestable fe en Andreas y ella.

Se secó las lágrimas mientras se vestía el tercer día. Últimamente, lloraba por cualquier nimiedad. Con unos vaqueros y un jersey que le llegaba hasta las rodillas, que se había llevado del armario de Andreas, se puso las botas altas. Creía que tenía hambre hasta que llegó a una cafetería y salió corriendo por el olor. Tampoco podía comer gran cosa.

Consiguió un mapa. Conocía bastante bien el sendero del bosque, pero habían pasado diez años. Se puso un gorro de lana y pasó junto a la primera señal.

El aire olía a pino y se puso las manos en las axilas. Se había olvidado del frío que podía hacer allí en invierno, tan cerca de las montañas. La animó darse cuenta de que podía seguir el sendero sin ayuda del mapa.

Quince minutos más tarde, llegó, jadeante, a la cabaña de troncos; también se había olvidado de la empinada cuesta que había al final del camino.

El exterior rojo estaba tan resplandeciente como lo había estado entonces y la zona que la rodeaba estaba impecablemente cuidada. En un costado había un montón enorme de leña recién cortada y salía humo por la chimenea.

Los ojos se le empañaron de lágrimas otra vez, pero se alegró mucho de que alguien hubiese vivido allí durante todos esos años y la hubiese cuidado tan bien.

Ya que estaba allí, no podía volverse sin verla por dentro. Con el corazón alterado y fuerzas renovadas, subió los tres escalones del porche y llamó a la puerta.

–*Kalimera*… –dio los buenos días antes de que la puerta se abriera del todo–. Siento molestarle…

Andreas estaba dentro de la cabaña con el brazo apoyado en el marco de la puerta y los ojos devorándola con una avidez palpable.

–*Kalimera*, Ariana. ¿No vas a entrar?

Ariana, atónita y muda, asintió con la cabeza y entró. De repente, no se sentía nada valiente, se sentía vulnerable y sola…

Contuvo un gruñido. ¿Por qué no se había dado cuenta de que él solo lo consideraría como otra estratagema para captar su atención?

Sin embargo, ¿acaso le importaba que él lo considerara eso?

Observó sus piernas largas, su trasero prieto, enfundado en unos vaqueros ceñidos, su espalda ancha y viril… y también se sintió… privada. Era como si tuviera el más delicioso de los postres delante y no le dejaran tocarlo.

El pelo se le rizaba por encima del cuello de la camisa, cubierta por un grueso jersey, y el olor al jabón de sándalo que usaba dejaba un rastro que ella siguió con ansia hasta la sala.

Con los ojos como platos, miró alrededor del acogedor recibidor. Todo estaba reluciente, exactamente, como ellos lo habían dejado. Incluso había un libro de consulta de Andreas y una revista de ella. Entonces, frunció el ceño. ¿Qué hacía Andreas allí tan poco tiempo después de que ella se hubiese marchado?

–Estás muy guapa –comentó él con esa voz grave desde detrás de ella.

Ariana se dio la vuelta demasiado deprisa y se mareó, se habría golpeado contra el pilar de madera si él no la hubiese sujetado. Sacudió la cabeza para intentar recuperar el equilibrio mientras él la miraba, con el ceño fruncido.

–No sé qué me ha pasado…

Se aclaró la garganta, se soltó de sus manos y retrocedió un paso, lo cual, no pasó inadvertido.

–Yo… solo había venido a ver este sitio…

Se le formó un nudo en la garganta cuando vio el marco de plata en la repisa de la chimenea. Lo había comprado en una chamarilería de ese mismo pueblo. Lo tomó y se quedó sin respiración otra vez. Tenía una foto

de ella con el vestido de novia, mejor dicho, con el vestido rosa que llevó aquella mañana. Parecía completamente enamorada y rebosante de felicidad. Volvió a dejar el marco, con las manos temblorosas, y se dio la vuelta. Él estaba apoyado en el pilar y la miraba fijamente.

–¿Qué hacen aquí todas estas cosas, nuestras cosas? Intenté averiguar quién había comprado la cabaña, pero nadie lo sabía. Yo… Yo pensé que se habría convertido en una reliquia del pasado, como nosotros.

Ariana desvió la mirada. No iba a llorar ni iba a rogar.

–Es mía –reconoció él antes de que ella lo mirara otra vez–. Bueno, diría que es nuestra…

–¿Desde cuándo? ¿Cuándo la compraste?

–En cuanto nos marchamos a la ciudad –él también miró alrededor–. Me costó convencer al anciano que vivía aquí, pero acabó cediendo.

–Claro, ¿hay algo que quiera el príncipe heredero y no lo consiga?

Él se acercó con dos zancadas y la acorraló contra la pared.

–¿Qué quieres decir con eso?

Ella, nerviosa, se pasó la lengua por los labios. No lo había visto así nunca, tan claramente agresivo.

–Es… Es que no estás muy acostumbrado a que te nieguen algo, Andreas…

–Es verdad –él frunció el ceño–, pero no presioné a ese hombre con mi título, solo le dije que había pasado una semana allí con la mujer con la que iba a vivir el resto de mi vida y eso lo convenció. Resultó ser un romántico empedernido.

Ella asintió con la cabeza e hizo un esfuerzo para mantener la mirada en su cara cuando el cuello le atraía la atención.

–No me lo habías dicho…

–Quería que fuese una sorpresa –él dejó escapar un suspiro–. Creía que vendríamos periódicamente, pero…

–Pero todo se desmoronó cuando volvimos a la ciudad –terminó ella, que ya estaba cansada de esos juegos–. Bueno, habría sido un gesto muy bonito –ella se zafó y se encaró a él–. Al menos, da resultado para mí.

–¿Qué da resultado para ti?

–Yo… no voy a volver al palacio contigo, suponiendo que estés aquí para eso.

–¿Para qué?

–Deja de contestar con otra pregunta.

Él levantó las manos como si ella fuese la poco razonable. No estaba preparada, ni mucho menos, para lidiar con él allí. Si seguía así un rato más, acabaría deshaciéndose en un mar de lágrimas.

–Estás aquí porque crees que es uno más de mis arrebatos y necesitas que vuelva al palacio porque algún asunto importante requiere la presencia de tu esposa. Faltan cuatro días para la próxima cena de Estado y estaré a tu lado esa mañana.

–Le diré a Petra que los dos llegaremos esa mañana –replicó él encogiéndose de hombros.

–¿Estás loco? Tendrás que ocuparte de cientos de detalles.

–Como me has recordado muchas veces, tengo tres equipos para que me organicen la vida y uno se ocupará de los cientos de detalles. Eso sí, iba a escribir yo mismo el discurso y aquí me concentraré mejor.

–¿Por qué estás jugando conmigo, Andreas? –le preguntó ella con lágrimas en los ojos y con el corazón haciéndose mil pedazos otra vez.

–No quería hacerte llorar –él la abrazó inmediatamente–. No llores, cariño. Es que… estabas tan guapa, tan encantadora, que me he olvidado de lo que quería decir. No he venido a llevarte. Es más, me importa un comino la cena. Si quieres quedarte aquí un par de meses, tengo suficiente leña y comida para todo el invierno.

Ariana se reía y lloraba alternativamente sobre su jersey.

–¿Por qué has venido?

–He venido para darte algo.

Andreas tomó un libro, su libro, de la mesita baja y se lo dio. Ariana sonrió, lo abrió y volvió a leer la dedicatoria.

–Lo vi en tu dormitorio hace meses. He estado leyéndolo… –Ariana levantó la mirada y se sonrojó– cuando no estabas. Hacía que me sintiera como si siguieras allí conmigo, sobre todo, la parte de ti de la que me enamoré.

–Ariana –él tragó saliva–, ¿podrás perdonarme alguna vez?

Las lágrimas no le dejaron hablar, pero asintió con la cabeza dominada por una oleada de emociones.

–Si tú me perdonas.

La besó en la boca sin dejar de hablar. Ariana ya no sabía si estaba llorando o riéndose y se le encogió el corazón cuando él se arrodilló delante de ella. Era tan alto que la cabeza le llegaba al abdomen. Ella introdujo las manos entre su pelo con el pulso alterado.

–Te amo. Sin ti, a mi vida le falta la alegría, la risa, le falta todo. ¿Volverás conmigo, Ari? ¿Volverás porque te amo y no puedo vivir sin ti?

Ari asintió con la cabeza y también se arrodilló. Andreas la abrazó y ella empezó a sollozar sin poder evitarlo.

Andreas se sintió como si el corazón fuese a hacerse mil pedazos. No podía soportar los sollozos de Ariana ni el sonido desgarrador de su dolor. Qué desalmado había sido por haberle hecho eso.

La sentó en su regazo, como había hecho hacía mucho tiempo, y le levantó la cara para que tuviera que mirarlo.

–Me prometí a mí mismo que no volvería a hacerte daño, Ari. Enfurécete, pégame, pero perdóname por haber tardado tanto en entender lo que hay entre nosotros. Te adoro, te quiero tanto que me aterra todo lo que siento –la besó en la boca y ella suspiró–. Me gustaría contestar a una de tus preguntas.

–¿A cuál? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–A por qué no he publicado mi manuscrito.

–Sé por qué –Ariana se secó los ojos–. No querías privar a la gente de la fe y la fantasía. También entiendo lo que debió de costarte porque era al trabajo de tu vida, tu verdadera pasión.

–No –él sacudió la cabeza–. Creo que no me gustaba. No me gustaba que sacrificara tan fácilmente a la mujer que amaba. Aunque no entendía por qué, no me parecía bien. Me parecía que, si lo contaba, se haría realidad, que sería casi una sentencia, un destino para los gobernantes de Drakon. Necesitaba el final feliz incluso cuando te marchaste, necesitaba creer que tenía la posibilidad de ser feliz, que la agarraría con las dos manos mientras pudiera. Sin embargo, cuando me enteré del precio que pagaste por mi…

Ariana lo besó lenta y delicadamente para callarlo y le transmitió todo lo que lo amaba.

–Se acabó el pasado, Andreas, solo queda el futuro.

Él asintió con la cabeza y la abrazó. Le puso las manos en el abdomen y Ariana, de repente, lo entendió. Lo mareos, las náuseas al oler el café, la falta de apetito… Se estremeció y Andreas la agarró con cara de preocupación.

–Ari, ¿qué te pasa?

–No estoy segura, pero creo que… –Ari le tomó una mano y se la llevó al abdomen– estoy embarazada.

El silencio, que no duraría más de diez segundos, le puso los nervios de punta.

–No sé qué ha pasado, no es algo que haya planeado sin decírtelo, quiero decir…

Él gruñó y la levantó del suelo como si fuera una pluma.

–Nada de desaparecer sin decírselo a nadie, nada de comer a horas raras y, desde luego, nada de movimientos bruscos.

La dejó en la cama y se puso encima apoyado en un codo.

–¿Puedo…? –preguntó él señalando su cuerpo encima del de ella.

Ariana asintió con la cabeza e hizo todo lo que pudo para contener las lágrimas. Él tenía unos surcos profundos alrededor de la boca. Estaba claro que el rey de Drakos estaba aterrado. Afortunadamente, ella, con él al lado, no lo estaba. Se estiró como un gato y se arqueó contra la erección que notaba en la pierna.

–Puedes hacerme lo que quieras.

La besó con delicadeza y un brillo en los ojos. Ese beso tan lento fue una tortura cuando quería sentirlo dentro.

Cuando se separó para que tomaran aire, lo empujó, lo puso de espaldas y apoyó la cabeza en su pecho. No supo cuánto tiempo estuvieron así, mirándose, sonriéndose y besándose de vez en cuando, ni necesidad de hablar.

–¿Qué quieres, niño o niña? –preguntó ella por fin.

–Me da igual, solo quiero que los dos estéis bien. Yo… no puedo imaginarme la vida si te pasara algo, Ari.

Ella lo besó en la frente y en la punta de la arrogante nariz.

–No pasará nada mientras estemos juntos.

Él asintió con la cabeza, tragó saliva y miró hacia otro lado. Se hizo otro silencio con los dedos entrelazados con los de ella. Sabía que estaba asimilándolo todo, sabía que para él no era fácil lo que sentía por ella, la profundidad de su amor por ella. Esperó con el corazón rebosante de cariño, esperaría una eternidad por tener el privilegio de que Andreas la amara. La miró con un destello deslumbrante en los ojos negros.

–Solo sé que serás una madre maravillosa y yo… Este hijo ha tenido una suerte inmensa al tenerte… y yo he tenido una suerte inmensa al encontrarte, Ariana.

Ella hizo un gesto con la cabeza y lo besó.

–Y yo me siento honrada porque me has elegido de entre la infinidad de mujeres que están locas por ti en todo el mundo.

Él se rio y ella también se rio porque le encantaba su risa. Andreas le quitó el jersey sin dejar de sonreír y con un brillo malicioso en los ojos al darse cuenta de que el jersey era suyo.

–Tienes que dejar de quitarme la ropa –comentó él con la boca en su cuello.

–No pienso –replicó ella arqueándose por la calidez sensual de su cuerpo.

–Puedes quedarte mis jerséis, mis camisas y mi corazón.

Lo amaba tanto que le parecía que el corazón no se le apaciguaría jamás.

–Tú ya tienes el mío –consiguió susurrar ella mientras él le lamía el pezón endurecido.

Introdujo las manos entre su pelo y lo agarró con fuerza. Se debía a su pueblo, tenía infinidad de obligaciones y responsabilidades, pero sus besos y su risa siempre serían suyos y solo suyos…

Y ella no necesitaba nada más.

Epílogo

Siete meses después

El rey de Drakon, con el corazón acelerado, saltó del helicóptero unos segundos después de que aterrizara en la terraza del palacio.

Llegaba tarde. Le había prometido que estaría a su lado y llegaba tarde. Había estado a punto de enloquecer cuando un huracán lo dejó atrapado en una cabaña en la otra punta del mundo. Incluso, habían cortado su comunicación cuando empezó el parto y no pudo distraerla para tranquilizarse él. Al menos, no estaba sola. Nikandros y Mia, Eleni y Gabriel y hasta Camille, la madre de Nik, la habían acompañado.

No se volvió completamente loco porque sabía que el bebé y ella estaban bien. Cuando Nik quiso hacerlo público, él se lo prohibió. Quería ver por sí mismo si su esposa le había dado un niño o una niña. Necesitaba, con toda su alma, ser padre y esposo durante unos minutos al menos, antes de que tuviera que pensar como un rey, antes de que tuviera que comunicar que Drakon tenía heredero.

Sin dejar de andar, entregó el portátil, el chaquetón y los guantes a sus ayudantes, comprobó él móvil y soltó otro improperio. Llegaba un día tarde.

Subió las escaleras de tres en tres y ya tenía el corazón en la garganta cuando llegó a los aposentos de su esposa. Se le aceleró el pulso por el silencio y se imaginó todo tipo de posibilidades. Se acercó a la inmensa cama sin importarle el ruido.

Entonces, cuando la vio, pudo volver a respirar.

Estaba en el centro de la cama. Estaba pálida, tenía ojeras y, para su gusto, estaba demasiado delgada… y muy hermosa con ese resplandor y ese aire de somnolencia. Estaba a punto de tocarla cuando oyó el ruidito, el gorjeo para ser exactos.

Siguió el sonido como un poseído y llegó a la cunita que estaba en un rincón. Contuvo la respiración mientras miraba al bebé que lo observaba con unos ojos negros como la tinta, unas pestañas largas, una nariz fina y un pelo tupido de color azabache. Era como mirar su reflejo en rechoncho, sin dientes y absolutamente adorable.

Dejó escapar otro gorjeo, que fue casi una orden.

Andreas tuvo que apoyarse en la pared. Era parte de él, de su carne y su sangre… y estuvo a punto de caer de rodillas por la emoción que se había adueñado de él.

–Tómalo en brazos –le dijo una voz ronca–. Él quiere que lo tomes en brazos.

Andreas se dio la vuelta con la vista borrosa por las lágrimas.

–¿Él…? –susurró Andreas por el nudo que tenía en la garganta–. ¿Es niño?

Ariana asintió con la cabeza y con los ojos brillantes por las lágrimas. Andreas la abrazó y la besó en la boca. Cuando ella tembló y unas lágrimas le cayeron por las mejillas, él intentó absorber el dolor de ella, el recuerdo del hijo que habían perdido.

–Siempre tendremos su recuerdo –susurró Andreas mientras ella se estremecía.

La abrazó con fuerza y sin importarle lo débil que estaba. Necesitaba sentir la calidez de su cuerpo y oír su respiración mientras le daba besos por toda la cara.

–¿Te había dicho cuánto te quiero? –le preguntó Andreas con la voz áspera–. Lo siento mucho, *agapi mu*, siento no haber estado aquí cuando me necesitabas.

Ella introdujo los dedos entre su pelo y le levantó la cara.

–No hace falta que te disculpes si me prometes que estarás la próxima vez.

Él se rio por la broma que se hacían entre ellos. Él había dicho que uno porque le aterraba perderla, pero Ariana había dicho que tendrían cuatro. Estaba sonrojada y preciosa y, por primera vez, le pareció que cuatro era una magnífica idea.

–Trato hecho.

La besó con todo el amor del mundo y un anhelo que sabía que no menguaría jamás, que sabía que era su fuerza para todo. Se oyó otro gruñido procedente de la cuna y Ariana se rio besándolo todavía.

–Vuestro hijo reclama vuestra atención, Alteza.

–¿De verdad?

Ella sabía lo aterrado que estaba por lo mucho que quería hacer lo que fuese mejor para su diminuto hijo, por lo mucho que ya amaba a ese niño pequeño, por lo inepto que se sentía para esa tarea.

Ariana apoyó la frente en la frente de él y lo miró a los ojos.

–Andreas, si lo amas la mitad de lo que me amas a mí, se dará cuenta y te amará lo mismo –aseguró ella con una seguridad en sí mima que lo desarmó–. Tómalo en brazos antes de que aparezcan todos sus primos.

Andreas se levantó y fue hasta la cuna. Era como si el mundo se hubiese volcado y no quisiera volver a su posición normal.

Con las manos temblorosas, levantó el cuerpo regordete que era del tamaño de su antebrazo. Fue hasta la cama con un nudo en la garganta y se tumbó al lado de Ariana. Su hijo gritó cuando lo dejó cómodamente contra su madre.

–Es difícil de complacer, ¿no? –susurró Andreas impresionado por los

deditos diminutos que se habían agarrado al pecho de Ariana.

–Como alguien que yo me sé –replicó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Se sonrojó un poco cuando Andreas miró sin reparos a su hijo succionándole el pecho. Él había creído que no podía ser más feliz que durante los meses pasados, pero su familia ya estaba completa.

Theos también la había tenido con Eleni, Nikandros y él, pero lo había arruinado todo. Él no dejaría que eso le pasara. Toda su vida, su destino, se había escrito desde que vio a Ariana en aquel café y todos los días daba las gracias una y mil veces.

La besó en el cuello con el omnipresente deseo vibrándole por todo el cuerpo.

–¿Cuánto tiempo va a hacer eso? –le preguntó él en un tono malicioso.

–Unos cuantos meses, ¿por qué?

Andreas le lamió la palpitación del cuello y le supo a ella. El cansancio se desvaneció y el mundo volvió a volcarse.

–No me gusta compartir lo que es mío, ni siquiera con él –susurró él entre risas cuando Ariana se sonrojó.

Era su reina, una abogada con fama de implacable y una madre, pero cuando lo miraba así, solo era la mujer a la que amaba con toda su alma, la mujer que había conseguido que su vida mereciera la pena.

–Siempre tendréis preferencia, Alteza –susurró ella.

Andreas volvió a enamorarse sin poder evitarlo.